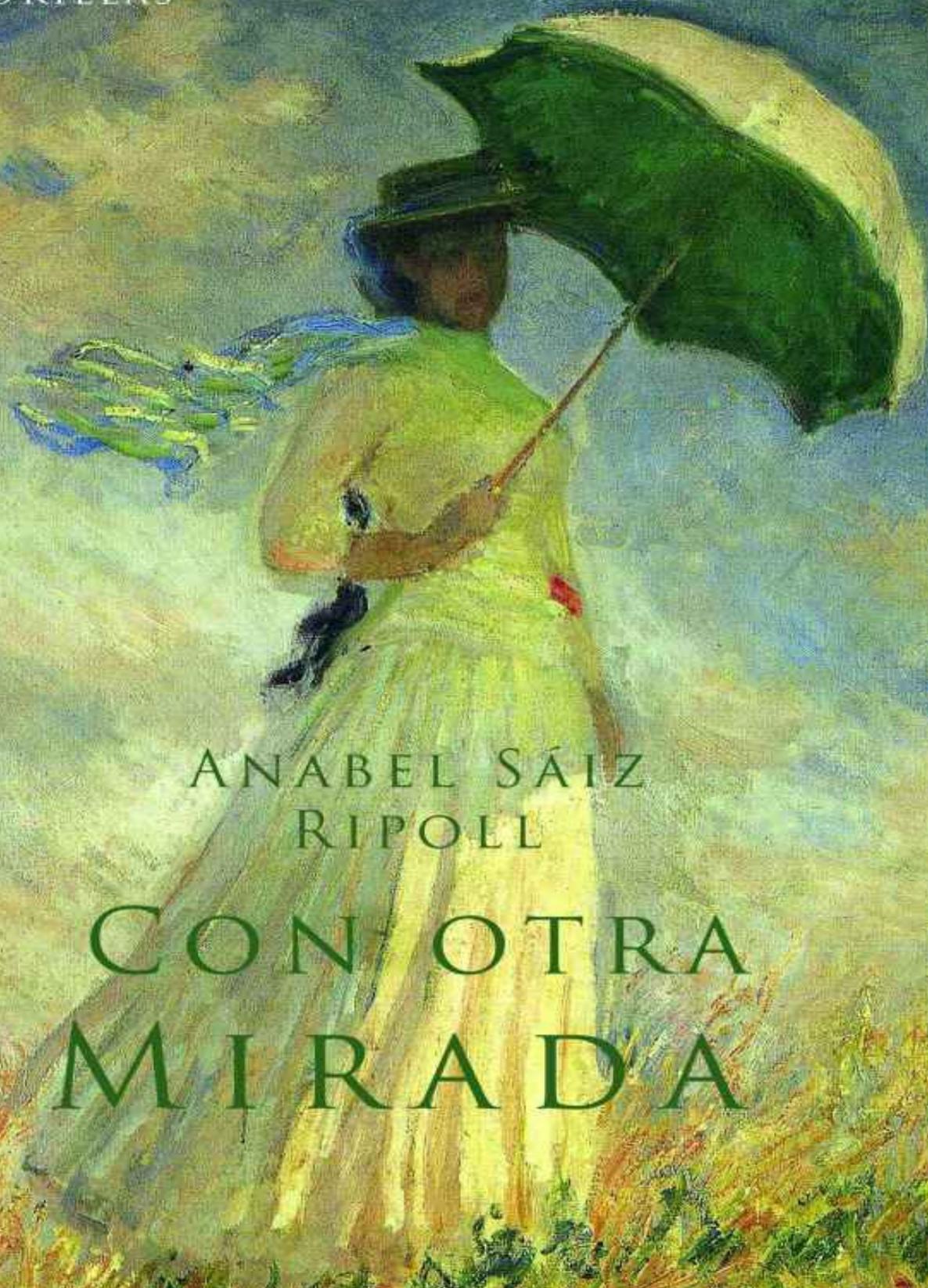


DOSORILLAS



ANABEL SÁIZ
RIPOLL

CON OTRA
MIRADA

CON OTRA MIRADA

Anabel Sáiz Ripoll

DOSORILLAS

1ª. edición, agosto 2017.

Todos los derechos reservados.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio mecánico o impreso sin autorización por escrito del autor editor.

En la cubierta: Claude Monet. Mujer con parasol.

ÍNDICE

EL MIEDO Y LA CULPA

DESPEDIDAS

NARINAS

UN MISTERIO SIN RESOLVER Y ALGUNAS RESPUESTAS

COSAS DE LUISA

SUEÑOS EN BLANCO Y NEGRO

AJO ARRIERO

LA MAESTRA Y EL MAR

EL COMPROMISO

LA CONTADORA DE CUENTOS

VISITA AL PUEBLO (Y NO TURÍSTICA)

DE REPENTE... BEATRIZ

CASTILLOS DE CARTÓN

COMO UN GIRASOL

TIEMPO DE ESPIGAS

LA VIDA DE LA MUERTE

LA LEYENDA DEL NIÑO PERDIDO

EL BESO

LA PROMESA

ERNESTO, EL PEQUEÑO GUARDIÁN DE LAS ESTRELLAS

CON OTRA MIRADA

EPÍLOGO

*A mis alumnos y alumnas (y a los que lo han sido)
porque llevan tiempo pidiéndome que escriba
una novela. Hoy es siempre todavía.*

*A mi padre Vicente Sáiz.
In memoriam.*

“Lo más importante es invisible”.
(A. de Saint-Exupéry, *El Principito*)

**“-¿Y quién velará tu sueño?
-Las estrellas velarán.
-¿Y quién cantará en tu lecho?
-Las sirenas cantarán.”**
(Ricardo E. Pose)

EL MIEDO Y LA CULPA

Raúl tenía miedo. Mucho miedo. Estaba asustado y se sentía muy desvalido, porque, por primera vez en su vida, la estabilidad de su existencia amenazaba con hundirse y eso él no lo entendía ni lo aceptaba. El miedo se había instalado en su tripa y le bailaban mariposas negras todo el día, desde que se levantaba hasta que se acostaba, incluso, en el sueño. Llevaba toda la semana, a raíz de la enfermedad o lo que fuese, que no sabía qué se esperaba de él, que no sabía qué lugar ocupaba en su mundo, que se sentía más estorbo que ayuda. Dormía muy mal, pese a los mimos de Remedios y a las ocurrencias de Marta. Se despertaba varias veces envuelto en sudor y con una pesadilla a la que no se atrevía a dar nombre. Y lo peor de todo es que no sabía con quién hablar ni a quién contarle ese miedo.

Echó a correr al salir de clase. Los viernes le gustaban especialmente, pero ese no, porque estuvo todas las clases intuyendo alguna noticia mala. La boca la tenía llena de ceniza y le pesaban los párpados. Sus profesores no insistieron mucho porque todos sabían su circunstancia, salvo La Pera que nunca se enteraba de nada y se acercó varias veces a su pupitre a ver qué pintaba con tanta rabia. La Pera no era mala mujer, solo un poco rara. Enseñaba plástica y lo hacía con ganas, aunque no siempre era fácil acercarse a un puñado de adolescentes que daban miedo con los colores y las tijeras entre las manos. La Pera no se llamaba así, claro, sino Rosalía, pero todos la llamaban La Pera porque repetía cuando algo le gustaba –o no le gustaba–: “Esto es la pera”. Dependía del tono con que lo dijera, se sabía si era de agrado o de repulsa. Cuando se acercó a Raúl y lo vio pintando con obsesión una lámina que ya parecía un campo de combate, La Pera cabeceó con asombro, pero algo le dijo que era mejor callar. No se enteraba de nada, aunque era muy intuitiva. Le pasó la mano por los hombros y le dijo: “Raúl,

sea lo que sea, pasará”. Raúl se lo agradeció con una mirada y su compañero de pupitre miró con extrañeza porque normalmente La Pera no era tan comprensiva con las tonterías de sus alumnos. ¿Qué le pasaba a Raúl? Llevaba una semana rarísimo y, lo malo, es que no se atrevía a contárselo a nadie. Lo había intentado un par de veces con Quique o Esteban y alguna con Carolina, pero le dio vergüenza y se calló.

Al sonar el timbre de la última hora, salió disparado. No atendió a Quique y a Esteban que le gritaban que se quedase un rato a echar un partidillo de fútbol de esos rápidos. Raúl ni se volvió. Ni siquiera se despidió de Carolina. La dejó allí parada, consciente, por primera vez, de que no era tanto su atractivo. Y eso que Raúl, últimamente, se hubiera arrastrado a una señal de la chica.

En diez minutos se plantó en el parque que rodeaba su casa y entonces le pasó algo curioso. Había llegado acelerado, no se dio ni cuenta de con quien se cruzó, ni supo si había pasado los semáforos en verde o en rojo, no recordaba nada... Al llegar a su calle, sintió miedo. Mucho miedo. Y empezó a ir despacio. Muy despacio. Los pies le pesaban enormemente. Era como si no quisiera cruzar el portal, como si supiera que allá encontraría algo terrible. Igual que los monstruos de los que le hablaba la abuela Encarna cuando era pequeño y quería salir solo a jugar. Esos monstruos ahora estaban en su cabeza y se reían de él, de Raúl, del chico más guapo, del que tenía más éxito, del mejor... del más estúpido y del más idiota también porque todo fue por culpa suya. Nadie se lo había dicho, aunque él estaba seguro. No se lo perdonaría nunca. Viviría siempre con esa certeza que lo atormentaba día y noche. Estaba seguro.

La noche antes de que sucediera discutió con papá, por tonterías. Últimamente papá y él no se ponían de acuerdo en muchas cosas. A Raúl le era difícil mantener la compostura a sus 14 años en un cuerpo que se le estaba

disparando y con unos sentimientos a flor de piel continuamente. Y no es que fuese rebelde, que no lo era, es que era... Raúl, él, simplemente. Se sentía, unas veces, niño, con deseos de mimos, aunque los rechazaba porque creía que no eran para él. Le daba rabia no entenderse y se sentía mal en su propia piel. Si eso era la tan cacareada adolescencia, al diablo con ella.

Con su padre siempre se había llevado muy bien. Era su ojito derecho, aunque Marta tampoco le andaba a la zaga, pero con él era distinto. Habían hecho muchas cosas juntos porque, cuando Raúl nació, su padre trabajaba en casa y lo pudo atender casi mejor que mamá, que salía todas las mañanas al hospital y llegaba cuando podía y a veces ni llegaba porque tenía turnos agotadores. Su padre le contó los primeros cuentos, le dio las papillas y sembró en él muchas inquietudes porque su padre era un tío listo, eso decía siempre Raúl, muy listo. Lo enseñó a pescar también. Cuando iban al pueblo y se acercaban al río, Raúl tenía ganas de meter mucha bulla y quería gastar su energía corriendo por la ribera o metiéndose en el agua, pero su padre tenía otras ideas.

-Hijo, tienes que disciplinar ese cuerpo. Ven, mira –y le enseñaba todos los artilugios de pescador- Ahora te enseñaré, pero tienes que estar muy quieto porque los peces son más listos que tú y que yo juntos. ¿No te he contado nunca el cuento del pez más viejo?

Raúl conocía ese cuento de memoria, pero decía que no porque sabía que su padre se moría por contárselo, mientras, con mucha parsimonia, preparaba la caña de pescar, como si fuera un rito mágico. La familia de Raúl, excepto su madre, era muy cuentista o muy cuentera, no sabía cómo calificarla Raúl; a la mínima te salían con un cuento que te servía de ejemplo. Así le gustaba tanto a él escribir. Cuando Asun les habló en clase del “Conde Lucanor”, de don Juan Manuel, Raúl entendió que con él todos actuaban como el ayo Patronio, le explicaban un “*enxiemplo*” para que él mismo

escogiera. Ni se imaginaba Raúl lo lejos que llegarían todos con los cuentos y las consejas ese verano. Su padre tenía una manera de hablar tranquila y clara. Nunca se dejaba detalle, pero parecía que la prisa no iba con él. Su madre era distinta, siempre iba como escopeteada. Raúl pensaba de niño, que la paciencia o impaciencia tenían que ver con saber o no contar cuentos. Su padre era paciente, luego sabía contar cuentos; su madre era impaciente, por lo tanto, no era capaz de hilar una palabra con otra. Eso pensaba Raúl.

-Pues, verás, hijo –empezaba su padre-: Había una vez un pez tan listo, tan listo que nunca se dejaba pescar. Su familia estaba muy orgullosa de él y lo ponía de ejemplo a todos sus primos y amigos y parientes. Creció tanto y tanto que todos los pescadores del contorno se empeñaron en pescarlo. Crearon un premio especial, dotado con un trofeo y un talón bancario y todos los años se celebraba un campeonato a ver si el pez caía. Fue tanta la expectación, que una hermosa ciudad creció al lado del lago, gracias al pez. Y el pez seguía creciendo, creciendo, sin importarle nada.

Cuando se vio que era imposible capturarlo, empezaron las leyendas y las gentes hablaban de un monstruo enorme que salía, de vez en cuando, a la superficie. Una legión de investigadores montó guardia para intentar fotografiarlo y, en la ciudad, se creó una de las más renombradas universidades. Y el pez seguía creciendo, creciendo.

Pasó el tiempo y el pez empezó a reírse de los hombres y a explicar a sus descendientes que, gracias a él, se había formado esa hermosa ciudad al lado del lago y que él era muy importante. Sin embargo, como ya todos sus amigos habían sido pescados, el pez grande no tenía admiradores porque los pequeños habían nacido ya en esa hermosa ciudad; aunque él se sentía orgulloso y seguía envaneciéndose de su proeza y mirando con ojos saltones hacia el exterior. Tanto habló y habló que, un buen día, fue a tragarse el anzuelo de un joven pescador que no tenía ni idea de la leyenda y que, por lo

tanto, no se asombró lo más mínimo. Le chocó, eso sí, el extraordinario tamaño del pez; aunque, mucho mejor así, porque habría más ración para todos. Y bien cierto es, acertó a pensar el pobre pez, que por la boca muero, por charlatán. Y ahora, Raúl –terminaba como si tal cosa-, coge esta caña con cuidado y vamos a ver qué ocurre; pero en silencio que “por la boca muere el pez”. Y Raúl aún estaba pensando en el pobre pez y no sabía si hablar o callar, no lo fueran a pescar a él también.

Raúl se quedaba un buen rato con su padre y a veces pescaban una trucha que devolvían al agua, porque les gustaba pescar, pero no necesitaban llevarse el pez a casa. Cuando regresaban, los abuelos se reían porque, aunque sabían el rito de Raúl y su padre, siempre preguntaban:

-¿Dónde está la pesca? ¡Vaya pescadores de secano que estáis hecho!
¡De ciudad teníais que ser!

Mamá levantaba la mirada del libro que estaba leyendo y sonreía. Ella nunca iba al río y se la veía muy preocupada hasta que volvían. Puso el grito en el cielo la primera vez que su padre se lo llevó y solo aceptó porque iban los dos juntos y dándole, a su marido, mil recomendaciones. No le gustaba el río. Prefería quedarse en el pueblo, tranquilamente. La abuela Martina también se ponía nerviosa cuando iban a pescar. Raúl no entendía bien por qué, imaginaba que eran cosas de mujeres. Sus abuelos querían mucho a papá y adoraban a Raúl y tanto les daba que pescasen o no, la cuestión era tenerlos cerca durante los veranos y cuanto más cerca mejor.

Eso estaba pensando Raúl cuando, por fin, llegó a su portería. Inconscientemente no quería entrar, pero su mano sacó las llaves del bolsillo y abrió. Subió las escaleras de cuatro en cuatro. Pensaba que Marta estaría en casa de Remedios, como los últimos días, y le sorprendió, aunque poco, porque todo el día lo había temido, ver a su madre en casa. Dejó tirada la mochila de cualquier manera y nadie le dijo que no lo hiciera. Eso no

importaba ahora. Nada importaba ahora.

-Hola, hijo, qué bien que llegues tan pronto. ¿Cómo ha ido el colegio? –su madre tenía unas arruguitas en las comisuras de los labios cuando hablaba. Se llamaba Aurora y su padre decía de ella que era la aurora de su vida, que gracias a ella no tiró los trastos cuando las cosas iban mal. Raúl intuía algún secreto entre sus padres y sabía que era raro que su padre se hubiera ocupado de él y no su madre. Su padre le había dado las primeras papillas, lo llevaba al colegio, iba a las reuniones de padres..., hacía todo lo que, en general, realizaban las madres de sus amigos; pero Raúl no preguntaba. No necesitaba respuestas, solo tranquilidad y con sus dudas propias ya tenía bastante. Aurora besó a Raúl y Raúl la correspondió. Dejó que su madre le alborotase el pelo como cuando era pequeño y una pregunta se le murió en la boca. Volvía el miedo- ¿Estáis comiendo bien estos días? ¿Le dais mucho la lata a Remedios?

Al principio pensaron avisar a la abuela Encarna, la madre de su padre, pero vivía en otro pueblo y pensaron que le darían un susto de muerte y la pobre ya había tenido bastante. Llevaba poco tiempo viuda y residía en un pueblo cercano, en su casa de siempre, porque allí, decía, que estaban sus recuerdos y su vida; pero la abuela Encarna era una mujer decidida y valiente que se hubiera enfrentado a todo con tal de ayudar a los suyos. Mamá decidió llamarla días más tarde, cuando todo estuviera mejor y pensó que sería mejor contar con Remedios, la vecina de rellano, una mujer animosa que seguro que les echaría una mano hasta que se organizaran, porque ella no tenía ya mucha cabeza para pensar. Fue todo tan rápido que apenas pudo organizar nada.

Esa noche Raúl y su padre discutieron. Ahora no se acordaba bien, pero creía que había sido por Carolina. A su padre no le gustaba Carolina, era la verdad. Y él pensaba que era por su aspecto, pero su padre insistía en que no, en que Carolina le haría daño, que era una de esas chicas que van por la

vida pisoteando a los demás, que fuera con cuidado, que él era más sensible de lo que se creía y que saldría con el corazón destrozado porque Carolina se cansaría de él y lo tiraría a la papelera. Así dijo: “Te tirará a la papelera como un chicle usado”. Y eso Raúl no lo consintió. En su fuero interno sabía cómo era Carolina, pero ahora estaba con él. Y punto. Le gritó cosas a su padre, le dijo que se metiera en sus asuntos y se marchó dando un portazo. Y ya no lo volvió a ver más. Bueno, sí, lo vio, pero no como él hubiera querido.

Cuando su madre, ya de madrugada, entró en su habitación, vestida y más pálida que la cera, Raúl supo que pasaba algo grave. Su madre era médico y no se asustaba por cosas sin importancia. Era más miedica su padre que, al mínimo rasguño con sangre, se mareaba. Cuando nació Marta, su padre se cayó redondo en el paritorio y una enfermera tuvo que reanimarlo, así que no veas la guasa que siempre tenía mamá con eso. Papá siempre contestaba: “por un perro que maté...”, medio amoscado de que se viera su debilidad ante la sangre.

-Raúl, Raúl, atiéndeme, hijo. Pasa algo y me tengo que ir.

-..... –no acababa de despertarse.

-Raúl, es tu padre.

Ahora sí se despertó. Se irguió en la cama, abrió los ojos:

-¿Papá? ¿Qué le pasa a papá?

-Hijo, le ha dado un infarto y es de los graves, me temo –su madre hacía esfuerzos por no llorar- He llamado a la ambulancia y ya nos vamos.

Raúl no entendió nada. Su padre. Un infarto. Ambulancia.

-He llamado a Remedios, la pobre se ha llevado un susto, mañana no vayas a clase si no quieres, ya te haré una nota y cuida a Marta, por favor. Yo te llamo –y lo besó brevemente en la sien.

Raúl se levantó de un salto. Ahora sí estaba despejado. Salió corriendo a tiempo de ver cómo se llevaban a su padre, que no parecía su

padre. Estaba desencajado y tenía un extraño color azul. Raúl se quedó plantado sin saber qué hacer, sin saber qué pensar. Estaba en blanco. Y le entró miedo. Mucho miedo. El mismo que ahora le impedía preguntarle a su madre cómo estaba su padre.

-No me mires así, hijo, que ya todo se va solucionando, aunque papá está muy delicado aún. Necesita muchos cuidados- Aurora hacía verdaderos esfuerzos por parecer entera ante su hijo mayor.

Raúl volvió a esa madrugada fatídica por un momento. Remedios se hizo cargo de la situación. Se quedó con ellos y se portó como su madre. Remedios era una mujer regordeta, que apenas tenía ojos cuando se reía ya que se le formaban dos rayitas y que quería mucho a Raúl y a Marta, casi como a sus nietos; aunque sus nietos estuviesen mucho más lejos. Vivían en Francia y los veía de higos a brevas como ella decía con nostalgia. Raúl sospechaba que Remedios proyectaba en ellos el afecto que no podía dar a los suyos, pero no le importaba porque apreciaba a esa mujer que olía a vainilla y que era tan discreta. Lo peor fue Marta. A sus 7 años era una niña fantasiosa, muy imaginativa, que vivía en su mundo de amigos invisibles, pero que resultó ser más fuerte que él mismo. Cuando Remedios le dio los buenos días, ella ya intuyó algo raro.

-¿Qué pasa, Remedios? ¿Dónde están papá y mamá? ¿Y Raúl?

-Raúl en la cocina, comiéndose tu desayuno... –disimuló Remedios-, así que date prisa o no comerás nada.

-¿Qué pasa, Remedios? –insistió la niña. Era alta para su edad y muy rubia, tanto como su madre. Le gustaba leer y la tranquilidad. No era una niña alborotadora y Aurora decía de ella que “era su premio”.

-Nada, bonita, que tu padre está malito y yo me he quedado con vosotros mientras se recupera.

-¿Se va a morir papá? –hizo la pregunta de un tirón-. ¿Se va a morir

como el abuelo Aurelio? –cuando murió el abuelo Aurelio, el marido de Encarna, le dijeron la verdad. No sabían cómo iba a reaccionar y fue la propia abuela quien, cogiéndola de la mano, le explicó, de alguna manera, que ya no vería más al abuelo, pero que, si cerraba los ojos y pensaba en él, allí estaría con su sempiterna pipa y sus cuentos, que tanto le gustaban. Marta lo entendió y lo echaba mucho de menos, como ahora a papá- ¿Se va a morir, papá, di Remedios?

En ese momento entraba Raúl y se le hizo un nudo en la garganta. ¡Vaya con su hermana! Ella sí sabía enfrentarse a sus miedos directamente, no como él, que llevaba toda la noche en blanco sin saber qué pensar, sin querer pensar, sin querer dar nombre a lo que estaba pasando.

-No, Marta, claro que no; está muy malito; pero mamá ha llamado hace un rato y dice que va mejorando, que es cuestión de tiempo. Así que no te preocupes, levántate y al colegio, venga, bonita, que aquí estoy yo –y a Remedios las últimas palabras se le agolpaban en el pecho- ¿Y tú, qué haces aquí, Raúl? ¿Es que en esta casa nadie tiene hambre? Venga, venga, a desayunar, venga.

Pasaron las 24 horas fatídicas y su padre se iba recuperando, pero estaba en cuidados intensivos. Había sufrido un infarto fulminante. Era imposible, decía mamá, que no se hubiera dado cuenta, porque algún aviso había debido de tener. ¡Este marido mío que nunca se queja de nada! Por la tarde, Raúl se acercó al hospital y apenas supo qué veía, porque su padre estaba sedado, rodeado de tubos y más tubos y más allá que acá. Solo las enfermeras y su madre mostraban animosidad. La Dra. Marzoa -su madre-era muy apreciada en el hospital y aunque ella atendía partos, todos se desvivían por ayudarla. Era animosa, atenta y nunca miraba el reloj. Se tomaba muy en serio eso de traer vidas a este mundo...

Aurora miró a su hijo y pensó en lo mayor que era, en que se le iba de

las manos y sintió una punzada de nostalgia en el corazón. Lo vio delante de ella, tan desvalido y tan sin saber qué preguntar que le dijo deprisa:

-Hijo, tranquilo, a papá no le pasa nada. Te lo prometo.

Vio como Raúl se relajaba y cómo volvía el color a sus mejillas.

-Pero tenemos que hablar. Mira, ya estáis acabando el curso y hemos pensado que os quedéis aquí con Remedios y conmigo –cuando pueda venir-, pero luego, hijo, tu padre necesita muchos cuidados y nos iremos con la abuela Encarna. Ella ha insistido en que vayamos todos, pero iré yo con tu padre y, cuando lo vea bien instalado, me volveré al hospital para seguir trabajando porque estos días he faltado mucho. Cuando tenga las vacaciones me iré con ellos y luego ya con vosotros- lo dijo todo de una tirada, como con prisa, como con agobio. Miraba a su hijo a ver qué cara ponía.

-¿Nosotros dónde estaremos, mamá?

-¡En el pueblo, con los abuelos Vicente y Martina, claro!

-¿En el pueblo? ¡Pero si hace años que vamos muy poco por el pueblo! Si ya no conozco a nadie...

-Marta va siempre.

-Marta es una niña pequeña.

-A veces es mayor de lo que tú te crees. Y está tu prima...

-¡Sí, una mocosa con aparatos en los dientes que no para de jorobar!

-No seas injusto.

-¡Yo no me quiero ir a ninguna parte!

-Hijo, no me canses...

-Yo soy mayor y quiero quedarme aquí, podré estar contigo cuando vengas a dormir. ¿O es qué tampoco piensas dormir? –eso último lo dijo con rabia, haciéndole daño a su madre.

-Hijo, yo estoy pensando en lo mejor para todos y mis padres, tus abuelos, os quieren mucho. Estarán tan contentos de teneros todo el verano y

no solo unos días. La abuela, ya verás, hará una fiesta cada día...

-No, si yo eso ya lo sé, pero... ¿por qué en esta casa nadie me pregunta nada?

-Hijo, papá se pondrá bien, ya lo verás, estate tranquilo. Si pasa algo yo os voy a buscar inmediatamente. Os llamaré todos los días, pero estaré tranquila si os vais. Remedios no se va a ocupar de vosotros todo el verano.

-Pero yo tenía planes, está Quique... y Carolina... están...

-Les escribes, no será para siempre, igual pueden venir a visitarte, la casa es muy grande y los abuelos generosos. Puedes llamarlos por teléfono, incluso. Ya sabes que allí la cobertura no es muy buena.

-¡Lo que faltaba! ¡Sin móvil!

-Bueno, no te vas a morir por eso...

-Total, mamá, que ya lo tienes decidido. ¿Verdad? ¡Para qué me preguntas!

-Raúl, venga, vamos a ser razonables los dos –Aurora tenía muchas ojeras y Raúl fijó su mirada en ellas y le hicieron daño, porque se dijo que eran por su culpa y dejó de protestar. –Me ayudarás mucho si os vais, de verdad. Yo estaré más tranquila sabiendoos con los abuelos y telefonaré a menudo. Y a finales de agosto, cuando papá esté mejor, que lo estará –sonrió y Raúl se dijo que cómo las estrellas podían concentrarse en esa sonrisa siempre- y yo tendré vacaciones...

-¿Y cuándo nos vamos? –aceptó ya Raúl.

-Gracias, hijo. En cuanto acaben las clases.

-Una semana...

-Una semana. Ya los profesores lo saben todo y entienden que no participes en las actividades de verano. Ya sabes que, estando papá cerca, en casa, yo estoy tranquila, pero así...

A Raúl se le abrió otra ventana y comenzó a porfiar de nuevo:

-¿Y la librería, quién la llevará? –hacía dos años que su padre había abierto una pequeña librería, el negocio de su vida, decía, en los bajos de casa. Así siempre estaba cuando sus hijos lo necesitaban. Marta se pasaba las tardes muertas allí, en la trastienda, leyendo o haciendo los deberes y Raúl también recalaba con frecuencia.

-Se lo hemos pedido a Sonia y ha dicho que sí. Ya sabes lo dispuesta que es para todo –Sonia era la hermana pequeña de su padre, la más joven de todos, llena de proyectos, llena de vida, como un huracán. Siempre que llegaba insuflaba un aire nuevo con su presencia.

-¿Y yo no me puedo quedar con Sonia?

-¡No empecemos, hijo!

-Está bien, nos iremos al pueblo, a aburrirnos, al destierro, al pueblo, venga.

-¡Con lo que te gustaba ir cuando eras pequeño!

-Las cosas cambian, mamá.

Después, Raúl se arrepintió de esas palabras, pero ya estaban dichas y la palabra que se lanza es como venablo que no vuelve. El daño estaba hecho y su madre, como siempre, comprendería. Las madres estaban para eso. Para comprender. Es muy injusto ser madre, aunque también tiene sus compensaciones... pero la madre de Raúl, en ese momento, no las veía por ningún lado.

DESPEDIDAS

Raúl iba al mismo colegio desde los tres años. Era un colegio público que no quedaba muy lejos de su casa. Conocía al dedillo las instalaciones y se sabía todos los trucos, aunque, a veces, pensaba que sería bueno para él ir a estudiar el bachillerato a otro centro, para ver mundo, más que nada, para conocer a otros amigos, tener otros profesores... aunque no sabía aún qué haría. Raúl era un buen estudiante y tenía grandes dotes de observación. Llevaba un diario, aunque no lo confesaba abiertamente, no fueran a tomarlo por un endeble, y de eso nada. Le gustaba escribir y reflexionar acerca de sus sentimientos, de sus vivencias, de sus amigos... Le parecía que eso lo ayudaba a sentirse mejor, aunque, desde lo de su padre, poco había escrito. No se atrevía.

Sus padres eran fieles a la escuela pública. Decían que hay que estar en la sociedad, a las duras y a las maduras, y lo matricularon en ese colegio por proximidad al domicilio, aunque tuvieron la suerte de que impartía el primer ciclo de la ESO, el segundo ciclo y también bachillerato. Ese año Raúl había acabado 3º de ESO. Le había costado un poco más de lo que quería confesar porque siempre había sido muy rápido, de buenos reflejos y con una excelente memoria. Cualidades, hijo, decía su padre, que un día se volverán contra ti, como no las utilices bien. Y supo a qué se refería su padre el primer trimestre cuando se durmió en los laureles y suspendió cuatro. Un desastre familiar. El tutor, Sebas, lo llamó a capítulo y estuvo tanteándolo.

-A ver, Raúl, tú siempre has sido un buen alumno. ¿Qué te está pasando?

-Nada, Sebas, el cambio.

-Pero ¿qué cambio ni qué tonterías? –Sebas era muy vehemente en sus juicios.

-Sí... que 3º es muy difícil –era la excusa que todos daban, manida, pero perfecta.

-¿Para tiiii? ¿Difícil? –y abrió los ojos como dos faros- ¡Cuéntaselo a otro! Y ahora la verdad...

-Bueno, Sebas, es que me he confiado...

-Ya va saliendo, ya.

-Es que pensaba que me acordaría.

-Ya.

-Y no he estudiado, ni nada.

-¿Ni nada?

-Poco...

-¿Y tus padres?

-Mi madre está poco en casa y a mi padre lo puedo engañar, si le digo que estudio...

-¡Y haces otra cosa!

-....

-Mira, Raúl, ya sabes que a mí las charlas me gustan poco –eso decía Sebas, aunque a la mínima te endiñaba un sermón-. Al pan pan y al vino vino. Pero no estoy dispuesto a consentir que te vengas abajo. No y no. ¿Me entiendes? O sea que tú mismo... Tu padre es un bendito y tu madre lo mismo. No saben qué hacer contigo. Que si te presionan, malo, que si te dejan, malo también –eso último lo dijo como para sí mismo- O sea que ya estás poniéndote las pilas o... la cosa tiene muy mala pinta.

-Ya lo sé, ya, y no te creas, me sabe mal, porque yo siempre he sacado buenas notas y ahora incluso Fabián ha aprobado más que yo.

-¡Y además racista!

-No te lo tomes mal, Sebas, pero Fabián acaba de llegar y no sabe tanto como yo...

-¿Y eso quién lo dice? Mira, Raúl, no nos metamos en un jardín y ponte a estudiar, ya, en firme, en serio, como quieras, pero eso no debe repetirse. ¿Me lo prometes?

-Bueno...

-¿Me lo prometes?

-Vale –resultaba difícil quitarse de encima al tutor, cuando se empeñaba en algo. Además, tenía un sentido de la justicia y de la igualdad muy dominantes y Raúl sabía que no le iba a pasar ninguna. Además, le había tocado la fibra sensible con Fabio. Y conste que a él le caía bien Fabio, era simpático y eso, pero ¡llevaba muy poco tiempo en el país y encima aprobaba!

Raúl acabó teniendo charla también en casa y, si se descuida, hasta los abuelos le dan el sermón. Las Navidades no fueron muy buenas para él. Y luego estaba Carolina que no paraba de hacerse la interesante, que si ahora te miro, te mando una notita, te espero y luego me voy con otro. A Raúl las chicas le habían parecido un incordio toda su vida y, con Quique y Esteban, sus mejores amigos, juraron que nunca se emparejarían. Pensaban que se volverían gilipollas, como decía Esteban, en buen castizo. Y se pasaban las tardes jugando solos a sus cosas, a cosas de chicos, como está mandado.

Había un parque cerca del colegio y allí dejaban que el tiempo transcurriera indolente, con mansedumbre. Jugaban a las canicas, al escondite, a pillar, a lo que fuera, pero ellos tres. Siempre. Como hermanos de sangre. Quique, Esteban y Raúl for ever and ever, como decían a coro. Entonces el tiempo parecía detenerse y los miraba amable, acompañaba a los chicos en su crecimiento y aguardaba, impasible, el momento de empezar a correr y no darles tregua; pero... la infancia aún es un momento sin tiempo, sin relojes...

Sea como fuese, Quique no había cambiado demasiado y seguía siendo

un chico sanote, con algún kilo de más, pero dispuesto a ayudar a quien fuera. Tenía pecas en los mofletes y dos remolinos en el pelo. Y era un trozo de pan y eso que decían que los niños con remolinos solían ser malos. Quique ni se quejaba cuando le hacían daño. Todo lo justificaba o casi todo. Esteban era más brutote, puro nervio. Moreno como el carbón, con dos ojos penetrantes y la ironía siempre en la boca. Los dos eran inseparables de Raúl. Hasta que pasó lo que pasó.

Raúl no se fijó en Carolina hasta 3º de ESO y fue como una súbita aparición. Era su compañera de siempre y nunca la había visto o es que ella no había querido ser vista. Tras el verano de 2º volvió cambiada, hecha una mujer, como decía la abuela Encarna. Raúl no era muy alto para su edad y se quedó pasmado cuando vio que Carolina lo superaba en estatura. Y encima estaban esas formas que de dónde había sacado y esa indumentaria tan rara. Iba vestida de negro, con las uñas pintadas de negro y sombra de ojos negra en los párpados. ¿En qué estará pensando su madre?, se preguntaba Aurora cuando la veía. Más que una niña era un proyecto de mujer fatal, pero a Raúl lo impactó y empezó a fijarse en ella. Carolina a todas horas. Se hizo el encontradizo. Desplegó todos sus encantos, que eran bastantes, porque Raúl era el rey de la labia. Era un cuentista nato. Lo había heredado de su padre y de sus abuelos maternos. Podía estarse horas y horas hablando, sin problema, conseguía lo que quería solo con las palabras. Eso era un arte y lo demás tonterías, lo jaleaban Quique y Esteban cuando se embalaba.

Carolina medio aceptó una extraña relación, que nadie podía conocer, pero que se sustentaba en miradas, alguna invitación furtiva al cine y poco más. Por eso, su padre se enfadó, porque sabía que Carolina hacía lo mismo con otros chicos. Y eso que Quique y Esteban le advirtieron también, pero él creyó que estaban celosos y les dio la espalda, hasta que pasó lo que pasó.

Como le veían tan desvalido, Quique y Esteban insistían en que jugara

con ellos al fútbol, querían atraerlo de nuevo al grupo y que sintiera uno más. Tanto porfiaron que Raúl les acabó pidiendo disculpas, dijo que eso no significaba renunciar a Carolina, aunque en su fuero interno sabía que no era para él, pero tampoco a ellos y les contó su secreto. Su padre estaba muy grave, en el hospital.

-Pero, Raúl, ¿por qué no nos lo has dicho antes?

-¿Cómo está tu padre?

-¿Necesitas algo?

-¡Ya te veíamos empanado estos días!

-¡Pero pensábamos que era por la Carolina esa!

Los dos insistieron en que él no tenía culpa de nada. Tu padre tuvo un infarto y se está recuperando, pero tú no eres el culpable –aseguraba Quique- Ni que fueras el responsable hasta del cambio climático... o del hambre en el mundo... y ahora dirás que eres también el culpable de la bomba atómica –se embolsó el amigo, para hacerlo reír- ¡Pues si que te crees importante, tío!

-Ya, pero discutimos la noche de antes. Por Carolina.

-¡Toma! Si cada vez que yo discutiera con mi viejo le diera un *jamacuco* –terciaba Esteban- Seguro que tu padre tenía razón, la *titi* esa va a lo que va, a sacarte lo que pueda, a que le dejes los deberes y le hagas el trabajo y luego si te he visto no me acuerdo, puerta...

-No seas bruto, hombre, no ves que Raúl lo está pasando mal.

-No, si yo lo digo para animarlo, nada más.

-Pues vaya maneras, vaya.

-Mi padre me dijo, con otras palabras, lo mismo que vosotros... Lo mismo... y lo que es peor es que creo que tenía razón, pero no se la quise dar...

Desde que Raúl se lo contó a sus amigos se sintió mejor. No pudo hacerlo con Carolina porque cuando lo intentaba parecía rehuir la

conversación y Raúl optó por no decírselo. Empezaba a ver las cosas con claridad. Lo que sí les contó a todos es que se iba a pasar el verano fuera, con los abuelos. Esteban y Quique, ahora que ya eran de nuevo, amigos se llevaron un disgusto.

-¿Y con quién iremos a los billares?

-¿Y tienen ordenador tus abuelos?

-Pues no.

-¡Sopla! ¿Y como chatearemos pues? ¡Pues vaya verano!

-A mí no me digáis nada, que yo no me quiero ir.

-Bueno, bueno, ya veremos cómo nos lo montamos.

-Dice mi madre que os puedo invitar.

-¿Sí? ¿Tus abuelos lo querrán?

-¡Seguro!

-Eso ya cambia las cosas, llévate el móvil y nos contamos.

-¡No hay cobertura!

-Pues si que te vas a un lugar fino...

-Os daré el teléfono y si podéis, os venís unos días. ¿Palabra?

-For ever and ever.

Raúl se animó un poco más, aunque se vino abajo cuando le dijo a Carolina que se iba fuera todo el verano.

-No te preocupes, yo puede que tampoco me quede.

-¿Y eso?

-Cosas de mis padres.

-Pero, ¿dónde irás?

-Aún no lo sé.

-¿Quieres que te escriba?

-¿Una carta? ¿Cómo las de antes? ¡Qué cosas tienes, Raúl!

A Raúl le gustaba escribir cartas. Le gustaba escribir. Sin más. Era una

costumbre que había aprendido de su padre y escribía a sus abuelos, a sus tíos y a sus primos. Le gustaban las cartas. Le permitían pensar en la persona a la que iban destinadas y explicarle, despacito, todas las cosas. Le hubiera encantado escribir una carta de amor a Carolina, pero lo veía más negro que el esmalte de sus uñas y ya no sabía si la quería o había sido un espejismo. ¡Qué lata eso del amor!

-Así, ¿no me echarás de menos?

-¡No te pongas dramático, Raúl! Solo te vas dos meses... no da tiempo a echar de menos a nadie.

Raúl tuvo que darle de nuevo la razón a su padre y aún se sintió peor. Volvió el miedo, esta vez como una bestia mansa y acorralada que no se quería ir de su estómago. Un miedo quieto y pesado, como la gelatina, que amenazaba con pasar con él el resto de su vida. ¿Y para eso había discutido con papá?

-Bueno, Carolina, pues nada.

-Venga, vamos a tomar algo, que hace calor y no me comas la oreja. -
¿La oreja? ¡Bonita manera romántica de despedirse!

Tras la primera evaluación, Raúl remontó el vuelo un poco. No volvió a ser el chico de expediente brillante, pero sí de notables, con lo cual todos tranquilos. Sebas lo dejaba en paz, aunque no mucho. Y sus padres lo miraban con más confianza. Les parecía que Raúl en poco tiempo se había convertido en una caja de sorpresas a cual más insólita. La única que se atrevía a decirle las cosas era Marta. ¡Ay, Marta, caso aparte!

Cuando Marta nació él se sintió muy bien. No tuvo celos para nada. Le pareció muy bonita esa niña que era tan tranquila y que nunca se metió con sus cosas, contra lo que sí hacían las hermanas de sus amigos, que eran unos incordios. Marta, en cambio, lo admiraba y cuando sacaba buenas notas se alegraba con infantil regocijo, tanto que Raúl acababa también riéndose y

jugando con ella, rodando por el suelo del pasillo. No le sabía mal irse con Marta de vacaciones, sabía que la niña, para algunas cosas, era más madura que él y se sentía seguro dándole la mano, pero nunca lo hubiera confesado a nadie.

Los profesores se despidieron de ellos a lo largo de la semana, unos con más efusión y otros con sequedad, pero todos tuvieron alguna palabra amable para Raúl. Eso sí, advirtieron a toda la clase, que 4º de ESO es muy difícil, es el paso previo para el bachillerato, así que este verano no andéis todo el día como zascandiles, eso, claro, lo dijo el tutor.

Raúl se despidió de su clase. Fueron a la cafetería del centro y se vaciaron los bolsillos entre todos. Ya que no se quedaba a la cena de despedida qué menos que tomar un refresco juntos. Le desearon lo mejor y Quique y Esteban le hicieron un aparte para confiarle que esperaban que sus padres les dejaran ir unos días a ese pueblo, claro que un pueblo sin playa, qué gracia tiene. Pero tiene río, atontados. ¿Y eso qué? Con las bromas de siempre, Raúl llegó a su casa y se le hizo el trayecto más rápido.

Sabía que su madre los acompañaría al tren y que en el destino los abuelos los esperarían como agua de mayo. O eso decía siempre la abuela Martina cuando algo era muy deseado. La abuela Martina es que era muy refranera. Se hubiera llevado bien con Sebas, ahora que lo pensaba. Incluso ella misma se reía cuando se definía: “Mujer refranera, mujer puñetera”.

NARINAS

Aquí estoy, en la habitación que era de mamá. ¿Cómo sería mamá de pequeña? He visto algunas fotos, pero no la reconozco apenas. Están pintando la casa y la abuela ha decidido que yo me instale aquí. Marta estará más cerca de ellos. Marta. Mi hermana. ¡Qué niña tan increíble! Es más fuerte que yo. ¿Cómo lo logra? ¿Será verdad que todas las mujeres son así? ¡Qué pasada! Y yo... que siempre me he creído el más duro, el que puede con todo. ¡Qué equivocado estaba! Se me viene la casa encima, se me viene el dolor y ese vacío que me acompaña desde lo de papá. Incluso estoy pensando en Dios. ¿Qué me diría Carolina? ¡Carolina! Eso es lo peor. No poder hablar con nadie, no poder contarle a nadie qué me pasa. Mi madre ya tiene bastante. Marta es una niña y mis abuelos, los pobres, se desviven, pero no sabrían qué decirme. Y yo no quiero llorar delante de ellos. Me da vergüenza que piensen que soy un niño débil. Me he venido a la habitación de mamá, a ver si me sosiego y luego trato de hacer algo cosa. ¿Alguna cosa? ¿Qué se puede hacer en este pueblo? Bien que me lo pasaba de pequeño, diría mamá, ya la estoy oyendo. Bien que te lo pasabas, Raúl, diría, corriendo todo el día de un lugar a otro que no había quien te pescara. Ya lo sé, ya, pero ahora... Ahora. Buf. Ahora. Ni ganas de leer tengo ni de escribir, ni nada. Solo de estar así, quieto, pensando... pensando y amargándome, eso también. ¿Qué harán Quique y Esteban? Y encima aquí no hay cobertura, esto es el fin del mundo. A lo mejor si le pregunto a la abuela me dirá si conoce al chico con el que viajamos, que vaya cosa rara también. Mira que no preguntarle el nombre. Es que a veces eres tonto, Raúl, de capirote.

Raúl daba vueltas y más vueltas a su situación y muy bien no sabía cómo plantearse ese verano que se le antojaba el peor de su vida, con la incertidumbre de su padre, con los amigos lejos, sin nada qué hacer... sin

nada por lo que valiera la pena levantarse por las mañanas. Y encima sin saber nada de Carolina.

Habían cogido el tren muy temprano. Ellos vivían en una ciudad costera y los abuelos en un pueblecillo perdido del interior. Perdido, quizá no porque sus abuelos bien orgullosos que estaban de él. Era un pueblo de la sierra, donde hacía un frío que pelaba los inviernos, pero que los veranos recibía a los hijos y descendientes de los que un día emigraron a la ciudad en busca de fortuna. Tenía un castillo, allá en lo alto, muy grande, aunque medio derruido; un monte coronado por un Sagrado Corazón que se veía espectacular desde todos los puntos del pueblo y, sobre todo, unas murallas espléndidas, casi conservadas en su totalidad. El pueblo amurallado como decía su padre. La perla de la sierra como afirmaba el abuelo Vicente. La riqueza del pueblo era la madera y su abuelo de joven, cuando la posguerra, había sido guardia forestal, aunque después lo dejó para dedicarse al pastoreo y ahora ya estaba jubilado, pero subía mucho al monte a echar una mano, eso decía él, aunque más bien subía a pensar, a estar cerca del cielo. También se podían pescar truchas, como hacían Raúl y su padre. Recientemente habían abierto una piscifactoría, con lo cual la pesca se complicaba, pero aún había alguna ocasión de hacerlo.

Para llegar al pueblo tuvieron que hacer trasbordo dos veces. Raúl lo sabía perfectamente. Primero con el tren llegaron a otra ciudad, ahí subieron a otro tren –un poco menos moderno– que les llevó a la capital de provincia y, por si fuera poco, aún hubo que esperar al autobús que, ese sí, por fin, los llevó al pueblo.

En el segundo tren coincidieron con un chico algo mayor de Raúl, quizá 10 años más, era muy malo sacando edades. Ayudó a Marta a subir y se sentó con ellos con total naturalidad, como si los conociera de toda la vida. Ni se presentó, sino que se puso a hablar con la niña del paisaje. La verdad es

que era un paisaje bonito, algo monótono, pero lleno de encanto.

-Mira, ahí hay un genio. ¿Lo ves?

-¿Dónde? –Marta ni dudó de lo del genio, era una niña que creía en hadas y le parecía lo más natural del mundo encontrar a un desconocido que le hablase de un genio, así que ni se inmutó, abrió los ojos ilusionada y volvió a preguntar: ¿Dónde?

-Detrás de la montaña... –había una pequeña loma que rompía la extensión de la meseta.

-Sí, sí, veo la nariz.... –y Marta miraba detrás de la montaña con entusiasmo.

-Muy bien. No deja que lo ven muchas personas, así que tú debes ser afortunada.

-¡Anda! –empezó Raúl un poco agriado, pero vio como el chico lo miraba y se calló. Al fin y al cabo, no le hacía mal a su hermana tener algo de ilusión después de los días que habían pasado.

-Si pides un deseo el genio te lo concederá, pero... no se lo digas a nadie.

-¡Claro que no! A la Sra. Viqui, en todo caso.

Al ver el gesto de sorpresa del muchacho, Raúl se apresuró a decir:

-Es su muñeca preferida, lo sabe todo, lo ve todo y es la más lista – Marta le pegó un puntapié porque detectó cierta ironía -. Lo digo en serio, Marta. La Sra. Viqui acertó cuando dijo que aprobaría todas -. Marta se relajó y sonrió.

-Está bien, puedes decírselo a la Sra. Viqui, pero a nadie más.

Y Marta cerró los ojos, apretó los puños y pidió muy concentrada: “Quiero que papá se ponga bueno enseguida y venga con nosotros al pueblo, quiero que Raúl no esté triste, quiero que mamá me deje tener un perro....”. De repente, preguntó asustada: ¿Cuántos deseos puedo pedir?

-Bueno, si son para ti, yo creo que tres estarían bien o alguno más, incluso, si es fácil...

-¡Ah, menos mal! –y siguió concentrada- “que haya conejitos pequeños y que la abuela me los deje tocar. ¿Ya son tres deseos o cuatro? Ya no pido nada más, genio, gracias”.

El paisaje se hizo más monótono y se sucedieron estaciones abandonadas en las que ya no paraba el tren. Estaciones de pueblos que se habían quedado pequeños, casi desérticos. Eso le daba pena a Raúl y, por lo que veía, a su compañero también porque lo miraba todo con ojos acuosos, brillantes como si quisiera taladrar lo que contemplaba y apresarlos. Ya muy cerca de la capital entrevieron un edificio con una inscripción curiosa. Fábrica de Narinas “La Dolorosa”, José Hernández, S. A. Desde la ventanilla del tren regional de tercera se leía muy bien el letrero en letras azules, de un añil intenso. El edificio era hermoso, de finales de siglo –eso le pareció a Raúl, aunque igual no había atendido lo suficiente en clase cuando hablaron de arquitectura-, estaba embaldosado con esmero con azulejos amarillos y blancos y muy bien pintado, con franjas azules, sobre las ventanas. ¿Qué serán narinas?, se dijo, sea lo que sea sonaba bonito. Prometió buscarlo en el diccionario en cuanto llegase a casa. ¿A casa? Bueno, al pueblo, que sus abuelos también tendrían diccionario. La villa habría vivido épocas de esplendor, eso era seguro; pero ahora vegetaba o dormía un sueño de décadas. La fábrica estaba abandonada, se veía bien. Conforme el tren se acercaba, los ojos captaban las zarzas que crecían en el jardín y esos desperfectos que causa el tiempo y la gente: cristales rotos, algún azulejo desportillado y, pese a todo, le siguió pareciendo hermoso el edificio.

-¡Qué pena! –se le escapó a Raúl sin querer. Marta lo miró soñolienta y el joven acompañante se puso a hablar y era muy distinto su tono del de antes. Sonaba triste y melancólico.

-¿A ti también te dan lástima los edificios abandonados, verdad? –no esperó la respuesta y siguió hablando –He visto muchas estaciones en ruinas como si las hubieran arrasado, obras de recia factura que fueron levantadas aún antes de explanar el terreno y que han sucumbido porque el trazado ferroviario así lo ha marcado y me apena pensar en las gentes que pusieron ilusiones en las estación, que pensaron que les traería otro porvenir...

-Nunca lo había pensado, pero tienes razón...

-¡Cuántas maravillas no dejarían de acudir al tren! –siguió emocionado el chico, parecía un anciano, hasta se le formaron unas arrugas en las sienes como las que se marcaban a mamá cuando estaba triste - ¿Os habéis fijado en los niños que hay en algunas estaciones y saludan con la mano? De allí pueden salir tantas historias...

Raúl se quedó pensativo. A él le gustaba mucho escribir. Las clases de lengua y literatura se le daban francamente bien. Con Asunción, Asun, la profe, se llevaba estupendamente. Ese mismo curso había ido un escritor a hablar con ellos del libro que habían leído, un libro emocionante sobre la revolución mexicana en Chiapas. Cuando Raúl fue con su libro a que se lo dedicara, Asun le dijo al escritor: “Mira, Raúl también escribe y lo hace muy bien”. Raúl enrojeció y el escritor, que tenía aspecto de buena persona, que les había dicho que para escribir no hay que sufrir y que quien se aburre es porque quiere, miró a Raúl y le estrechó la mano: “Tanto gusto, colega”. Raúl aún tenía esa frase gravada en su mente. ¡Lo había llamado colega!... Volvió a la realidad y al tren. Callaron un rato, hasta que Marta intervino:

-¿Quién os ha mirado a vosotros? –se refería a los niños de las estaciones.

-Bueno, no sé, siempre, cuando llegas a una estación, cruzas la mirada con otra persona, con un pasajero que sube o baja o con un curioso que merodea por ahí y no te importa porque vas de paso, porque nunca volverás a

verlos y eso, pese a todo, te da sensación de libertad, pero también te inquieta –calló un momento- Y a mí, ya os lo he dicho, me apenan las estaciones abandonadas y los edificios que fueron altaneros y que hoy ya no son nada. ¿Qué se hizo de sus proyectos?

-¡Vaya! –Raúl se dio cuenta con rapidez -¡Eso es Jorge Manrique!

-¡Muy bien, chaval! ¡Es un ubi sunt!

-¿Una uva qué...? –preguntó Marta extrañada y todos se echaron a reír. Había pasado la nube de tristeza.

Raúl siguió pensando en las narinas y dejó que su imaginación se destapase. Como el viaje duraba varias horas, pudo pensar con detalle en qué eran las narinas. Pensó, por ejemplo, que, como estaban cerca de Valencia, podrían ser especias bien mezcladas o algún condimento para el arroz e, incluso, galletas especiales horneadas con zumo de naranja. Cosas efímeras y alegres, como un vuelo de palomas o el aleteo de una cometa en el cielo. Su acompañante lo interrumpió:

-¿Te has preguntado qué son las narinas? –Raúl dio un respingo: le había adivinado el pensamiento- Y sí, muchas veces. Y me imaginé, como tú ahora, ¿me equivoco?, que viajarían por tierra porque el pueblo es de interior, aunque tiene río, pero, vaya, llegarían en tren. Los trenes pararían para cargarlas y se trasladarían a la capital y allí y en otras ciudades se venderían, eso sí, ciudades de cielo azul y mar enorme... –suspiró- que las recibirían con ilusión sin imaginar ni por un momento que las habían hecho allí, en pueblecito de interior.- El joven se calló un rato como si quisiera evocar el mar con sus palabras.

-¿Y se venden? –preguntó, inocente, Marta.

-¡Claro que sí! –siguió la broma el desconocido –Quizá alguien las echa de menos y se pregunta en qué tienda podría conseguirlas... ¡Ah, las narinas que compraba mi madre todos los domingos!

-¿De verdad las compraba? ¡Qué pasada! –exclamó Marta.

Raúl no pudo evitar reírse:

-Es un suponer, Marta, se lo está imaginando.

-¡Ah! Ya decía yo...

El resto del viaje fueron hablando con total normalidad. El chico conocía muy bien el pueblo de destino, porque había vivido en él y parecía saber mucho de la familia de Raúl, de sus abuelos e, incluso, de Aurora. Preguntó por ella y suspiró hondo cuando le dijeron lo del padre: Se curará, no os preocupéis. No hay nada que no consiga Aurora.

Poco antes de llegar, les contó un cuento y Raúl se dijo que ese chico se llevaría de miedo con su familia, pero lo escuchó.

-Cuando los dioses crearon al hombre y a la mujer decidieron que no fuesen iguales a ellos mismos, sino inferiores y, para ello, les quitaron la felicidad. Ahora bien, había que esconderla en algún sitio. En el fondo del mar. En lo más alto de la montaña. En una gruta escarpada. Ningún escondite les parecía bueno porque habían creado demasiado inteligentes a los humanos. Un dios dio en el clavo y exclamó triunfante: ¡Esconderemos la felicidad dentro de ellos mismos! ¡Nunca la encontrarán!... Y acertaron de pleno. Vamos siempre buscando una pizca de felicidad, en sitios equivocados y si mirásemos en nuestro interior, seguro que la encontraríamos. Allí está el reflejo de los dioses que nos crearon.

A los chicos les gustó mucho la leyenda y se quedaron pensativos, sobre todo Raúl, quien no reaccionó a tiempo, estaba poco ágil de reflejos esos días, y cuando quiso darse cuenta, ya habían llegado a la capital de provincias. El chico los ayudó con las maletas y... desapareció. Así, fulminado. Pensaron que estaba en el lavabo y que cogería también el autobús, pero nada. Marta se llevó una desilusión y Raúl se llamó tonto por no preguntarle dónde vivía ni cómo se llamaba. Él los parecía conocer a

todos y ellos no lo conocían a él. Quizá si les preguntase a los abuelos. Era un chico rubio, con aspecto enfermizo y cojeaba un poco, en eso sí se fijó. Lo que le extrañaba era que conociera a su madre... ¿qué edad tendría? Su madre había cumplido los 40 en febrero, le hicieron una fiesta monumental porque andaba alicaída esos días, con la “depre de los 40”, como la bautizó su padre. Y ese chico, si tenía 20 y pocos, pues ¿de qué conocía a su madre? Igual del hospital. No se le daban muy bien las elucubraciones a Raúl y zanjó el asunto porque Marta ya señalaba con el dedo la torre de la vieja iglesia, más parecida a un palacio renacentista que a un templo. También había una ermita, pero quedaba a las fueras, en el otro lado del pueblo y muy cerca del río. Era bonito el paisaje, tuvo que conceder Raúl, y, casi a su pesar, sintió alegría y nostalgia de su infancia.

Desde que era un bebé, Aurora insistió que tenían que ir al pueblo a que el niño se criase en contacto con la naturaleza, que no quería que fuera un niño de ciudad que no distinguía una vaca de una gallina. Eso no lo iba a consentir. Y bien que aprendió Raúl a reconocer los animales y a quererlos. En casa de los abuelos había perros, gatos y animales de labranza en paz y armonía. La abuela criaba también gallinas y conejos que eran la debilidad de Marta, aunque antes lo habían sido de Raúl. Esas bolitas de pelo cálido que la abuela ponía en sus manos y que tenían vida, les robaban el corazón, aunque Aurora en eso era inflexible. Los animales en donde tienen que estar, en casa ninguno. Y así fue, ni perros ni gatos ni peces ni pájaros. Nada. Los animales los veían en casa de los abuelos y allí podían revolcarse en la era lo que les diera la gana con Canelo y Moro y recibir los lametones de Chispa, que no pasaba nada. Aurora se dulcificaba y hasta se volvía niña como ellos; pero habían pasado algunos años y ahora Raúl se veía a sí mismo como un chico mayor, que tenía otros intereses.

UN MISTERIO SIN RESOLVER Y ALGUNAS RESPUESTAS

Los abuelos Vicente y Martina los estaban esperando en la parada del autobús. Inconfundibles. No habían cambiado apenas desde la última vez que los vio. Martina se tiró literalmente encima de ellos, abrazó y besuqueó a Marta e hizo toda clase de aspavientos en cuanto a su altura, a su hermosura y a su delgadez, que no le pareció tan bien y que ella corregiría ese verano. Vaya sí lo hará. Buena era la abuela Martina. Tenía un pronto. Cuando contaba algo lo hacía con vehemencia: “Mire usted...” y se alisaba la falda o el delantal mientras lo decía. A Raúl le hacía gracia ese gesto. Además, sabía que, en el fondo, perro ladrador poco mordedor y su abuela era de natural bondadoso, aunque de genio rápido. No te fíes del agua mansa, hijo, no te fíes, decía como para justificarse a sí misma. Seguía con su eterno moño, aunque parecía más pequeño que otras veces. No llevaba gafas y eso a Raúl le parecía un misterio, porque sus padres sí las usaban y los abuelos no. Ni Vicente ni Martina llevaban lentes, como ellos decían y leían perfectamente sin usarlas. ¡Qué misterios los de la genética! Raúl tampoco las llevaba e igual había salido a sus abuelos. Ojalá, aunque Marta, de momento, también se iba salvando. Después, la abuela se volvió hacia Raúl y lo miró con arrobo:

-Pero, mira qué nieto más majo tengo, y que guapo y qué serio también. Raúl, hijo, dame un abrazo como los que me dabas de pequeño –y Raúl se dejó mecer entre los brazos de la abuela y aspiró su aroma inconfundible a tomillo y lavanda.

Vicente se apoyaba en un bastón: “El reuma que no perdona”. Era un hombre recio, con unas manos enormes, que parecía siempre preparado para la acción, aunque ya se había encogido un poco con los años, seguía siendo

un hombre de una envergadura importante. Palmeó la espalda de Raúl, como para comprobar si sus costillas seguían allí, lo besó y luego, con esfuerzo, levantó en volandas a Marta: ¡Y cómo ha crecido la reineta!

Juntos fueron, andando, a casa. Vivían cerca de la Plaza Mayor, en una casa grande, de tres pisos, aunque casi todos los animales los tenían fuera, en los corrales. El abuelo iba cada día darles de comer y a recoger los huevos. Los huevos de las gallinas recién cogidos era milagrosos. Marta bien lo sabía y se los frotaba por los ojos hasta tener la sensación de estar curada de cualquier mal. Deseaba volver a hacerlo.

Raúl iba pensando que es extraño volver a un sitio que ha formado parte de tu vida, que conozcas a ojos ciegos y descubrir, de repente, con estupefacción, que, aunque la Calle de la Virgen existe, aunque la Placetilla sigue reventando de geranios, aunque la Puerta de San Bartolomé está en su sitio, y la calle de San Mateo es igual de estrecha que antaño, ya nada es igual y no sabes explicarte por qué. Los ojos que te miran cuando pasas lo hacen con curiosidad, con dudas. ¿Son los hijos de la Aurora? ¿Cómo está vuestra madre? ¿Y el padre está mejor? ¿Vendrán unos días? ¿No te acuerdas, hijo? ¡Yo soy la hija del Soldado, cuántas veces no habrás comido en mi casa de pequeño, verdad Martina! Los cuchicheos y las voces te persiguen, se te clavan en la mente, pero ya nada es lo mismo, aunque te paren por la calle y te estrechen las manos con calor o te besen, tú ya no sabrías vivir allí. Tu sitio, el que ocupabas de niño, se ha desvanecido y te das cuenta. La abuela acaba por romper el hechizo con su voz:

-Estamos pintando, hijos, que desde la guerra no se pintaba en esta casa –dijo la abuela mirando con retintín al abuelo.

-Sí, desde la guerra, buena *panzá* de pintar que me pegué yo no hace mucho.

-Si por ti fuera, se nos caería a pedazos...

Raúl los escuchaba sin sorprenderse. Los abuelos no estaban peleando, estaban practicando lo que su padre llamaba: “combates dialectales”. No había pareja más unida que Vicente y Martina, así que, por él, podían discutir hasta el alba.

-No enredes, hombre, que estas criaturas traerán hambre.

-Diles dónde tienen que dormir.

-¿Hay conejos, abuela?

-¿Qué si hay conejos? ¡Una bendición! Después irás con el abuelo.

-¿Dónde dejo esto, abuela?

-Venga, venga, pasad, pasad.

Los vecinos seguían asomados a las puertas y balcones y no paraban de admirar a los dos nietos de la capital, tan guapos, tan serios y que habían venido solos, con lo *lejísimos* que eso estaba, así decía, *lejísimos* o *lejismos*, que de todo había. Raúl ya se estaba cansando de tanto beso y tanta tontería. Miró al abuelo y descubrió una chispa de entendimiento en su mirada. Se alegró:

-Venga, Martina, que parecéis cluecas, todo el verano los veréis, adentro todos, adentro que hace calor y hay que refrescarse.

-¡Uy este hombre qué genios gasta! Martina, hija, hasta luego.

La casa tenía un zaguán amplio y fresco, se subía después, por unas escaleras al primer piso, donde estaba el comedor y la cocina y, más arriba, tenían, los dormitorios y el aseo. El retrete, en palabras de Vicente, estaba abajo, en las cuadras. Porque la casa de los abuelos tenía aún cuadras, solo que sin animales de labranza. Ahora las ocupaban los conejos y algunas gallinas, pocas, porque el resto estaban en los corrales.

La cocina de los abuelos era enorme, con un fuego y un montón de carolas y utensilios que la hacían como de museo. El abuelo los hizo sentar, venga, venga, vamos a comer primero ¿tenéis sed? Dejad las maletas aquí,

luego las subimos. Venga, que primero hay que comer para aguantar el resto del día. Después os echáis una siesta o lo que queráis. Ahora a comer.

-Este hombre siempre tiene la comida en la cabeza.

-¿Yo?

-No, el cura.

-¿Blas, nuestro hijo?

-Anda y no me salgas con esas ahora, deja a Blas en paz... –Blas era hermano pequeño de Aurora y había estudiado en el Seminario. Era sacerdote.

Marta y Raúl, ya francamente divertidos, se miraban sonrientes. Por fin pudieron comer, un buen potaje de judías que atacaron con deleite, la verdad, aunque no fuese lo que a ellos más le gustaba, estaban buenísimas. Luego tomaron una cuajada “de las de verdad” y después, a descansar, a descansar. Antes Raúl, con la curiosidad instalada en las comisuras de los labios, hizo una pregunta:

-¿Abuelo qué son las narinas?

-¿Las narinas?

-Sí, paramos en una estación de tren abandonada y se veía el letrero Fábrica de Narinas “La Dolorosa”, S. A., José Hernández.

-¿José Hernández, dices?

-Creo que era el indiano, Vicente, ¿te acuerdas? –intervino la abuela.

-Ah, sí, el indiano, construyó una casa enorme y una fábrica y daba trabajo a todos los hombres y a alguna mujer del pueblo.

-Sí, a veces venía al pueblo ¿te acuerdas?

-Y se paseaba por la Plaza Mayor con un traje de lino blanco...

-Y saludaba a unos y a otros –los abuelos se sacaban las palabras de la boca.

-Decían los más viejos, que de pequeño lo habían visto con los mocos

colgando y mira tú ahora, se codeaba de igual con el alcalde, el cura, el médico y el maestro –era como si lo reviviesen.

-Y tenía una hija, la Esperanza... La abuela de Genoveva ¿no?

-Sí, pero de su madre no se sabía nada, decían que era viudo o que había tenido alguna aventura en las Américas –y se calló porque había hablado mucho o eso pensaba al ver la cara de sus nietos.

-¡No, seguid, seguid, que es guay! –pidió Marta –Habláis como el hombre del tren.

-¿Qué hombre? –inquirió el abuelo.

-Nada, un chico que ha hecho el viaje con nosotros y que conocía mucho el pueblo, hasta a vosotros y a mamá –se apresuró Raúl- Pero no le he preguntado el nombre. Se me ha olvidado. Ha dicho muy seguro que papá se curará.

-¿Y cómo era? –dijo la abuela, más práctica.

-Rubio, muy pálido... y cojeaba.

Los abuelos se miraron un momento con cara de sorpresa y una chispa de desazón cruzó por sus pupilas. Contestaron con evasivas y Raúl se dio cuenta de que no querían hablar de ello. ¿Quién era ese extraño joven?

-Venga, vamos a descansar, que ya basta de cháchara –se apresuró la abuela.

Vicente subió las escaleras renqueando, mientras la abuela se quedaba fregando la loza. Les enseñó sus habitaciones y allí los dejó. Marta se apresuró a colocar su ropa en un armario y luego sacó a la Sra. Viqui y se entretuvo contándole todo lo que había hecho hasta que se quedó dormida. Raúl, por su lado, se concentró en rumiar su mala suerte. Di que los abuelos eran muy especiales y lo que quieras, pero yo me voy a aburrir aquí como una ostra, por mucho que mamá opine lo contrario. Me tendría que haber quedado con Sonia para ayudarla en la librería. No sé, tendría que haber

hecho algo, no venirme aquí, al exilio. En fin, al menos estoy en la habitación de mamá, que es la más bonita de toda la casa. Y encima lo de este chico, ¿quién será? Tengo que reconocer que era bonita la historia de las Narinas. Más tarde volveré a preguntarles a ver qué me cuentan que con los abuelos, ya se sabe, o hablan mucho o no sueltan prenda.

Aurora tenía otros dos hermanos mayores, el tío Blas y el tío Andrés, pero como ella era la niña, pues le habían dejado siempre la mejor habitación. El tío Blas era sacerdote, el que vela por nosotros, tal como decía su madre. Ahora estaba en Roma ampliando estudios. Ese verano, por desgracia, no iban a verlo, pero si todo salía como esperaban, los abuelos cogerían un avión en octubre y se pasarían una semana en Roma. ¡Lo que se reía la abuela cuando se imaginaba a dos serranos en la Plaza de San Pedro! Aunque al abuelo eso del avión no le hacía mucha gracia... Tuvo que coger uno cuando el Servicio Militar, allá en Melilla, y no le quedó ánimo para repetir la experiencia, aunque, por los hijos, como decían los dos, lo que sea. El tío Andrés vivía también en el pueblo y era quien ayudaba al abuelo en las tierras y en lo que podía. Era un hombre grande, de manos recias y rostro bondadoso. Todo lo que tenía de envergadura física también lo tenía de afectuoso. Estaba casado con la tía Inés, que era una mujer alegre y parlanchina, y tenían una hija. Se llamaba Luisa, Luisita. Raúl la recordaba como a una niña con las piernas torcidas y con aparatos en los dientes.

La habitación de mamá seguía igual que cuando ella se fue a la ciudad a estudiar, con sus cosas, sus adornos, sus vivencias. Martina no había tocado nada. Se había limitado a quitarle el polvo. A Raúl le parecía que estaba profanando un misterio, pero se sentía fascinado porque mamá no les hablaba demasiado de su infancia ni de su juventud, ponderaba mucho a los abuelos y la vida en el pueblo, pero ella no contaba nada de sí misma o solo lo que le interesaba porque, a veces, los recuerdos se vuelven selectivos y uno acaba

recordando lo que desea y olvidando aquello que le hizo daño. Decía que el pasado terminado estaba y no podía cambiarse, que lo importante es el nuevo día. El hoy.

Los hijos tienden a creer que los padres no tienen pasado, que siempre han sido mayores, por eso cuando se descubre algún secreto, algún pequeño misterio, el asombro es grande. Los hijos idealizan a sus padres cuando son pequeños, luego ya van viendo sus limitaciones y, poco a poco, los acaban queriendo por lo que ellos son. Raúl se encontraba en la fase de las limitaciones y pensó que la habitación no estaba mal, pero que era un poco cursi, pero, bueno, tampoco se iba a quedar allí toda la vida.

Sacó los auriculares y se puso a escuchar música, al menos eso sí podría hacerlo. Después pensaría en qué hacer el resto de la tarde y si se acordaba preguntaría a la abuela de nuevo por ese chico que viajó con ellos, a ver si soltaban prenda. Y Raúl, rumiando pensamientos buenos y malos, se quedó dormido. No era aún consciente, pero el miedo estaba encogiéndose. Era como, si al entrar en contacto con las sábanas de lino de la habitación de su madre, el miedo huyera, se hiciera más pequeño o más blando, como si alguien lo estuviera rechazando. Raúl durmió como hacía días que no lo lograba. Y no se hubiera despertado si la abuela no lo hubiera llamado desde el piso de abajo. Miró el reloj: eran las diez del día siguiente. Había dormido más de 12 horas.

-Raúl, hijo, ¿estás bien?

Oyó también la voz de Marta que jugueteaba contenta.

-¿Necesitas algo?

-No, abuela, me he quedado dormido.

-Ya te lo dije yo –rezongó el abuelo- deja en paz al chiquillo, que viene muerto.

-No si tendré la culpa yo y llevas toda la mañana diciendo que duerme

mucho, que si estará malo.

-¡Ya bajo!

-Tranquilo, hijo, luego te subo el desayuno.

-Ha venido alguien a verte –dijo Marta.

-¿A mí? –pensó en el chico del tren- ¡Ya voy!

Fue al lavabo a quitarse de los ojos con agua el sueño que aún no se le había borrado de la cara y a lavarse un poco. De vuelta al dormitorio, sintió un escalofrío. Se quedó mirando el espejo de la habitación y tuvo un presentimiento. No recordaba si había dormido o no, pero tenía que ver con su madre y el chico del tren. Los había visto reflejados allí mismo, jóvenes, sobre todo su madre. Los había soñado. Estaban hablando. Eran tres, su madre, el chico y otra joven. El chico pareció dirigirse a Raúl, aunque hablaba con las dos mujeres, y dijo algo así como: “Si lloras porque has perdido el sol, las lágrimas te impedirán ver las estrellas”. ¡Qué cursi!, había pensado Raúl, que, ni dormido se daba tregua, eso sí lo recordaba, tan cursi como las frases que guardaban sus compañeras de clase tipo “Querer es poder” y “Los sueños pueden hacerse realidad” y que su madre también tenía recortadas en un corcho. Ahora no sabía qué pesar. Estaba muy confuso. Miró el espejo y lo tocó. No creía en fantasmas, pues no faltaba más, pero le resultaba muy real todo eso. Demasiado real. Él nunca recordaba sus sueños, ¿por qué ese sí? Iba a ponerse ya las deportivas, cuando unos pasos cansados le hicieron volver la cabeza.

-Abuela, ¿eres tú?

-Sí, hijo, ¿puedo pasar? –le chocó el tono de mansedumbre de su abuela, ella que siempre llevaba la voz cantante –Te traigo el desayuno.

-Claro, abuela, pasa, pero podía bajar yo a comérmelo...

-Para una vez que puedo mimarte. Y dime, Raúl, ¿Has dormido bien? ¿Cómo se ha quedado tu madre? Antes ha llamado... Ayer hablamos tan poco

y hacía tanto que no dormías aquí... –y le puso una bandeja encima de la mesita. No tenía intención de marcharse porque se sentó en una esquina de la cama, mientras su nieto miraba el desayuno con ánimo de empezar a comérselo.

-Bien, supongo que cansada, creo que hecha un lío, abuela, con lo de papá... ¿Cómo está papá? Todos estamos hechos un lío.

-Tu padre se pondrá bien. Ha hecho guardia en peores garitas.

-¿Cómo dices?

-¡Cosas de vieja! ¿Tú sabes por qué te cuidó tu padre de pequeño? –le preguntó así de sopetón.

Raúl entendió el tono de las confidencias. Por fin. Alguien le iba a contar un secreto. El secreto de sus padres. Por fin. Y justo cuando creía no estar preparado para ello, cuando ni siquiera había preguntado. Se le iba a atragantar el desayuno, estaba visto.

-No, abuela, ni idea.

-Pues porque tu padre estaba en el paro. ¿Lo sabías? Pasaron una época muy mala tus padres, la verdad, muy mala –la abuela se quedó pensativa-. Tu madre ya había sufrido lo suyo, conoció a tu padre y se enamoraron. ¿Te lo han contado alguna vez?

-¡Qué va! Mamá solo ordena últimamente y papá no está de acuerdo con nada de lo que yo hago.

-Típico... Tu padre era un hombre de ilusiones, sigue siéndolo, yo creo que es un filósofo de la vida, mira tú. Algo inútil si quieres ganar dinero, pero bueno si quieres crecer. A Vicente le cayó bien el muchacho. Le gusta escuchar. Después de lo que había pasado, Aurora merecía ser feliz. Tu madre estudió como una leona y consiguió una plaza en el hospital. ¿Eso sí lo sabes?

-Hombre, abuela, eso sí... –Raúl iba procesando la información y no

sabía si preguntar por qué su madre lo había pasado mal o dejar que su abuela siguiese. La abuela no le permitió interrumpir.

-Tuvo que hacer más guardias que nadie y la pobre hija más de una vez se sintió sola, allá en la capital. Y apareció tu padre, que es como tú.

-¿Cómo yo?

-Sí, hijo, un agonías. Todo el día dándole vueltas a las cosas, todo el día obsesionado, cuando el pan es pan y el vino es vino, pero, bueno, dicen que eso lo hacen las personas instruidas. Yo, como no lo soy... –vaya con la abuela, tiraba con bala.

-No digas, eso, abuela.

-¡Hombre, ya sabes que quien a los suyos parece... honra merece!

-No quiero decir eso, quiero decir que no nos llames “agonías”... –se defendió Raúl. La abuela a veces era demoledora.

-No te vaya a pasar como al del cuento...

Raúl no sabía si preguntar o callar. Hiciera lo que hiciera la abuela le hablaría de ese del cuento... Seguro, mejor preguntar. Siempre contaba las cosas dando muchos rodeos, era su estilo:

-¿Y eso, qué le pasó?

-¿Te lo cuento? ¿No tienes prisa?

-Yo no... ¿qué prisa voy a tener?

-Pues, ea, coge las magdalenas y come un poco que te cuento lo que le pasó a uno que renegó de los suyos... –Raúl se dispuso a hincarle el diente al desayuno y a escuchar a su abuela. No quería decirlo, pero le gustaban esas historias que tanto ella como su padre le contaban. La abuela ya estaba empezando- Cuando su padre murió, él tenía 15 años y su madre siguió uno a uno todos los proyectos que habían planeado para él con su marido. No querían que fuese como el padre, una persona que solo sabía trabajar, que no tenía preparación, que no conocía el mundo. El muchacho estudió, creció y

escapó del recuerdo de su padre, impulsado por los consejos de una madre que no le daba tregua. Al fin, estuvo bien situado. Tenía una casa magnífica, una mujer que lo quería, un par de niños bulliciosos y un trabajo estable; pero le faltaba algo que no conseguía llenar ni con la música de Mozart ni con dos masajes por semana.

Un buen día, en que no andaba apurado de tiempo, se detuvo algo más de lo acostumbrado ante un espejo y, después del afeitado, se descubrió unos rasgos muy marcados que no tenían nada que ver con aquel joven de 15 años que siguió una vida que habían preparado para él. En su cara estaban sedimentados los mismos rasgos de su padre y eso, contra lo que hubiera deseado su madre, le dio ánimos para seguir. Ya no era necesario mantener ningún engaño consigo mismo porque su rostro era idéntico al del padre muerto y él volvería a repetir sus mismos errores y aciertos, como harían sus hijos, a quienes jamás hurtaría su recuerdo. Eso lo hizo reír con alegría porque, para su consuelo, ya no tenía que demostrar nada a nadie. Así, hijo, ya lo sabes, por mucho que quieras huir de tu destino, allí está...

-¡Vaya, abuela! Me ha gustado mucho. Aunque yo no huyo de nada... yo solo estoy... un poco confundido... nada más....

Martina lo miró fijamente y le sonrió. Tenía la misma mirada que su madre, aunque algo más envejecida, pero igual de transparente:

-Venga, que hay mucho trabajo por hacer y ya te he dicho que abajo hay alguien que te espera.-Raúl no iba a consentir que la abuela interrumpiera como si tal cosa la historia de sus padres...

-¡Abuela, no te pares y cuéntame el resto! ¡O no hubieras empezado!

-Tienes razón, pero de prisa.- Y siguió hablando-. Tu padre andaba en trabajos que no cuajaban y, finalmente, se quedó en el paro y tu madre, embarazada de ti, tuvo que sacar la casa adelante. No sé cómo lo logró, pero lo hizo. Cuando naciste, yo quise cuidarte, pero tu padre dijo que lo haría él y

vaya si lo ha hecho. A Vicente y a mí nos parecía raro eso de que la mujer sacase las castañas del fuego, pero salieron de la crisis y tan felices. Ahora son otros tiempos, yo, hijo, es que mando mucho, pero la fuerza se me va por la boca, porque la última palabra la tiene siempre Vicente. Mira tú... Tu padre tiene que haberlo pasado mal porque ha debido tragarse mucho amor propio. Los hombres no soportan bien que la mujer gane más que ellos... Cosas del machismo...

Raúl no salía de su asombro. Ahora resultaba que la abuela era una feminista convencida. ¡La abuela! Ver para creer.

-¿Y qué más pasó, abuela?

-Pues que tu padre no siempre encajó vivir a la sombra de Aurora y, bueno, hubo sus problemillas. Estuvieron a punto de separarse, no creas. Fue una mala época. Luego llegó Marta... Menos mal que ahora tiene la librería y eso era lo que tu padre buscaba.

-Va tirando, no creas...

-Oye, hijo, ¿por qué no quieres pasar el verano con nosotros? –la abuela preguntó a traición.

-¡Claro que quiero!

-No mientas, cuando mientes se te mueven las aletas de la nariz, desde pequeño –dijo, pícara la abuela, su mirada era de mujer joven.

-Es que, abuela, estoy hecho un lío, pero gordo, no sé muy bien qué pinto aquí ni allí ni en ningún sitio.

-¡Ay, Dios mío! Pintas lo que quieras pintar tú. Otro día hablamos, pero piensa que nosotros estamos muy contentos de teneros, porque últimamente te veíamos tan poco. Para mí es un regalo, Raúl y quiero que te des una oportunidad de ser feliz. No tengas miedo. Te he dejado la mejor habitación –y musitando para sí, Raúl entendió que la abuela Martina decía con todas las letras: “Si lloras porque has perdido el sol, las lágrimas te

impedirán ver las estrellas”.

-¿Cómo dices, abuela? ¡Repite esa frase, por favor!

-Es una frase de Tagore, la decía mucho tu madre... y me gustó... Encierra todo un mundo; pero bueno... Venga, hijo, vamos abajo... –la abuela esquivó el tema y puso la misma cara como cuando no quiso hablar del muchacho del tren- que aún queda algo de tarde y aún todo está por empezar y el mundo es nuevo siempre. Raúl miró el tazón de café con leche ya frío y lo apuró de un sorbo. ¡Menuda manera de empezar el día!

COSAS DE LUISA

Raúl bajó las escaleras muy pensativo. Era una casualidad que en el mismo día hubiese escuchado la misma frase. Iba a preguntarle a su abuela por el chico el tren, pero ella ya estaba en la cocina, entre pucheros, animosa, como si nada hubiera pasado. Le señaló a Raúl con un dedo la puerta del comedor.

Se oían voces y risas. A Raúl, cuando entró, se le quedó una imagen pintada en la retina. Si las coleccionara esa sería una de las primeras. Allí, alrededor de la mesa del comedor, estaban Marta, el abuelo, la Sra. Viqui y una chica jugando al dominó y parecían pasárselo muy bien a juzgar por las voces que pegaban y los saltos que daban en el asiento.

El abuelo levantó la cabeza el primero:

-Hombre, Raúl, que se te han pegado las sábanas... y esta noche no dormirás...

-Raúl –Marta se levantó y se le abrazó con una alegría inusitada en ella, al menos en los últimos días- Ha llamado mamá mientras dormías. Y se ha puesto muy contenta cuando le hemos dicho que dormías. ¡Qué raro! Siempre se queja cuando no te levantas por las mañanas y hoy ha dicho que te dejásemos. Ya se lo he contado a la Sra. Viqui y me ha dicho que las madres son así. Y punto, como dice la abuela –Marta parecía no querer parar de hablar-. Pues bueno, que papá está mucho mejor, que ya no tiene tubos y que irá una temporada con la abuela Encarna y luego, cuando mamá coja las vacaciones, se vendrán aquí. –y respiró, Raúl iba a intervenir, pero no pudo todavía- ¡Ah!... y he visto los conejitos. Los gazapos, verdad ¿abuelo? Y son blanditos y están calientes y hacen así con el morrito –y fruncía los labios en un mohín gracioso.

El abuelo fue más rápido que Raúl y pudo frenar tanta euforia:

-Sí, y los verás cada día. Ven Raúl, ven, dile hola a Luisita.

-¡Abuelo!

¿Abuelo? ¿Luisita? ¿Esa chica guapetona, sin asomo de hierros en los dientes, con el pelo suelto, una mirada directa y vestida de manera informal era la repipi de su prima Luisita? ¡Imposible!

-Bueno, Luisa... anda, dale un beso a tu prima, soso.

Marta palmoteaba de alegría, para ella tener a la prima Luisa cerca era una fiesta. Luisa, en poco rato, le había explicado un montón de secretos, le había hablado de mil historias del pueblo y le había prometido dejarla jugar con su colección de “duendes”, que ella tenía en casa. Por eso le extrañaba que Raúl no hiciera lo mismo.

-Primo, ¿qué tal?

-Prima...

-¡Menudo par de muermos! –se rió la niña y el abuelo la coreó- Tienes razón, son unos muermos. Anda id por ahí a dar una vuelta que Marta y yo nos vamos a entender muy bien solos.

Casi obligados, salieron juntos hacia la cocina. Martina seguía con sus guisos. Olía muy bien:

-Huele bien, abuela –dijo Luisa para romper el hielo.

-Dile a tu madre que te vienes a cenar porque a comer no sé si nos dará tiempo.

-¡Claro!

-¿Sabes qué hago, Raúl?

-No sé, abuela, todo lo que haces tú está bueno...

-¡Vaya primo más pelota que tengo! –y por primera vez se encontraron sus miradas y se echaron a reír a carcajadas. No parecía una cursi su prima, tenía que reconocerlo.

-Bueno, me alegra que os lo paséis tan bien a mi costa... Anda, salid

de aquí o me tendréis que ayudar con el ajo arriero.

Aquí sí Raúl frenó. Miró con arrobó a su abuela.

-Abuela –comentó pícara Luisa –qué verdad es eso que dice mamá de que a los hombres se les gana por el estómago.

-¡Ay, qué cosas, esta Luisita!

-No os riáis de mí, es que el ajo arriero... –Raúl se sintió feliz, por primera vez en el día, casi del todo. Estaba entre gente que lo quería, todos lo miraban con cariño, su padre había mejorado y tenía un secreto qué contar y un misterio qué averiguar. Hasta podría escribir una novela a poco que se descuidase. ¿Se lo contaría a Luisa? Ni se dio cuenta, Raúl, pero no se acordaba ya de Carolina. No había pensado en ella en todo el día.

-Vamos a dar una vuelta por ahí, abuela. No te preocupes, lo cuidaré bien. Además, tengo repaso –Luisa puso voz de madre sabelotodo, pero Raúl supo que se llevaría bien con ella porque tenía mucho sentido del humor y eso era lo que más le gustaba en una persona. Fingió hacerse el ofendido y su prima le correspondió con un mohín de coquetería. –Esos chicos de capital no encajan ni una broma. Chao, abuela.

-Anda, anda, par de zascandiles, a la calle.

Luisa resultó ser una perfecta anfitriona. En un momento, lo puso al tanto de todo lo que pasaba en el pueblo. Le habló de su instituto, en la ciudad porque allí nada más se cursaba hasta segundo de la ESO. Le dijo que una mañana irían para que él viera donde estudiaba y que, de paso, se bañarían en la playa; bueno, no es una playa de verdad, como la vuestra, es playa de río, pero verás que se está bien. Te presentaré a los que se han quedado aquí. Algunos están de vacaciones, pero antes de que acabe el verano los conocerás. Vendrán para la Semana Medieval. Esto se anima mucho entonces. Yo creo que no lo pasarás mal del todo. Voy a clases particulares de historia. No se me dan muy bien las fechas y eso, ¿sabes? –de

hecho, no tuvieron ni tiempo para ir a la capital, pero eso aún lo ignoraban.

-A mí me gusta la historia, pero tenemos un profesor –se acordó de Rogelio, que era su profe de historia, competente, recto y muy muy exigente-, pero es un buen tío, vaya –y se quedó callado, estaba procesando toda la información que le había dado su prima.

-No sí, mi profe no tiene la culpa, soy yo que no me entero. ¿Quieres venir y conocer a Julio? ¡Es guay y explica muy bien! Yo creo que este curso me irá mejor. Julio es una eminencia. ¿Y sabes qué?

-Me lo dirás de todos modos...

-¡Qué simpático! ¿Quieres que te lo diga o no?

-A ver...

-Pues que quiero hacer de Celestina este verano, quiero que Julio y Veva se emparejen, los dos son muy majos y harían una pareja estupenda. ¿Me ayudarás?

-¡Lo que me faltaba! ¿Quién es Veva!

-¡Genoveva! ¿Quién va a ser?

-Luisa...

-¡Ay, si que tú ya no vienes nunca al pueblo! Perdona –Raúl no supo si enfadarse o echarse a reír –Veva es la maestra de los pequeños, lleva aquí toda la vida. Qué digo, si nació aquí y todo. Igual hasta es amiga de la tía Aurora. ¿No te ha hablado nunca de ella?

-Pues no.

-Pues es raro. Le pasó algo de joven a Veva, pero nadie lo quiere contar. Cosas de amores contrariados. Todos se callan cuando pregunto, pero es una buena maestra. La mejor.

-¡Vaya!

-Yo creo que harían buena pareja.

-¿Quién?

-¡Quién va a ser! ¡Veva y Julio! ¡Que no te enteras!

-¿Y aquí cómo pasas el verano?... Porque aparte de la Semana Medieval no sé yo...

-Bueno, siempre hay sorpresas por descubrir. Ya lo verás. ¿Y tú qué tal en la ciudad?

-Bien, a veces no tanto, pero bien... Me gustaría poder enviar algún sms a mis amigos...

-¿No tienes saldo?

-¿Saldo, claro? Me quedaba bastante y no creo que lo gaste porque aquí como no hay cobertura...

-¿Qué no hay qué? –Luisa parecía estupefacta- Pero ¿tú te crees que has venido a la selva o qué? ¿Cómo crees que hablo yo con Beatriz? ¡Y en casa también tenemos internet!

-Vaya, no lo sabía. Lo siento –ante Raúl ya se abría un universo de posibilidades, después se comunicaría con sus amigos y, bueno, no estaría tan solo. Había muchas cosas que su madre debía conocer... la verdad.

Luisa, de camino a casa de Julio, le fue enseñando distintos rincones del pueblo:

-¿Sabías que teníamos una sinagoga en tiempos antiguos? ¡Ahí está la puerta!

-.....

-Aquí hubo muchos judíos expulsados...

-...

-¡Y no sabes lo mejor!

-En agosto, ya te lo he dicho antes, pero no me has oído, se celebran unas fiestas medievales, te encantarán, cada año son una pasada. Pero ¡dime algo!

-Es que me tienes sin poder hablar, Luisa, mujer, no me dejas meter

baza...

-¡Eres muy lento tú de reflejos! Aquí es, aquí vive Julio.

Llamaron a la puerta y les salió a abrir un chico mayor que ellos, un hombre, de la edad de su madre al menos. Julio veraneaba en el pueblo, aunque no era de allí. Era profesor de una Universidad y ahora estaba preparando un trabajo de etnografía, pero como conocía a Andrés, el padre de Luisa, aceptó a darle esas clases:

-Hola, Julio, éste es mi primo. ¿Se puede quedar?

-Bueno, si no se aburre...

-Es que acaba de llegar hoy y para que se ubique.

-Si molesto, me voy, y ya nos vemos luego.

-No, pasad, pasad. Venga, que hoy toca la Revolución Industrial.

Y estuvieron la siguiente hora desgranando hechos de una época pasada, pero tan atractiva como la suya. Cuando acabó la clase, Julio les sonrió:

-¿Una horchata?

-Gracias.

-Pues vamos al bar de la plaza que os invito yo, porque habéis estado muy atentos. Y eso es tan poco frecuente –se rió como si él mismo se hubiese contado un chiste. ¡Vaya tipo curioso!, pensó Raúl.

Julio tenía un remolino de pelo negro que lo hacía más travieso y joven de lo que seguramente era. Llevaba gafas y hablaba muy deprisa, como si se le fuera a olvidar lo que estaba diciendo si no lo soltaba rápido. Estuvieron con él charlando como adultos hasta que Luisa miró la hora: ¡La abuela! ¡Mi madre! Nos matan. Adiós, Julio, otro día nos cuentas esas cosas que estás investigando, porque Julio es un portento, primo.

-¡Anda ya! –se defendió el aludido –Pero... la verdad es que estoy descubriendo asuntos de interés en el pueblo, qué cosas, y yo que he nacido

muy cerca y nunca me había fijado... Os las cuento otro día... es más, mañana, si queréis, venías conmigo a escuchar a la señora Úrsula, la conoce todo del pueblo, y es una contadora de cuentos fantástica, a mí me tiene fascinado. Es una celebridad. La quiero convencer para que este año participe en las fiestas medievales.

Raúl pensó, rápido, que a esa señora, que parecía saberlo todo, le podría preguntar por el chico del tren, así que contestó animado:

-¡Cuando quieras!

-A Raúl le gusta escribir, ¿no te lo hemos dicho?

-Vaya, vaya, un escritor en ciernes... Vamos a llevarnos bien tú y yo.

-No os burléis, venga.

Luisa se rió con alegría, como solía hacer y cogió a su primo del brazo:

-Un día de estos, Julio, yo misma lo llevaré a dar una vuelta a fondo por el pueblo, para que vea las posibilidades que tiene, pero ahora adiós o mi madre nos mata y, si no, la abuela.

Antes de llegar a casa de los abuelos, en la calle Real, pasaron a ver a los padres de Luisa, que vivían al lado, en la calle del Agua. El tío Andrés era un hombre, a primera vista, taciturno, pero luego, metido en conversación hablaba como el que más. Inés era alegre, regordeta y había puesto en su hija la alegría innata. Se alegraron al ver a Raúl e hicieron todos los comentarios habidos y por haber hasta que Luisa, cansada, cortó:

-¡Bueno, que voy a tener celos! ¡Dejad ya de decir lo guapo que es! Raúl ha tenido un viaje muy interesante... –Luisa sabía lo de las Narinas y lo del chico porque el propio Raúl, aprovechando un escaso silencio de la chica, se lo había contado- ¿Os suenan las Narinas?

-¿Las Narinas?

-Sí, La Dolorosa José Hernández, S. A. –apostilló Raúl.

-Hombre, Inés, yo creo que sí... ¿No es la fábrica del indiano?

-Sí, gracias a él se creó la estación ferroviaria de cercanías, ¿verdad?

-¡Vaya! Muchas veces íbamos los chicos del pueblo andando –Andrés se dio cuenta de que eso de andar causaba extrañeza en su hija y sobrino- Andando, sí, íbamos algunas tardes... No está tan lejos. Nos pillaba más cerca que la capital. Y saltábamos las tapias de la fábrica, ¡ay qué ver!, para coger alguna ciruela o higos o manzanas o algún melocotón... Buena se ponía la abuela Martina cuando llegábamos con el botín... Tenía un perro que guardaba poco, la verdad y se llamaba Canelo, como el de los abuelos.

-¿No era el padre ese tal Don José de la abuela de Veva?

-Eso creo, sí, pero esas son historias que la abuela Martina os contará mejor...

-Pues les he preguntado y se han hecho un lío, hablando los dos a la vez...

-Típico de mis padres.

-Oye, tío... ¿y qué son las Narinas?

-Pues... que yo sepa no son nada, no son nada...

-¿Y la fábrica de qué era, pues?

-¡Era una fábrica de harinas! Ni más ni menos, de harinas y creo que de piensos para animales también –Andrés se lo quedó mirando con la sonrisa bailándole en la comisura de los labios- ¿Qué te habías imaginado?

Raúl se quedó pasmado. Cualquiera le contaba a su tío toda la conversación con el chico del tren y lo que llegaron a pensar los dos acerca de las famosas Narinas. ¿Acaso el chico le llevaba la corriente? Parecía decirlo muy en serio... O sea que el secreto estaba desvelado. ¡Se había quebrado la baldosa de la h! ¡Eso era todo! ¿Por qué entonces tanto misterio?... Quiso preguntar por el chico del viaje, pero ya sus tíos estaban hablando de otras cosas.

SUEÑOS EN BLANCO Y NEGRO

La historia de la Fábrica del Indiano avivó los recuerdos a Andrés. Recuerdos heredados de sus padres. En el pueblo, cuando Andrés e Inés eran jóvenes, decían que en la capital eran todos unos señoritos del tres al cuatro (o al cuarto) y eso lo decían con la boca pequeña porque bien que les gustaba, cuando podían ir al pueblo de al lado, el de las Narinas, mirar los trenes que pasaban y entrever caras hermosas y lejanas, bien que les gustaba algún festivo, pocos la verdad, ir, con las cuatro perrillas ahorradas, a ver el estreno de alguna película. Ahora su pueblo ha prosperado más y el otro, con la pérdida de la estación, lleva ya muchos años vegetando. Y Andrés que lo revive con cariño quiere saber si Inés tampoco se ha olvidado. ¿Te acuerdas Inés? Mira, mis padres se conocieron en el cine... pero en el de la capital... qué cosas el destino... Y mira que después fui a estudiar, que mis padres buenos han sido, cualquiera decía que no estudiaba, pero he echado siempre de menos el pueblo. ¡Ay los abuelos! Miró a su hija y a su sobrino:

-¿Os aburro, verdad?

-No, papá, es emocionante todo eso... Me gusta y a Raúl también. ¿Sabes? Quiere ser escritor...

-Sí, pues, mira, vamos a llamar a la abuela para que no se preocupe y te quedas a comer con nosotros, mientras os voy a contar algo. Tendrás materia para una buena historia, sobrino... ¿Tenemos tiempo, Inés?

-Todo el que quieras, ya tengo muy adelantada la comida, así que me siento con vosotros un poco.

-Os voy a contar la historia de los abuelos Vicente y Martina. Te encantará, Raúl.

-¡Este hombre! ¡Cuando le dan cuerda!

-No son ni las doce, aún queda para comer...

Raúl no recordaba a sus tíos así, tan cercanos... quizá porque él también había crecido y era casi un adulto y los veía de otra manera. Una pareja que se quería y que lo pregonaba a los cuatro vientos. Pensó que le gustaría que su tío Andrés le contara más... La verdad es que, desde que estaba en el pueblo, no salía de su asombro, iba conociendo un montón de historias de su familia de las que él no tenía ni idea.

-¿Sabes, Raúl? Hacía mucho que no pensaba en “La Dolorosa”, pero es un paisaje que conocíamos bien, tu madre, tus tíos, Veva... y muchos más... Quizá algún día regrese y en la fábrica hayan instalado una sala de cine como Dios manda y una cafetería para tomar un buen café con leche y un salón de reuniones para los cuatro intelectuales que aún quedan y una pequeña biblioteca y puede, Raúl, que tú tengas razón y se descubra el secreto de las Narinas. ¿Sabes? Hay una palmera de dátiles en ese jardín. Y no sé de dónde ha salido. ¿Te lo puedes creer? Cosas del pasado...

-Bueno, papá. ¿Los abuelos se conocieron en el cine, de verdad? ¡Eso aún no lo sabía yo!

-En plena posguerra, vaya. El abuelo Vicente había pasado la guerra peor que la abuela porque, en su familia, vivían bien. La abuela Martina era toda una chica de capital, pero, mirad, se vino al pueblo, al lado del abuelo... y creo que no se ha arrepentido, al menos eso dice ella. Aunque tuvieron que trabajar de lo lindo. Los abuelos alquilaban también habitaciones. ¿Lo sabíais? Por eso la abuela cocina tan bien, pero preguntadle a ella...

Por lo que se veía, pensó Raúl, en su familia todos sabían contar historias. ¡La genética de nuevo! No tenía nada de particular que él también lo hiciese. Su tío Andrés bebió un sorbo de limonada, Inés sirvió a los chicos y se sentó a escuchar. Conocía la historia, pero le gustaba tanto. Era tan romántica. Andrés se puso a hablar de algo que él no había vivido, pero que conocía muy bien porque lo había interiorizado y lo había hecho suyo ya...

Hubo un tiempo en que las actrices de Hollywood parecían creaciones fantásticas ajenas al vaivén de los mortales. Fue en ese tiempo en que los cines aún formaban parte de las vidas particulares; de las vidas pequeñas, diminutas; de las vidas anónimas; de las vidas en blanco y negro que querían ser rosadas o azules. En ese tiempo los domingos olían a ozopino y nada sabía igual como un beso robado en la última fila. Fue en ese tiempo en que el pelo parecía negro de verdad, los ojos azules; tiempo en que todas las chicas sonreían intentando marcar dos hoyuelos en sus mejillas. Tiempo de verdades y de mentiras, de estrecheces, pero de sueños y de grandezas, de afanes y de inquietudes.

Las estrellas del cine semejaban precisamente eso, estrellas rutilantes en el firmamento lejano y ficticio del celuloide. La gran pantalla hacía realidad los milagros de la belleza, de la felicidad eterna y del amor. Cualquiera se dejaba trasladar a otro mundo contemplando una película. No era cierto, bien se sabía, pero esas dos horas resultaban tan dulces que todos querían creerlo y vivir esas vidas que a ellos, los mortales, no les corresponderían nunca. Ellos jamás serían ni ricos ni altos ni bien formados. Ellas jamás serían ni etéreas ni diosas ni frágiles como mariposas. Lo sabían bien, pero no les importaba porque, mientras estaban allí, con los ojos fijos en la pantalla, las dificultades reales desaparecían y quedaban más lejos que el Cañón del Colorado o las Cataratas del Niágara o el rescate del Séptimo de Caballería.

Los rostros de esas actrices, mitad ángeles, mitad demonios, eran blancos, pálidos y transparentes como las esculturas de mármol. Sus peinados, paralizados en la imagen, resultaban propios de sirenas, de princesas o de hadas inmortales. Aparecían siempre envueltas en un halo de misterio o de fatalidad, rociadas de perfumes caros, cubiertas por pieles, acariciadas por sedas, maquilladas a la última moda y adornadas con las joyas

más caras. Esas mujeres mostraban una belleza irreal porque eran perfectas. Ni una arruga, de un descosido, ni un roce en la ropa. Estaban hechas del polvo de los sueños y se nutrían de él porque producían, precisamente, sueños en blanco y negro, sueños en sepia, sueños de otras épocas, sueños nostálgicos y siempre difuminados por la sala del cine en semipenumbra, por la sesión continua de los fines de semana.

Los galanes que les daban la réplica no tenían nada que ver con las penurias de la depresión ni de la posguerra. Eran hombres de buena planta, altos y bien alimentados. Incluso se les veía con ánimo para practicar deporte. Aquí nadie iba a los gimnasios, no hacía falta porque no había músculos que moldear, pero eran tan hermosos sus gestos, sus miradas, sus cuerpos que prenderse de ellos resultaba una tentación. Sus ojos solían ser claros y su pelo tan rubio como el trigo o la cerveza de la copla; aunque, algunos, los que solían representar a los canallas o a los vividores, eran morenos, guapos, hombres de verdad, hechos de una pieza. Miraban de soslayo, con un cigarrillo en la comisura de los labios y así, taladraban los pensamientos más íntimos y, a las pobres muchachas inocentes, las convertían, durante un tiempo, en mujeres malignas y bellas y quizás, pobres de ellas, también pecadoras.

Todos ellos sabían lucir, con elegancia, un traje que llenaban con sus espaldas fuertes y bien proporcionadas o un uniforme militar o una simple camisa blanca. ¡Qué gusto colgarse del brazo de cualquiera de ellos! (aunque después, la realidad descubriera, algunas veces, a seres de carne y huesos, mezquinos tal vez, con sus neurosis y todos sus problemas de pobres hombres ricos, pero eso entonces no importaba). Eran mitos y con esa verdad bastaba. ¡Ah!, pero en el cine eran capaces de luchar con la corbata puesta e, incluso, podían morir por sus ideales, la patria o el amor, mientras el público femenino se derretía y suspiraba con arrobos por un novio de verdad.

Cuando la película acababa, después de dos horas de magia, los gallitos del lugar que, en secreto, envidiaban la fortaleza de esos cuerpos masculinos, querían aparentar lo que no eran y se erguían sobre sus zapatos para ganar unos centímetros y poder pavonearse ante las chicas; que no eran tan divinas como esas mujeres de la pantalla, pero sí más reales. Sin embargo, las camisas de los aprendices de conquistador no estaban tan blancas, porque habían sido lavadas muchas veces por sus madres -con esmero, eso sí, pues eran las de los fines de semana-, sus pantalones parecían demasiado anchos y de un tejido vasto, sus hebillas del cinturón no estaban tan relucientes y sus zapatos no mostraban ese lustre que sí tenían los de los héroes de los filmes y estaban llenas de descosidos y costurones. Más de uno, incluso, disimulaba los agujeros de mil pasos con cartones recios o con mucho betún. Pese a todo, y sin saberlo, Martina y Vicente empezaron a vivir, a la sombra del cine, las mejores horas de sus vidas.

Cada sábado por la tarde y cada domingo, Martina y sus amigas se cogían del brazo y ocupaban toda la acera. Eran como banderas nuevas puestas al viento para que ondeasen su gracia y sus colores. Así, bien sujetas y amparadas las unas con las otras, llegaban hasta la puerta del cine. Se reían de cualquier cosa y hasta una mosca en pleno vuelo les daba risa. Cuando querían cuchichear sobre algo, un chico o un conocido, se apretaban aún más y se cerraban en círculo. Parecían una rueda de palomas blancas. Llevaban jerséis de punto que combinaban con sus rebecas ligeras de color rosa, salmón, azul cielo, blanco, amarillo o verde claro. Les suponía el colmo de la feminidad poder mostrar el brazo al descubierto e, incluso, el codo que rascaban con piedra pómez y cuidaban para que se mantuviera suave. Les gustaba mostrar la pantorrilla cuando andaban, aunque nunca lo hubiesen confesado; por eso caminaban dando saltitos porque así, sus faldas almidonadas se levantaban un momento, solo un instante, que a ellas les

hubiera gustado que fuese eterno. Aún llevaban calcetines largos que, las más niñas, sujetaban con una goma por debajo de la rodilla, mientras que las más avisgadas los dejaban caer, doblados, sobre los zapatos de charol negro para enseñar la pantorrilla, como sin querer.

Martina y sus amigas hacían cola frente a la puerta del cine y sacaban una entrada para la película, en sesión de tarde, y se emocionaban mirando las carátulas pensando que sería una historia de amor, de las de llorar mucho. (¿Te has fijado? Mira, mira, aquí está llorando... ¡Pues, venid, oye que cara pone de pena, la pobrecita! Esta película sí va a ser de las de llorar). Después compraban barritas de palo dulce y palomitas de maíz. Cuando entraban en la sala, el acomodador las precedía con la linterna y con el tenue halo les iba abriendo camino como si cruzasen el Jordán hasta que se instalaban en la otra orilla, contentas y emocionadas porque habían visto a éste y aquél les había guiñado un ojo y ¡qué risa! Sus cabellos largos y sueltos, sujetos con alguna horquilla dorada, les orlaban el rostro y se lo enmarcaban como una postal antigua, de esas que los soldados mandaban a sus novias cuando estaban en sus destinos (Te quiere, Me acuerdo de ti, No te olvida...).

Martina y sus amigas fingían sofocos y rubores cuando se cruzaban con los chicos, mientras que sus risitas histéricas y entrecortadas iban dejando, poco a poco, detrás su niñez, aunque ellas no lo sabían y se sentían fuertes y más unidas que nunca. El brazo y el cuerpo de la amiga era un escudo o un amparo al que no hubiesen imaginado poder renunciar nunca.

Vicente y sus compañeros aprendían a fumar en el vestíbulo del cine. Lo hacían con gestos ampulosos y muy teatrales, que a ellos les parecían los adecuados para hombres de mundo y que, sin quererlo, realzaban aún más su juventud. Tenían que aspirar muy fuerte para arrancar algo de sabor a su cigarro porque poca picadura podían comprar. Tosían como niños; pero querían comportarse como tipos duros e inventaban gestos y conversaciones

sobre temas que ni conocían ni, quizás, llegarían a conocer nunca. Hablaban de toreros, de futbolistas famosos; pero, cuando ellas pasaban, fingían una importancia que no tenían y comenzaban a comentar sobre la situación política, a veces, o sobre temas escabrosos de las chicas del celuloide. Así las querían escandalizar porque ellos eran hombres que se las sabían todas y ellas unas niñas que aún llevaban trenzas entre semana.

A la entrada o a la salida o por los pasillos, Martina y Vicente comenzaron a tropezarse como por casualidad. Hubiesen negado a sus amigas y amigos que les gustaba sentir un roce leve de ropa o de piel cuando se cruzaban por el pasillo. Ni se miraban a la cara y, si lo hubieran hecho, Martina no habría podido ruborizarse más. Se hacían los encontradizos y Vicente le cedía el paso tan galantemente, con tanta ingenuidad como, si en lugar de estar en el cine, se encontrasen en una iglesia y le ofreciera agua bendita con sus dedos. Así era el pasmo de Vicente. Martina pasaba apresurada, se agarraba bien la chaqueta y, con sus dos brazos, cubría sus pechos breves y virginales, y, con la grana hasta las orejas, llegaba al lado de sus amigas, que la esperaban con impaciencia y la recibían con los honores de una estrella de cine. ¡Ay, Martina, este está por ti! Fíjate, fíjate... te está mirando... Es un poco rústico, pero es tan guapo... ¡Ay! Mira que ojos tiene. ¡Qué suerte, Martina, qué suerte! Y Martina bajaba la cabeza y musitaba que ella ni se había dado cuenta, que la dejasen en paz, que siempre estaban igual y eran unas tontas; pero seguía escudriñando con el rabillo del ojo y veía cómo Vicente y sus amigos pasaban ante ellas a grandes zancadas, como hombres abrumados por el trabajo y las responsabilidades.

Entonces Martina y Vicente sí eran felices. Cuando él le ofreció un helado, Martina lo aceptó con timidez, sin levantar la mirada (en casa casi nunca comían helados y le encantaban, por eso no dijo que no); pero señaló a sus tres amigas que la aguardaban en el vestíbulo. ¡Oh, no se preocupe usted,

que a ellas también tendré el gusto de invitarlas! -dijo Vicente, muy rumboso; aunque se gastó la semana en esos cuatro helados de chocolate y fresa que las chicas devoraron con fruición disimulada. Semejaban pajaritos picoteando cuando lo que hubiesen deseado era comerse sin aspavientos ese trozo de dulzura al que apenas tenían acceso; pero unas señoritas se comportan siempre con exquisitez. ¿Habían visto ellas a alguna actriz de cine comiéndose como un perro hambriento un bombón?

Esas mismas amigas les sirvieron muchas tardes de tapadera para que ellos dos pudiesen empezar a caminar uno al lado del otro. Martina por encima de la acera y Vicente, por debajo. Las amigas iban detrás, con sus risas y sus bromas festivas. Al principio, apenas se hablaban ocupados como estaban en mantener la compostura. Después, poco a poco, Vicente subió a la acera y rozó el brazo de Martina. Por último, pudo tomarla del brazo, por el codo y, al fin, entraron enlazados al cine y veían juntos, muy juntos, la película que les servía para proyectar sus propios sueños e ilusiones. Ni se atrevían a respirar no se fuera a romper el hechizo. Se sentaban muy cerca, pero era como, si de repente, surgiera un muro entre ellos y se mantenían rígidos, atentos al movimiento involuntario de los cuerpos, no fuesen a acercarse más de la cuenta. Martina era quien más vigilaba al principio y Vicente el que más sufría. También fue Martina quien, en una película de miedo, falsamente asustada, inició un acercamiento coqueto a Vicente quien la recibió con los brazos abiertos, pero sin creerse del todo su propia suerte. Vicente aprendió a imitar el acento de los galanes y sus palabras almibaradas. Se volvió vehemente y un poco cursi; pero a Martina le hechizaba. “Yo a usted, Martina, he de pedirle relaciones formales” -le dijo, una tarde, lleno de arrojo, y Martina calló y no tuvo que fingir ya ese rubor que la embellecía tanto. “Yo a ti he de quererte mientras viva y aún después”, añadió, más confiado semanas después, y Martina se vio a sí misma protagonizando una

de esas historias de amor desgarradoras e imposibles. Ella era la heroína y por ella el galán sería capaz de hacer cualquier cosa. En todos los gestos de Vicente, incluso en los más cotidianos y simples, veía Martina la grandeza del amor.

Con el tiempo, Vicente se puso serio y trascendental. Un día casi se arrodilló ante ella para declamarle, más emocionado y teatral que nunca unas palabras mil veces ensayadas: “Antes de partir al Servicio Militar tengo que ver a tus padres. Es necesario. Yo no puedo dejarte sola sin saber si ellos me aceptan. Yo quiero ser responsable de ti, Martina, y quiero quererte siempre. Yo quiero casarme contigo.” Y esta vez el beso fue más largo y apretado; pero ninguno de los dos pudo advertir que era el último beso inocente que se daban. Con esas fórmulas estereotipadas y esos viejos tópicos empezaban su propia historia que nada tendría que ver con el glamour de la gran pantalla, pero sí con la existencia monda y descarnada que se mostraba ante ellos sin que apenas se diesen cuenta. Querían seguir inmersos en la burbuja de cristal de sus propias ficciones.

Martina se lo contó a sus amigas que esta vez no se rieron, quizás porque un poco de envidia les paralizó los músculos de la cara. En ese tiempo la soltería era algo muy serio y la primera en abandonar el círculo demostraba una superioridad por encima de las otras que, disimuladamente, no le perdonarían, aunque se deshiciesen en muestras de afecto y en caricias breves y también ensayadas. ¡Qué suerte, Martina! Oye, pero ten cuidado, que con los hombres ya se sabe... Y ya te habrá contado tu madre, ¿no? (No, su madre no le había contado nada). Ahora Martina dejaría la rueda, se quitaría los calcetines largos, se los cambiaría por unos cortos y, después, por las medias. ¡Qué suerte, chica, qué suerte!, pero ten cuidado y que tu madre te explique... ¿Qué me tiene que explicar? ¡Eso, eso! ¿Qué le tiene que explicar? Y la que había iniciado esa conversación sin retorno se crecía en su papel de mujer de

verdad y no soltaba prenda porque ella, al fin, tampoco sabía nada. No sé, pregúntale a tu madre, son cosas de hombres y mujeres, tú verás, chica, tú verás...

Vicente franqueó el portal de la casa de Martina y sus padres con una bandeja de pastelitos de nata y una botella de vino blanco, porque los padres de la abuela tenían un buen pasar y vivían en la capital. El portero que le abrió la puerta se sonrió y le dio una palmada: Ande, pollo, ande, suba. Se había peinado con derroche de brillantina y parecía un figurín de una revista de modas. Olía a colonia más de lo debido y no estaba muy seguro de representar con coherencia el papel más importante de su vida. Esperaba no tener que pasar nunca más por semejante prueba. Sus futuros suegros lo analizaron de arriba abajo y lo entretuvieron en la puerta charlando del tiempo y del precio de las cosas, como si dudasen entre franquearle el paso o echarlo por las escaleras. No acababan de ver a su niña casada con ese pisaverde; pero lo dejaron entrar. A Vicente se le habían derretido ya los pasteles y creía que el vino estaría aguado, pero pasó con la poca entereza que aún le quedaba.

Martina se había peinado con el pelo recogido en forma de moño porque las muchachas comprometidas no debían llevar el pelo suelto. Parecía mayor y estaba muy seria. Ni se cruzaron una mirada. Y, sin saberlo, ese miedo y esa angustia formaban parte de sus horas más felices. No estaba bien visto que demostrasen mucho entusiasmo, sus padres se habrían incomodado y la niña, la verdad, es que era aún muy niña. Pero, mírala, le dijo la noche de antes la madre a su marido, si está en edad de jugar a muñecas. Hombre, Luisa, yo no diría tanto, la niña ya tiene otros intereses. Veamos a ver cómo es ese Vicente y luego decidiremos. Tú siempre lo ves todo muy fácil, Antonio, como si que tu hija se casara fuera cosa de una visita y ya está. Pero, ¿quién habla aquí de casarse? Tú todo lo complicas, mujer. Y era al padre, al

señor Antonio al que le acabó haciendo menos gracia eso de que un muchacho así, por las buenas, viniera a su casa con unos pastelitos y una botella de vino peleón, así, como si tal cosa, a llevarse a su Martina. Eso, ya lo verían. A ver si su mujer tendría razón con sus sospechas.

-Yo a la hija de ustedes,... -empezó con ese giro arcaico que había ensayado con su madre, allá en el pueblo. A tus suegros tienes que demostrarles que la quieres y que no te duele nada por ella, hijo, eso tiene que demostrarles. Tú siempre por debajo, no te hagas de valer, eso ya lo haré yo cuando nos conozcamos- Yo a su hija, ea, he de quererla y respetarla mientras viva. Es lo único que puedo decirles.

A la madre de Martina, escuchando la voz de barítono de Vicente, se le saltó una lágrima traicionera porque, en algún lugar de su corazón, guardaba una frase semejante a esa, la que su marido había pronunciado, para ella, muchos años atrás. Los padres de Martina se miraron y el señor Antonio perdió las prevenciones que tenía y acabó mostrándole, en esa tarde mágica, su colección de pipas, que él nunca le enseñaba a nadie. Tu padre y Vicente se han caído bien, musitó la señora Luisa. Cuando se despidió, algo más despeinado que cuando entró, Vicente apenas hizo un gesto a Martina, mientras saludó con mucho protocolo a sus padres. Ese chico es muy ceremonioso, concluyó el señor Antonio, pero parece que te quiere y ya veremos, ya veremos...

Mientras duró el Servicio Militar, allá en Melilla, Vicente mandó cartas de amor a Martina y ella le devolvió dibujos de corazones y flechas en papeles perfumados. Nunca hasta entonces sus corazones se habían atrevido a franquearse tanto. Era como si la distancia hubiera roto el dique de contención de sus sentimientos y ya no sintieran ningún pudor al escribirse ciertas cosas. Vicente le enviaba postales de mujeres bellas -"No tan bellas como tú", escribía por detrás-, postales de niños jugando al aro, de

muñequitas y pájaros delicados. Le compró pañuelos de seda, mantones bordados, tapetes llenos de flores. Y Martina lo aguardó, confeccionando su ajuar. Ya no iba al cine y solo paseaba con su madre. Saludaba a las amigas y pasaba de largo por el puesto de regaliz, con cierta nostalgia y glotonería. Sus tres amigas iban a verla con frecuencia y la ayudaban en los bordados. Seguían riéndose por todo y por nada cuando se cruzaban por la acera e insistían en que les explicase eso tan serio que ocurre entre hombres y mujeres. Martina iba cogida del brazo de su madre y las saludaba como una mujer seria que iba a casarse pronto, aunque, algunas tardes, sintió la debilidad de ánimo y se dijo si no estaría cometiendo el error de su vida, con eso de esperar a Vicente como una tonta.

Las películas, poco a poco, se fueron coloreando y el cine dejó de ser una máquina de fabricar sueños. Algunos actores y actrices murieron, otros se retiraron y los nuevos aparecían en las páginas de las revistas como personas de carne y hueso. Actores y actrices eran hombres y mujeres que nada tenían que ver con los suspiros y las ilusiones que despertaron en Martina y Vicente. Se airearon sentimientos adversos, miserias morales y costumbres poco piadosas. Las revistas de moda disfrutaban cacareando todos los problemas de actrices y actores, como si quisieran cavar la tumba, con sus reportajes, de esas viejas ilusiones y de esos cientos de suspiros que, cada vez menos, se escuchaban en la sala de un cine cuando la mujer enfermaba y moría en brazos del hombre que nunca la había dejado de querer, aunque se hubiera alejado de ella.

Se casaron y tuvieron que dejar de ir al cine porque con los hijos, ya se sabe y encima la posada. Martina se convirtió en una mujer responsable, que tuvo que hacer frente a muchos problemas y a una época gris. Aprendió a cocinar, a coser, a zurcir y a planchar. Llevó su casa y la posada de sus suegros de forma impecable y, para ella, eran sus hijos lo primero. Vicente

trabajó duro, añorando esos besos robados durante las dos horas que duraba una película y esas promesas de amor eterno.

Vivían bien, al ritmo que marcaban los tiempos; aunque Vicente acabó comprendiendo que solo los personajes de la pantalla eran felices siempre. Vicente y Martina se convirtieron en adultos que trataron de crecer juntos. Se querían. Alguna noche, por televisión emitían una de esas películas gloriosas en blanco y negro. Las presentaban como reliquias de otra época, de una época llena de encanto, de cortesía, de brillo. Martina, entonces, era consciente de toda la felicidad derrochada. Para ella ver esa película era una puerta abierta a la esperanza. La seguía en silencio. Observaba con envidia a esas mujeres que no habían envejecido aún y casi suspiraba por el galán. ¿Qué se hizo de las sedas y los perfumes? ¿Qué se hizo de esas miradas jóvenes y enamoradas? Martina sonreía y Vicente volvía a su lado y la tomaba de la mano. Eran felices de nuevo, porque no había pasado el tiempo y sus sueños en blanco y negro seguían intactos. “Yo he de quererte mientras viva”, se despedía el galán mientras besaba a la rubia angelical con un beso que le dejaba un regusto a polvos de arroz. Y era Vicente quien la besaba en la mejilla otra vez, mientras sus amigas se reían nerviosas a sus espaldas. Y a Martina, no sabía por qué, ese beso soñado le sabía siempre a regaliz.

Cuando acabó de hablar, a Andrés le temblaba un poco la barbilla y le brillaban los ojos. Su reducido auditorio estaba aún paralizado por la emoción, el que más Raúl, que ignoraba que sus abuelos hubiesen protagonizado una historia de amor... tan de amor. Hubo un momento de silencio.

-¡Ha pasado un ángel! –aligeró Inés mientras su marido se iba recuperando.

-¡Qué tarde! Venga, a comer... venga... –disimuló Andrés –Y no les digáis a los abuelos que os he contado su secreto porque son muy pudorosos

y están todo el día haciendo que discuten para disimular –y le guiñó un ojo cómplice a Raúl –Yo también creía que mis padres no tenían pasado, por eso me quedé pasmado cuando la abuela Luisa me contó la historia... Raúl lo miró y pensó: “Mi tío no solo ha sacado la vena cuentística de la familia, sino que encima es clarividente y me lee el pensamiento”.

AJO ARRIERO

Raúl volvió solo a casa de los abuelos. Era ya la hora de la siesta, pero Martina andaba por la cocina haciendo no sé qué.

-¡Vaya sobremesa, hijo!

-Lo hemos pasado muy bien.

-Me alegra oírlo. Andrés es muy serio, pero cuando empieza a hablar no hay quien lo pare... ¿Subes a la habitación?

-Sí, estaré un rato tranquilo.

-Con este calor es lo mejor. No hay quién pare...

-Donde vivimos nosotros es peor...

-¡Vaya! Hijo, ya ves algo bueno en el pueblo –ironizó la abuela. Raúl enrojeció levemente.

-¡No seas mala!

-Anda, ve, que yo te llamo cuando esté lista la cena...

Andrés se dispuso a escribir en su cuaderno lo que le estaba pasando esos días. Lo que le habían contado, no se le fuera a olvidar. Se sentó en la silla y utilizó el escritorio de su madre. Parecía nuevo. Tuvo curiosidad y abrió uno de los cajones y allí su madre guardaba libretas y álbumes. De momento, sintió que la estaba traicionando y no tocó nada. Ya vería si lo miraba otro día. Mientras escribía, volvió a notar una presencia extraña, aunque no tuvo miedo. Era como si un aire cálido hubiese entrado por la habitación y curiosease las cosas que allí había. Se paró en una de las fotos que su madre tenía enmarcadas. Eran dos chicas, su madre, tan joven y dispuesta y otra joven, como ella, muy sonriente. ¡Vaya! Raúl se frotó los ojos con energía: era la misma chica con la que había soñado. ¿Se estaría volviendo loco? Luego le preguntaría a su abuela quién era. Notó como esa presencia o ese ser, que ya lo sabía qué pensar, se fijaba en la foto y Raúl

quiso preguntar, pero no le salieron las palabras. Igual tanto sol le producía ya paranoias. Mejor estirarse un rato. Antes envió unos mensajes a sus amigos. Puso el móvil en silencio y se dispuso a relajarse. Cuando se despertó eran ya casi las 9 de la tarde. ¡Me voy a pasar la vida durmiendo como siga así! Se dio prisa en bajar a la cocina. Antes miró el móvil y allí había dos mensajes. Esteban decía que muy bien, Quique que hacía calor y que se verían pronto. Y que lo pasase bien. Sí, ¡pasarle bien! ¡Cómo si fuera tan fácil! Al menos, ya no estaba enfadado con el mundo. Lo que estaba aprendiendo de su familia esos días le fascinaba.

La abuela Martina los esperaba a mantel puesto. Raúl la miró con ojos nuevos, buscando esa belleza que el abuelo Vicente había visto en ella. ¡Qué cosas! Él que solo pensaba en sí mismo y ahora resulta que toda su familia guardaba secretos, verdaderas historias que él iba a conocer ese verano. Igual no estaba todo perdido.

-Abuela, papá nos ha dicho que alquilabais habitaciones...

-Sí, hace muchos años... Esto era una especie de posada para acemileros, algún tratante, los primeros viajeros, alguna chica... poco más... nada de postín, no os creáis... Era la posada de los abuelos, los padres de Vicente, mis padres tenían casa en la capital; pero vinieron a menos... La guerra, la posguerra, qué sé yo. Mi padre era contable y mi madre se dedicaba a criarnos, pero buena cocinera que era y mucho que nos ayudó cuando se vinieron con nosotros.

-Y nos ha contado que tú también cocinabas...

-Mi Andrés nunca ha sabido tener la boca cerrada, qué distinto de Aurora que no suelta prenda así la maten... ¿Qué más os ha contado? ¡Porque habéis tardado lo vuestro!

-Nada, historias de la familia, nada. ¿El abuelo te llamaba de usted?

-¿Cómo? ¡Este Andrés! –Raúl creyó ver que su abuela se sonrojaba,

pero no le dio crédito. ¡Imposible!

Marta que se había pasado la tarde enfrascada con el abuelo jugando al dominó, recorriendo el pueblo, entró excitada al comedor:

-El abuelo me ha contado un secreto...

-¿Otro? –preguntaron los chicos a coro.

La abuela los miró intrigada, pero Marta siguió hablando:

-Hemos ido a la Puerta de la Virgen y hay unas escaleritas disimuladas detrás y hemos subido, bueno, yo he subido, que el abuelo no ha querido. Y se ven las campanas y todo. El abuelo me ha enseñado la cicatriz que tiene en la frente y me ha contado cómo se la hizo. ¿Os lo digo?

Aunque dijesen que no, Marta lo iba a contar. Seguro.

-Pues de pequeño, como nosotros, jugaban a las guerras con otros niños del pueblo y llenaban unas latas de no sé qué---

-¡Las latas de conservas que decían que venían de Rusia! –añadió la abuela.

-¡Esas!, pues después de comerse lo de dentro, las llenaban de piedra y se las tiraban y al abuelo se la tiraron desde el campanario y le hicieron daño, pero no lloró ni nada, ¿verdad, abuelo?

Vicente acababa de entrar, lo acompañaba Luisa.

-No estaban los tiempos como para llorar, reineta.

-Y le salió sangre y su madre encima le dio una zurra por haberse dejado coger...

-Y me acuerdo también de pobre Bernabé, como si lo viera ahora. Desafortunado. Había una pila de metralla allá, delante de la ermita, qué sé yo, cosas de desecho y él empezó a darle con un palo: pum, pum, pum... y nadie decía nada. Nadie sabía que allí estaba la muerte. El estruendo se escuchó en todo el pueblo. Las mujeres que cosían cerca corrieron despavoridas. El pobre Bernabé estaba en el suelo, ensangrentado. Había

hecho estallar una bomba abandonada, eso pensamos, aunque, dentro de lo malo, tuvo suerte: solo perdió la mano... otros murieron...

-Venga, Vicente, que los chicos no quieren monsergas.

-Tú bien que les cuentas chascarrillos... Yo, al menos, hablo de cosas que pasaron...

-¿Qué quieres decir? –la abuela se puso en jarras- ¿Que mis cuentos no son tan buenos como los tuyos?

-¡Son distintos! –salió airoso el abuelo como pudo –Yo les contaba cosas de mi infancia... –dijo a modo de justificación Martina asintió y le pasó una mano por el pelo que aún conservaba fuerte, aunque blanco. Ese gesto de ternura despertó el afecto de sus nietos. La anécdota quedó en el aire. Por un momento Raúl imaginó a su abuelo a su edad y casi lo vio. Después lo representó de joven, de adulto... y le gustó ese abuelo Vicente, tan tozudo. Y le gustó lo que contaba y cómo lo contaba, con realismo, pero sin rencor. No le echaba la culpa a nadie. Eran otros tiempos, decía, otros tiempos.

-Os sentáis o ¿qué? –ya rompió la abuela.

Se sentaron a la mesa y, por fin, Raúl comió el tan deseado ajo arriero.

-Abuela, no es un plato que sea sofisticado, ya lo sé, pero me muero por el ajo arriero...

-Pues como no vengas más a menudo te quedas sin él... ¿Sabéis? El año pasado Blas, mi Blas, vuestro tío, vino unos días al pueblo y se trajo a un superior, pero más campechano que un ocho. No paraba hablar maravillas de todo. Les hice también ajo arriero... y yo creo que no he visto nunca a nadie disfrutar tanto con un plato de pobres, aunque ahora el bacalao está por las nubes...

-¡Vaya con el superior! –Raúl siguió la broma- ¡Menos mal que estoy aquí! ¡No me vaya a quedar sin mi ración!

-¿Cómo se prepara, abuela? –preguntó Luisa.

-Me enseñó mi madre, que también se llamaba Luisa como tú, era más refinada que yo, pero sabía cocinar, ya lo creo... Ya os lo he dicho antes. Cuando tuvieron que dejar la casa de la capital se vinieron conmigo. Mi padre lo pasó peor, pero la abuela Luisa se adaptó estupendamente y me ayudó mucho con los chicos, sobre todo con Andrés, que era un demonio... Ay qué ver, mi madre, que era una señora, acabó comadreando con las vecinas del pueblo como una más y mi padre que presumía de campechano se dejó vencer en un rincón... porque se le había caído el mundo encima.

-¿Y cómo se hace el ajo arriero, abuela?

-Ahora os lo digo, pero sin paciencia nada de nada. No es como ahora que zas vas y compras cuatro avíos congelados de esos y a comer. Nada nada. Se cogen unas patatas, se hierven y se pelan. Se añaden dos huevos duros, uno o dos crudos, unos ajos bien machacados, bacalao desalado y desmigado... Lo ligáis todo, un poco de sal y a darle vueltas con aceite de oliva. Cuando quede así como lo veis, pues se puede comer. Era el plato de Semana Santa y yo lo preparaba con frecuencia. Ahora hacía tiempo, pero a ti, Raúl te gustaba mucho de pequeño... y mira que es un plato poco sofisticado, pero te lo comías con unas ganas... Os haré otro día el gazpacho que al abuelo le gusta mucho y, cuando venga vuestro padre, el morteruelo, para que se chupe los dedos, a ver si mejora.

-¡Es que Raúl es un tragón! –soltó Marta.

-¡Tragona tú!, que estás todo el día con las *chuches* y venga pedir a mamá...

-Bueno, pero tú me las quitas.

-Os haré otro día el gazpacho –intervino conciliadora la abuela- que al abuelo le gusta mucho y, cuando venga vuestro padre, el morteruelo, para que se chupe los dedos, a ver si mejora.

-Sí, abuela, y esas rosquillas...

-¡Y luego dice que el tragón soy yo! –siguió porfiando Raúl, aunque más por hacer rabiar a su hermana que por otra cosa.

-¡Abuela!, ¡di qué pare!

-¡No, si al final van a salir todos los trapos sucios de la familia! – apostilló Luisa y mirando a sus abuelos- ¿A vosotros os gusta mucho el cine, no? –eso sí que era cambiar de tema y lo demás cuentos.

Martina entendió, pero Vicente, que pese a la edad, seguía siendo el hombre ingenuo con quien se casó, le siguió la corriente a su nieta:

-Sí, mucho, aun ahora, cuando podemos, nos cogemos el autobús y vamos a la capital o sino los vemos con el chisme ese...

-¡El dvd abuelo! –se burló su nieta.

-¡Eso! Ahora ya no se hacen películas como las de antes... Esta noche, he leído en los papeles –el abuelo seguía llamando papeles a los periódicos- que echan “Solo ante el peligro”. Hoy lo pasaremos bien.

-¿Es en blanco y negro, verdad? –siguió hurgando Luisa, que no tenía ni idea de qué película estaban hablando.

-Venga, basta de hablar, a recoger y a comer el postre –terminó rotunda la abuela. Le ponía nerviosa que se hablase de ella, de cuando era joven... tenía una especie de pudor que la volvía hermosa cuando le sacaban el tema de sus años mozos –que aún nos va a amanecer si seguimos hablando tanto. Se moría de ganas por ver de nuevo “Solo ante el peligro” y todos no paraban de hablar. ¡Vaya familia locuaz! Raúl pensó en hacerles un rato de compañía, a él no le gustaban mucho las películas antiguas, pero decían que esa era muy buena. No obstante, cuando sus abuelos se sentaron en el sofá y él en el sillón (Marta ya estaba dormida), notó que estaba estropeando algo. Tuvo esa idea y con una excusa anunció que se iba a dormir. Sus abuelos le insistieron:

-¡Quédate! ¡Te gustará!

-Es estupenda... un clásico...

-No, abuelos, prefiero subir a la habitación. Hoy ha sido un día de muchas emociones.

Y dejó a los abuelos en el comedor, sentados juntos, con el convencimiento de que, en cuanto él saliese, el abuelo volvería a coger la mano a su mujer y le diría eso de “Yo a usted he de quererla mientras viva”.

LA MAESTRA Y EL MAR

Al amanecer, la terraza de la maestra se abre y puede contemplársela acodada en la barandilla. Su gesto es el de alguien que quisiera traspasar los secretos de la mañana y conocer los enigmas del nuevo día. Es una mujer menuda y frágil que causa cierta desazón en el jardinero que riega la calle o en el repartidor de periódicos o en los que madrugan, ya que intuyen una historia grave y hermosa en esa figura que desafía a la aurora. Nadie más la ve; pero algunos visillos se mueven muy despacio y, en el mercado, las madres comentan sobre esa mujer que ha nacido en el pueblo y de la que apenas saben nada, solo que vive en un piso pequeño, que no recibe apenas visitas y que enseña a sus hijos lengua, matemáticas, sociedad, naturaleza y un poco de todo. Solo saben que tiene un pasado que la daña y la aturde. Muchos podrían hablar, pero la respetan porque Veva es cariñosa con sus hijos y muy discreta. Respetan su silencio y su dolor, aunque la compadecen en secreto

Después, cuando las farolas ya se apagan, ella se retira con una última mirada casi furtiva y, cuando aún no han tocado las 8 en el reloj de la iglesia, sale de su casa con paso rápido. Saluda amablemente si alguien la llama; pero nunca se para a charlar aunque le sobra tiempo. Sostiene su carpeta, sus libros, los ejercicios que ha corregido en la noche y no deja que nadie la ayude ni siquiera a encender la recia estufa del colegio.

El mar queda lejos de allí porque el pueblo es de interior; pero los días en que va a llover, si se escucha con atención, se puede percibir el eco lastimero de las sirenas de los buques del puerto. Dicen que ella se enamoró en una ciudad costera, porque ha decorado la escuela con marinas y conchas y porque, en clase de lengua, suele dictarles o recitarles fragmentos de novelas y poemas sobre el mar. Dicen también, y eso nadie lo puede

asegurar, que, hace muchos años, ella estuvo a punto de embarcarse con un marino para empezar una nueva vida más allá de esas tierras. Dicen tantas cosas sobre ella que nada resulta cierto ni... tampoco falso.

Es una mujer madura que ha decidido envejecer entre niños ajenos, en una escuela rural, sin medios, con pocas esperanzas y más autoridad que alegría, aunque sus alumnos la aprecian y la rodean siempre en un corro de risas y preguntas. Son los únicos que pueden arrancarle suaves sonrisas y breves confidencias. Ellos le regalan margaritas amarillas, mariposas blancas y piedras planas para el acuario. Son ellos los que, cuando crezcan, interpretarán la nostalgia de la maestra y sabrán darle una verdad que ahora ignoran.

Pocas veces va el cartero a verla. De vez en cuando una postal, un libro, un paquete, una carta... Ella lo espera con emoción casi de adolescente. Aguarda a que pase para precipitarse por las escaleras y cerciorarse, muchas veces, de que solo eran folletos y propaganda. Los amaneceres y las marinas del colegio esconden un secreto. Nadie lo sabe; pero todos se preguntan por qué se ha ido a encerrar allá esa mujer tan inteligente y culta. Estaban acostumbrados a maestras jóvenes que empezaban a trabajar y que, en cuanto podían, regresaban a sus casas o a escuelas más grandes y confortables. Por eso se extrañan de la presencia de la maestra y buscan respuestas atrevidas para entretener su curiosidad. Pensaban que, al ser del pueblo, podrían hablar con ella, pero se equivocan. Veva apenas habla. Lo necesario.

La miran pasar con su aspecto cuidado, el moño bien prendido y un poco cano ya, y una sombra de carmín en los labios. La miran detenerse en alguna tienda y contemplar la ropa de niño o la de hombre. Aprovechan cualquier excusa para comentar con ella el tiempo qué hace, lo buenos que son los membrillos de la tierra o lo próxima que está la Navidad ... -¡ay qué ver, lo rápido que pasa el tiempo!-; pero no consiguen arrancarle el secreto de

por qué nadie va a verla nunca, de por qué está sola, tan sola. Y los que lo saben se han olvidado ya de ello y no quieren divulgar secretos ajenos. Los abuelos de Raúl y Marta la respetan y la conocen bien porque Veva y Aurora jugaron de pequeñas y compartieron confidencias y compartieron, ay, tantas cosas. Ellos podrían hablar, porque saben bien quién es el supuesto marinero y qué pasó con él, pero se callan, y aprecian a Veva y la defienden cuando alguien dice que es muy huraña. Ella sabrá por qué.

En los amaneceres de los días de lluvia se la puede contemplar más nerviosa e inquieta, más erguida que cuando va por la calle dentro de su bata de punto azul. La transparencia del momento le deja adivinar el lamento lastimero de una sirena que nadie podría oír a no ser que estuviera ya avisado. Entonces, cuando cree captarlo, esboza algo así como una sonrisa y se lleva las puntas de los dedos a los labios para lanzar al aire un beso que va a estrellarse contra las últimas estrellas de la noche o contra un adoquín recién mojado por las lágrimas del cielo; pero que ella envía a alguna mejilla lejana de, tal vez, ese capitán del buque de quien todos hablan y que, en esos momentos, hace sonar la sirena para perpetuar un pacto entre ellos dos. Después, la maestra entra en su casa, baja las persianas y corre las cortinas porque no quiere que nadie la vea llorar.

Luisa, como todos los niños del pueblo, la quiere mucho y siente tanta soledad. Ahora que Luisa estudia en la ciudad y se da cuenta de lo pequeño que se queda el pueblo en invierno, siente aún más el vacío de su maestra y ha fraguado en su mente adolescente la idea obsesiva de que lo que le hace falta a Veva es un buen novio, que la saque de su ensimismamiento. No sabe cómo lo hará, pero Julio le resulta buen partido. Su madre, Inés, lo dice siempre: “Vaya buen mozo que es Julio, y tan solo siempre. ¡Quién lo pescara!” Luisa va a jugar a lanzar anzuelos y lo hará de manera inconsciente, pero queriendo cerrar un capítulo doloroso de la vida de sus abuelos, de su

familia. Raúl, sin saberlo, la ayudará mucho más a conseguirlo porque en cuanto la vea reconocerá en ella a esa amiga de la foto, la que está con su madre en su habitación de soltera. Y empezará a atar cabos.

EL COMPROMISO

Vicente, por la noche, antes de que empezara la película, le pidió a Martina que les preparase algo para comer porque al día siguiente, él y Marta subirían a los montes. A Vicente le gustaba salir con la niña y a la niña le gustaba ir con el abuelo. Eso sí, la Sra. Viqui se quedaría en una alacena sentada porque el camino era largo y no había que llevar impedimenta. Raúl, en el último momento, cuando ya hubieron desayunado, dijo que él también iría, no porque creyese que se lo pasaría bien, sino para tratar de complacer al abuelo. La abuela refunfuñó un rato: “Menos mal que hice más comida de la cuenta, porque a buenas horas mangas verdes”; pero, en el fondo, le complacía que los dos nietos quisieran acompañar a su marido. Raúl no había quedado con su prima hasta la tarde, así que subiría al monte. Había dormido de un tirón, aunque se había levantado con la boca reseca como si hubiese hecho una travesía muy larga. Preguntó a la abuela por la chica de la foto y la abuela ni tuvo que mirarla:

-Es Genoveva, la maestra, era muy amiga de tu madre. Aún lo son, claro. ¿No te acuerdas de ella?

Raúl recordó lo que le había contado su prima y quiso pensar que en sus sueños también aparecía la tal Veva, pero no estaba muy seguro. En el pueblo nada más le pasaban cosas raras. ¡Si hasta veía aparecidos! Mejor se callaba y aguardaba a su hermana. A ver si el enfermo iba a ser él y no su padre. Quizá el clima le estaba sentando fatal. Había leído que la altura es mala para el riego sanguíneo... pero, ¡qué tonterías pensaba! ¡Con la de veces que había ido al pueblo de pequeño y nunca le había pasado nada!

Marta se levantó muy dispuesta para la aventura. Tenía la cabeza llena de hadas y gnomos y genios de las aguas. Su abuelo la dejaba hablar, porque sabía que la fantasía es importante para crecer. Cogieron el camino de los

montes y, poco a poco, iniciaron la ascensión. El repecho que tenían que subir era importante y el abuelo, aunque lo negase, se tenía que parar a casa paso para tomar resuello. Cerca del mediodía se pararon. Desde allí arriba solo se escuchaban los cantos de las cigarras. El día era muy claro y Raúl estaba disfrutando de la caminata. Le iba bien hacer ejercicio. Muy lejos se oían las campanas anunciando el Ángelus.

-A esta hora, hijos, los campesinos paraban sus labores y rezaban a la Virgen. Era una hermosa tradición. ¿Queréis que os cuente una historia que me ocurrió hace mucho tiempo? –a Vicente, como al padre de Raúl y a la abuela Martina les gustaba contar relatos y lo hacían con gracia.

-Cuéntanos, abuelo, ¿qué te pasó? –preguntó Marta, más dispuesta que Raúl a escuchar las batallas del abuelo.

-Yo de joven fui guarda forestal, ¿eso lo he dicho ya , verdad?

Los nietos asintieron con la cabeza, por no contestas: “Miles de veces, abuelo”.

-Hace años, cuando la posguerra, subía de noche aquí, a estos mismos montes.

-¿De noche, abuelo?

-Sí, por las noches, cuando la luna iniciaba su fase creciente, aprovechaban para salir al monte.

-¿Quiénes?

-Los pobres mozos del pueblo que nada tenían. Una tristeza verlos... – el abuelo vivió la guerra y la posguerra y callaba muchas veces con elocuente silencio, pero ese día iba a hablar- Los mozos cogían unas cuantas ramas en los sabinares, las más largas y extendidas y, con ellas, como improvisadas cuerdas, se disponían a enrollar los hatos de ramas de pino que iban cortando.

Es extraño que, ahora, esos campos estén medio abandonados, aunque hay ya muchos proyectos para sanear el monte, falta le hace, y crezcan en

ellos todo tipo de arbustos -zarzas, espino blanco...- sin que nadie se moleste en desbrozarlos ni en esperar a que la noche sea oscura para cargar la única leña que los pobres podían tener para calentarse al fuego, para cocinar, para pasar otro invierno, tal vez el último en esas condiciones. Se esperaba un milagro, se esperaba un golpe de suerte que nunca llegaba –Vicente suspiró y Raúl se dio cuenta de que ya no hablaba para ellos, sino para él mismo.

Vicente era guarda forestal y su trabajo consistía en dar parte de los furtivos que talaban ésta y aquella rama de pino con la intención de no desangrarlos porque los necesitarían otra vez. Era una poda forzada que aclaraba el pinar e impedía el trabajo de los resineros o de los gancheros que cargaban los troncos río abajo.

El azar llevó a Vicente a ocupar ese puesto. Necesitaba trabajar y hubiera aceptado ser, incluso, enterrador, si se lo hubieran propuesto; aunque eso no hizo falta. Era un joven recio, pero no tenía la sangre viva ni sabía enfrentarse a los mozos del pueblo vecino que invadían sus montes. Además, era hijo de un pastor que sabía mejor que nadie lo difícil que resultaba sobrevivir un invierno en la sierra y que siempre le aconsejaba: No los denuncies, hijo, por lo que más quieras.

Cuando escuchaba un ruido rezaba para que se tratase de algún animalillo, ardilla o hurón e, incluso, mochuelo; pero, al proyectar el haz de su linterna hacia adelante, interceptaba un rostro y Vicente quedaba tan perplejo como el otro; uno en la oscuridad y el otro con los ojos abiertos y esos reflejos mortecinos de la luz en la cara que le daban un aspecto lechoso, como de luna llena. Se miraban unos instantes y se medían las fuerzas. Después, a la vista del arma reglamentaria, uno agachaba la cabeza y el otro le pedía que se fuera; pero nunca le robaba las cuerdas ni las ramas de sabina, nunca le quitaba nada; incluso, si el trabajo ya estaba hecho, lo apuraba para que recogiera y se fuera. No me comprometas, por Dios, iba diciendo Vicente, mientras ayudaba a cargar el hatillo de leña a la espalda.

Otras veces no había suerte y tenían que conformarse con las aulagas y los cambrones que, aunque lo parezca, no son lo mismo, ni mucho menos. Las puntas tiernas de las aulagas servían de alimento para el ganado y el

resto, bien machacadas las espinas, se utilizaba como pienso. Se clavaban un poco en los dedos; pero resistían bien con las sabinas. En cambio, los cambrones con sus ramas torcidas, espinosas, enmarañadas e inclementes pinchaban sin piedad y ni los pies -tan levemente calzados- ni las manos quedaban libres de rasguños y arañazos; sobre todo, cuando se abandonaba el pinar y se llegaba a los cambronales y, con tanta oscuridad, era muy difícil no caerse en alguno de ellos y llagarse las rodillas y las piernas y los brazos.

Vicente pasó muchos años en aquel oficio que le hizo perder el sueño, el hambre y el color hasta que no pudo más y no soportó ya la continua visión de hombres recios como él que se inclinaban, que se humillaban, que le rogaban como si fuera el ministro o el jefe de la nación, cuando era el pobre hijo de un pastor que, cuando lo necesitó, también salió a los montes de los pueblos vecinos para recoger lo único que la naturaleza podía darle gratis: leña y arbustos.

La necesidad vuelve ingeniosos a los torpes, valientes a los cobardes, fuertes a los débiles y listos a los simples, y transforma en sólidas herramientas lo que, en principio, solo es un humilde cuchillo, un cayado o la propia mano. Y Vicente se convenció de ello y no quiso ya aguantar tanta vergüenza ajena. Las pocas dudas que le quedaban vino a resolvérselas su hermana, la moza más morena y dispuesta de la montaña, que no tuvo ningún inconveniente en aceptar relaciones con uno de los furtivos, acaso el más conocido por Vicente.

-Ese chico es ahora mi cuñado Manuel, el tío Manuel. ¿Sabéis quién os digo?

-¡El que nos da palo de regaliz!

-Ese, el que está casado con mi hermana Rosa.

-¿Y era tan guapa tu hermana, abuelo?

-Más, Marta, mucho más. Tu la has conocido ya mayor, como a mí...

-¡Tú eres muy guapo! –se apresuró a defender la niña.

-¡Ay, zalamera! ¿A quién habrás salido tú?...

-Deja terminar al abuelo, por favor abuelo –Raúl estaba asombrado, nunca había escuchado una historia igual, veía que eso no lo iba a leer nunca en los libros y su hermana se empeñaba en hacerle perder tiempo.

-Poco más hay que contar. El guarda forestal, o sea un servidor, acabó entregando el arma y el uniforme y empezó a pastorear los rebaños con su padre, a los que se unía, en época de trashumancia, su cuñado que, a la luz del día, no parecía tan lechoso como por las noches; su cuñado que tantas

veces le oyera las mismas palabras: No me comprometas, por Dios, no me comprometas.

-¿Fue muy dura aquí la guerra civil, abuelo?

-¡Fue terrible! Más que dura. Hubo, al principio, en enero, un bombardeo... que ni me quiero acordar. ¡Cuánto dolor!... Pero venga, vamos a comer lo que la abuela nos ha puesto que seguro que está muy bueno –el abuelo, de alguna manera, quería exorcizar sus demonios..

Comieron en silencio Raúl y el abuelo y hablando Marta, con ellos, sola, con el cielo, con una mariposa que veía, hablando y distrayéndolos de sus pensamientos, nostálgicos los del abuelo, asombrados los de Raúl. La abuela les había preparado una fiambarrera con una hermosa tortilla de patatas, carne empanada y queso. No se iban a morir de hambre, no, aunque se quedasen por la noche en el monte. Raúl, mientras cortaba un trozo de pan, pensaba que el miedo tiene muchas formas. Su abuelo le acababa de mostrar una de las peores: la del hambre y la miseria.

-Mira, Raúl, he encontrado un hada.

-¡Esta niña! Las hadas no existen.

-Porque tú lo digas, ¿verdad, abuelo?

-Existe todo aquello que nos hace bien... eso es la verdad –el abuelo, sabio, miró a su nieto y Raúl se calló: no tenía nada que objetar. Tenía razón el abuelo.

Marta regresó con un trozo de piedra anaranjada y se la tendió a Raúl:

-Toma, Raúl, para que duermas bien por las noches. –Marta se empinó sobre sus pies y le dio un beso a Raúl.

Raúl siempre se sorprendía con esa hermana suya. Cogió la piedra y se la metió en el bolsillo. ¿Cómo sabría ella que le costaba dormir por las noches?:

-La llevaré conmigo siempre. Gracias.

-Anda, venga, vamos a volver que queda aún mucha tarde y yo ya empiezo a estar cansado, hijos, muy cansado.

-Vamos, abuelo. Dame el brazo, que yo te ayudo –se ofreció Marta.

-Demonio de reineta –se emocionó el abuelo.

LA CONTADORA DE CUENTOS

Julio, tal como les había prometido, una de las noches de julio, una de las más estrelladas, los llevó a casa de la señora Úrsula, la tía Úrsula, como decían en el pueblo, menos ceremoniosos. Él estaba investigando para un trabajo sobre el folklore de la zona e iba a verla casi todas las tardes. Ese día fue con los chicos; aunque no estaban solos, habían llegado a la mejor hora: la hora de las consejas y de los cuentos y Úrsula, si tenía auditorio, se crecía y hablaba y hablaba, mientras los que la escuchaban olvidaban dónde estaban y hasta quiénes eran. También había ido Veva porque Luisa porfió tanto que se dejó convencer.

-Veva, te he venido a buscar.

-Tengo mucho trabajo... –empezó a excusarse la maestra.

Luisa sabía por dónde atacar:

-Siempre nos has dicho que tenemos que ser curiosos y que se puede aprender de todo... Pues ahora yo quiero que aprendas conmigo...

-¡Pues será verdad que los discípulos superan a los maestros! – contestó Veva.

-¿Te vienes?

-No me has dicho a dónde...

-¡A casa de tía Úrsula! ¡Toca noche mágica!... Irá Julio... –y se calló, había hablado demasiado. Miró a su antigua maestra y la vio más menuda que cuando iba a clase con ella. Genoveva aceptó, en el fondo complacida de que la chica se hubiera acordado de ella.

-Vamos, Luisa, que siempre has sido una enredadora...

Los ojos de la contadora eran amarillos como el trigo. Dicen que antes habían sido negros como la noche; pero que un día miró demasiado al sol y se le quedaron casi transparentes. Dicen tantas cosas. También dicen que en la luna hay un hombre que come un racimo de uvas. Dicen. Perdió la mirada; aunque no perdió la voz. En realidad, la contadora de cuentos sufría de cataratas, que ya no quería operarse, pese a la insistencia de los suyos, y había inventado, para sí misma y para los demás, esa historia de metamorfosis con el espacio.

Solía sentarse en una sillita baja en mitad de la calle, frente a su casa. Tenía la habilidad de paralizar a sus vecinos con la voz y con el gesto. No se levantaba ni un momento: solo hablaba y hablaba. Matizaba las palabras de forma cadenciosa e imitaba el sonido de cualquier elemento, fuera humano o

animal. Un día era una historia de encantamientos, otro de duelos y amores trágicos, al siguiente, una leyenda sobre el origen del viejo Tormo milenario que engalanaba la sierra y atraía a tantos estudiosos. Su explicación no era científica, pero resultaba verosímil y cercana a los orígenes de la tierra.

“Cuentan los más viejos. Dicen los que saben. Callan los que ignoran. Está escrito en el cielo. No callará más mi boca. Érase que se era. Dicen que hace mucho tiempo, cuando la tierra estaba despegada y el mar de caía por el otro lado...”.

Podía seguir así, tejiendo fórmulas de entrada rituales, incluyendo a todos en su círculo mágico hasta que el más impaciente, presa ya de gran desazón, interrumpía -y eso era lo que ella quería-:

-¡Cuéntalo ya! ¿Qué pasó?

La vieja siempre había sido contadora de cuentos, aunque de eso no habría vivido: trabajó en el campo como casi todas las mujeres del pueblo. Aprendió el oficio de su madre y ésta de la suya cuando por las noches no había televisión y la única manera de entretenerse era contando cuentos al amor de la lumbre. Su abuela y el tío Ramón, que ya habían muerto hacía muchos años, competían en el arte del buen decir y raro era el sábado que no amanecía en un bien entrado domingo sin que niños ni mayores tuviesen el menor deseo de ir a dormir. Y era que les atraía el cuento de la matita de albahaca, el de la condesa sin brazos, el de Perico el tuerto, el de la malcasada, el del ratón que se comió la luna, el de las doce habichuelas, la aventura de los siete hermanos que escaparon por la ventana del ogro o aquella otra terrorífica que hablaba de odios entre hermanos donde el más pequeño de todos -siempre tres- moría por la avaricia de los otros dos que sentían celos de él; pero que, al final, resucitaba al beber el rocío de un jazmín.

Los ojos se iban dilatando a la vez que alguien, cada cierto tiempo, reavivaba las brasas. Se calentaban las manos y los surcos de la cara brillaban de emoción. Bebían tragos de aguardiente los hombres y sorbitos de anís – rebajado con agua- las mujeres y algunos chicos dejaban de chupar el palo de regaliz de pura emoción. Tenían el botijo cerca para que los *decidores* pudieran aclararse la voz de vez en cuando y seguir desgranando historias siempre iguales; pero siempre distintas.

“En tiempos de los juglares, cuando don Ganelón enviudó siete veces, cuentan las crónicas que un viejo rey, cansado de su gloria, quiso descubrir la pócima de la felicidad...”.

A todos les interesaba saber dónde estaba esa pócima o *pómada* - como decían ellos- porque eran labriegos, pastores, acemileros, gentes curtidas del campo que jamás habían visto ni de lejos a un rey. Solo lo vivían por sus palabras y, aunque no sabían qué era el armiño, se les antojaba algo muy importante, alejado de la rusticidad de los vellones de sus ovejas.

La madre siguió concentrando a los vecinos e, incluso, a los curiosos de otros pueblos y de la capital. El turismo se había inventado ya y grupos estrepitosos se acercaban a oírla como si fuera una atracción más, similar a la de fotografiarse montados en burro-taxi o ver cómo se hacía el encaje de bolillos. A ella poco le importaba salir en los retratos -ya tenía el suyo, de la boda, color sepia, sobre la cómoda-; pero le molestaba volver a escuchar su voz a través de esos aparatos extraños que manejaban los jóvenes más interesados por su trabajo. La convencieron de que no era cosa del demonio; aunque ella, con su prodigiosa imaginación, recreó nuevas historias con voces del más allá que volvían a buscarnos. Hubo, incluso, un sesudo filólogo de barbas negras que se detuvo a charlar con ella, mientras su mujer -una joven embarazada de pocos meses que montaba en burro- copió con cuidada letra ese romane de la *Infantina mora* del que ya habían rastreado más de cien versiones. Después, en una revista especializada, aparecería el artículo firmado por el filólogo sobre ese precioso hallazgo. A la joven esposa no se la mencionaba, pero, al menos, supo, al acabar, que tendría gemelos porque la contadora le adivinó también su suerte.

Cuando murió la buena mujer, su hija, Úrsula, ya no pudo competir con el recuerdo de la abuela y de la madre ni con la televisión y el cine; pero solo sabía ese oficio y no se resignaba a perderlo. No tenía hijos a quien legarlo ni nadie le había pedido que recitase ante ningún aparato grabador viejos poemas. Por su cabeza bullían chascarrillos, historias de animales, consejas morales y de miedo, tétricas *comeduras* de “*asaúras*”, amor y desamor. Los vecinos la escuchaban pocas veces porque no tenían tiempo y ella se cansaba de estar sola en la calle hablando con sus fantasmas. Por eso se dedicó a los niños. Los atrajo, los ganó, se los quedó para siempre. Cada tarde, cuando salían del colegio, les tenía preparado un cuento. Venían con un bollo en la mano en la mano que ella les cambiaba por pan y chocolate de verdad, envuelto en papel de estraza, y el bollo se lo daban a las gallinas. Llegaban con los moquitos colgando, si hacía frío, y con las pesadas carteras al hombro. Se sentaban a su lado y la miraban. Ella entonces no era ni vieja ni joven, tenía una edad indefinida. Era la primera y la última. Como esos

antiguos pergaminos que nunca se estropean; pero que siempre son frágiles. Conforme le amarilleaban los ojos y la enfermedad avanzaba, ella aprendía más -porque la ceguera le proyectaba sueños- y era capaz de mantenerlos inmóviles a su lado. Bebían de sus labios, sorbían su aire, trenzaban sus manos y latían con su propio corazón. Todos tenían su cuento favorito y todos querían escucharlo una vez más antes de partir.

Sus padres no sabían, no entendían, no tenían tiempo ni ganas para escuchar, habían olvidado cómo se oía. Su caja de recuerdos estaba vacía y, lo que es peor, habían arrojado la llave a una ciénaga: la de la prisa y el trabajo. Pensaban que, mientras sus hijos fuesen bien vestidos, bien peinados, bien alimentados; aprendiesen a leer, a escribir; que tuviesen una casa cómoda, unas vacaciones en la playa y hasta una habitación con juguetes; pensaban que, con todo ello, sus hijos serían felices; pero no se daban cuenta de la existencia de ese otro mundo que la contadora de cuentos era capaz de reproducir cada tarde, limpio y puro como si fuese siempre el primer amanecer.

“Pues señores, el buen rey no entendió nada cuando de todas las partes de su reino llegaron los emisarios perplejos sin haber encontrado al hombre feliz. Y el rey no tuvo más remedio que atender a su hijo pequeño, el más soñador y el más listo de los tres. Él partiría en su búsqueda. Le pidió que le trajese una prenda del hombre más feliz de su reino. Él quería conocerlo. No debía de hacer las cosas tan mal. Sus súbditos no podían ser tan desgraciados como él mismo. En algún sitio tenía que esconderse el hombre más feliz de la tierra y de él aprenderían todos los demás. Pues señor, partió el joven príncipe y cayeron los días y las noches. El sol anduvo y desanduvo sus jornadas y la luna parpadeó entre las nubes. El hijo del rey cabalgó y cabalgó: buscó en lugares ricos, en casas de generales, de comerciantes, de mercaderes, de especieros... y no encontró nada más que mucha prisa y dinero; pero nadie supo hablarle de la felicidad ni de la alegría. Siguió atravesando selvas y montañas, áridos desiertos y hermosos vergeles. Se paró ante la última parte del reino. Allí en donde solo había zonas pedregosas que apenas daban algún hierbajo para comer a las pobres cabras. Poca gente vivía allí: caravanas de nómadas y pobres harapientos que nada buscaban y nada tenían. Husmeó por chozas y compartió con ellos la cecina y el vino. Y allí conoció al más viejo patriarca, tan venerable como el propio rey; pero más delgado y apacible. El viejo no pudo obsequiar al joven príncipe porque no tenía nada; pero le contó numerosas historias y le habló de

la calma, la paciencia y el silencio. Por fin había encontrado al hombre feliz que ni siquiera tenía una piel propia con que cubrirse por las noches. Y corrió a palacio. Voló por los caminos y planeó por los atajos. Al llegar, cuando doce veces doce había despertado el sol, se postró a los pies de su padre, clamando lo que había descubierto:

-Padre, ya sé el secreto de la desgracia de tus súbditos. Cuanto más se tiene más se quiere. Por eso el hombre más feliz de tus dominios solo es dueño de su propia alma y con ella obsequia a todos los que van a verle”.

Y la vieja parpadeaba un poco y la nube blanca de sus ojos iba ocultando también las últimas luces del día. Tal vez entre uno de esos niños, uno solo brotaría la llama de la esperanza. Ella tampoco iba a poder darles otra cosa que la palabra porque la pobre contadora de cuentos no tenía nada que ofrecer más que sus historias y cuentos, como el hombre feliz. *El anillo de rubí, Los buñuelos de la reina, La caída de Granada, El llanto del faraón...* Retazos de luces y sombras que iban a poblar la vida tan cómoda; pero quizás tan vacía de los niños que, gracias a ella, quizás aprendiesen a compartir su infancia con sus propios padres tan necesitados de recuerdos como ellos mismos.

“Y el viejo moro celoso prohibió a su hija salir de casa. No sabía el muy ruin que por un ventanuco entraba cada día un pajarito con un grano de trigo en el piquito. La hija los guardaba en una bolsa de seda azul como sus ojos, mientras esperaba la llegada de la avecilla. Un buen día el pajarito le dijo que uniese cada grano de trigo como si fuesen un collar y, enlazados con un hilo de oro, se los colgase del cuello. Entonces la hija del rey moro se convirtió en una calandria y pudo escapar de su prisión. El malvado rey moro, negro como la noche, se enfureció tanto que mandó al más diestro balletero para que matase a todos los pájaros que viese volar sobre sus tierras. No sabemos qué hizo el balletero; seguramente no era tan malo como su señor y decidió no volver nunca más a su lado. Cuentan los sabios que, cuando anochece en los días de luna llena, se ve en el ojo de la luna el pico de la calandria que vuela al lado de su pajarito amado”.

Se cubre la calle de sombras y la sillita es retirada con cansancio. Ahora pasan coches, ahora dicen que hay ladrones, que uno no puede fiarse de nadie, ahora duerme con la puerta cerrada; pero, a través de la ventana, ve bandadas de garzas y oye susurros de duendes que le cuentan nuevas historias que le devuelven la vista y la juventud.

“Y a la mañana siguiente, la doncella encontró a la dama blanca

envuelta en un sudario de estrellas sobre su cama de novia. Tenía los ojos cerrados y un trébol de cuatro hojas entre las manos. No se le veía el brillo amarillo en la mirada y toda ella olía a azúcar y a miel. Garzas y gorriones lloraron su muerte y su cortejo funerario fue seguido por docenas de ojos infantiles que aquel día se lavaron mejor que nunca, sorbieron sus mocos y sus lágrimas y dejaron de ir al colegio. Docenas de ojos que, aquel día, de repente, como una bofetada de frío en su rostro, descubrieron la otra cara de la vida”.

Marta y Raúl estaban boquiabiertos. A la niña, incluso, se le había derretido el helado que llevaba en las manos. Los demás niños y jóvenes del pueblo ya conocían a la contadora y la querían, los fascinaba, pero no los pasmaba ya como había pasado con Marta y Raúl. Luisa también la había escuchado alguna vez y siempre se le ponía la carne de gallina. Raúl tenía otro motivo para estar asombrado: la maestra, la que iba con su prima parecía, quizá solo lo parecía, la chica de la foto, la de la habitación de mamá. ¡Ya estaba teniendo fiebre! Demasiadas casualidades, Raúl, chico, has venido al pueblo de los misterios y eso que aquí nunca pasa nada, pues si llega a pasar...

Las gentes del pueblo, que estaban alrededor de la hoguera, seguían hablando de sus cosas, como si fuera lo más natural del mundo lo que acababa de ocurrir ante sus narices, y continuaban la tertulia, pero los chicos miraban a Julio que estaba rojo de emoción:

-Hemos asistido a un prodigio, yo no sé si seré capaz de recogerlo, me quedo corto, chicos, me quedo corto. Hoy ha sido mágico de verdad, creo que la señora Úrsula cada día es mejor, ¡qué lástima no poder eternizar estos momentos!

-Julio –interrumpió Úrsula que no veía, pero oía muy bien – Las cosas hermosas son las que duran poco –Úrsula no acaba de entender como ese hombre, que suponía fuerte y guapo, por la voz, listo y sagaz, tenía interés por sus cuentos, pero eso la envanecía y su sobrina, que la cuidaba, agradecía de mil maneras a Julio esa segunda juventud que había brindado a su tía-
¿Quién ha venido contigo?

-Son mis primos, doña Úrsula –dijo Luisa.

-¿Los hijos de Aurorita? –a Raúl no le pasó desapercibida la mirada de Veva, llena de nostalgia. Úrsula siguió hablando: ¡Cuánto tiempo hace que no veo a vuestra madre! ¡Desde...! –y se calló- Bueno, quizá no tanto, es que ya ando mal de memoria –Vicente y yo somos medio parientes. Nuestras

abuelas eran primas, así que yo también soy pariente vuestra. Me gusta que me vengáis a ver y a escuchar... Ya os digo, a veces la memoria no me acompaña ...

-¿Quién lo diría? –se le escapó a Luisa.

Úrsula se rió y el aire escapó por su boca desdentada:

-Es que, bonita, la memoria es muy rara, viene y se va. Soy capaz de recordar cosas de cuando era niña y cuentos que nunca han sucedido y, luego, ya no sé si me he peinado... Eso es la memoria... Un don de los dioses como la felicidad...

Raúl la miró inquieto. Otra vez hubo un silencio espeso. Parecía que todos estaban empeñados en hablar de la felicidad y de cómo conseguirla, justo ahora en que él lo veía todo negro. Luisa aprovechó para atraer a Veva al círculo:

-Mira, doña Úrsula, ha venido Veva.

-¡Vevita, hija!

-Buenas noches, cada vez que la escucho me emociono más, doña Úrsula –dijo Veva, amable.

-¿Y cómo estás? ¿Y cómo se portan los chicos?

-Como siempre, doña Úrsula, como siempre...

-¿Y tú? ¿Sigues igual?

Raúl no entendió la pregunta, pero Veva sí y optó por no responder. Dijo que tenía prisa. Luisa tiraba de ella con ánimo de acercarla a Julio, pero Úrsula tenía ganas de hablar:

-Nunca me vienes a ver.

-Ya sabe, los chicos, tengo trabajo siempre.

-Pero ahora es verano...

-Bueno, salgo poco, doña Úrsula...

-Ya lo sé, haces mal, no es bueno enterrarse en vida... a los que se fueron hay que dejarlos ir, los que nos quedamos tenemos que andar...

-Déjelo, por favor... –la voz de Veva casi se quebraba.

-Mira, estos son los hijos de Aurorita.

-¡Ahora lo he oído! ¿Vendrá vuestra madre? ¡Cuántas ganas tengo de verla? ¡Éramos muy amigas...! –calló y rectificó: Lo somos. Marta, ¿te llamas así, ¿verdad? Eres igual que tu madre cuando tenía tu edad, pero tienes una mirada más alegre...

-Nuestro padre tuvo un infarto y se está recuperando.... Vendrán a finales de agosto.

-¡Ya me lo dijo vuestra abuela! Aurora es fuerte... Vuestro padre ha tenido suerte. Se pondrá bien. Otro día charlamos, me voy ya. Buenas noches, tía Úrsula, usted siempre me sorprende...

Ahí intervino Luisa, que, junto a Julio guardaban silencio respetuoso:

-Es muy tarde. Julio te acompañará a casa... ¿verdad? ¿Os conocéis?

-Sí, ejem, la he visto por la calle alguna vez ... –balbuceó Julio.

-He visto que dará una charla por las fiestas –comentó Veva- Iré a escucharle, pero ahora no hace falta que se moleste, que esto es un pueblo...

-No es molestia ninguna, ¿verdad, Julio? – atacó Luisa casi a la desesperada. ¡Qué descarada!, pensó Raúl, ¡se te ve el plumero, prima! Pero los dos adultos andaban tan azorados que ni vieron la trampa que una adolescente les estaba tendiendo.

-Claro, claro, yo la acompaño sin problema –balbuceó de nuevo Julio y se fueron juntos. Julio semejaba uno de esos sabios despistados, hasta parecía levitar, con los faldones fuera y Veva andaba rumbosa, muy recta, como si quisiera pisar su propia sombra, como si no quisiera desviarse de su camino.

Doña Úrsula se rió y ofreció otra vez una dentadura con pocas piezas, pero su risa sonó juvenil:

-Anda, a divertirse, los chicos con los chicos y los viejos también, si puede ser...

-Yo es que le quería preguntar... –se atrevió Raúl.

-Dime, dime.

Y Raúl le contó, como pudo, todo el misterio del chico del tren, los silencios de sus abuelos, todo eso que él no entendía.

-No sé si debo contártelo. Si tus abuelos y tu madre callan, será por algo.

-¡Por favor! ¿Usted sabe algo?

-¿Habéis visitado el cementerio? –les preguntó a bocajarro, ¡era lo último que le faltaba a Raúl, ir al cementerio de visita turística! ¡En el pueblo de su madre estaban todos pillados!

-No, todavía no, a la abuela no le hace mucha gracia –dijo Luisa, pero mañana quiero llevar por todo el pueblo a Raúl –a Luisa lo del cementerio le parecía lo más natural del mundo, mira tú.

-Pues, si vais al cementerio y veis algo que os llame la atención, yo te diré lo que quieras saber si no lo averiguas tú antes. Y pensad que los difuntos nada malo os harán –dijo mirando con su mirada vacía a Raúl que se

sintió desnudado por la vieja contadora de cuentos. ¿Esta mujer también es clarividente? ¡Vaya! –Y ahora dejadme descansar, que es muy tarde. Venid a verme otro día. Me gusta estar con chicos jóvenes. Igual se me pega algo... –y añadió- y ahora id, como el hombre feliz del cuento, a buscar la felicidad que encontraréis donde menos lo esperéis.

Raúl andaba ya desarbolado. Hasta ahora su vida había sido ordenada y clara. Sus clases, sus amigos, Carolina, algún contratiempo y su vuelta a empezar. Este verano que había empezado torcido amenazaba con dejarlo sin palabras, a él, que era el rey de la labia, según Esteban, claro. Alguna vez Raúl había escuchado que se tienen dos orejas y solo una boca y que por algo sería. Optó por aplicarse el cuento y callar, aunque mil preguntas le bullían por dentro.

VISITA AL PUEBLO (Y NO TURÍSTICA)

Los días transcurrían con aparente monotonía, pero Raúl cada vez se sentía más fuerte, aunque aún se hacía muchas preguntas, que había optado por soslayar, de momento, hasta que tuviera respuestas. Mejor no preocuparse. La abuela Encarna decía que “preocuparse es de ignorantes”, porque es “ocuparse antes de tiempo” de las cosas y si luego no suceden, tiempo perdido. ¡Cuánto tenía que aprender Raúl aún de sus abuelas! ¡Y eso que, hasta entonces, no les había prestado demasiada atención! Ni a su abuelo, por descontado.

Su madre los llamaba con frecuencia y su padre estaba débil, pero mejoraba. Se comunicaba con sus amigos y no sabía nada de Carolina, pero a veces se sorprendía preguntándose por ella, como si ya ni la recordase y tuviera que hacer un esfuerzo para no olvidarla del todo. ¿De qué color eran sus ojos? Aún sentía una punzada de inquietud cuando pensaba en su padre y temía el momento de hablar de nuevo con él, aunque también lo deseaba. No hacía nada de especial en el pueblo. Solía ir a las clases de repaso con Veva. Se paseaba por el pueblo, pero lo hacía sin mirar muy bien, como quien va de paso. Luisa que le había prometido enseñarle el pueblo de verdad, una tarde fue a buscarlo con esa urgencia que ella ponía en todas las cosas que hacía.

-Llevas días por aquí y aún no sabes nada.

-No ofendas, prima.

-Anda, vamos a dar una vuelta para que te enteres de todo lo que hay por aquí... Julio me ha contado muchas cosas. Por cierto, ¿sabes? ¡Lo veo algunas tardes paseando con Veva!

-Tú *flipas* en colores, Luisa.

-Ya, verás, ya... soy medio bruja, mi madre lo dice siempre.

-¡Para chasco! ¡Entre brujas, aparecidos y contadores de historias voy apañado!

-¿Vamos a ver el pueblo con otra mirada o qué?

-Vamos, pero si Julio te ha contado cosas, juegas con ventaja.

Raúl no salía de su asombro. Luisa lo sacó casi a rastras. Había pasado una noche regular y no tenía muchas ganas de salir corriendo detrás de su prima que parecía una cabra loca, de esas que tiran al monte:

-Vamos a dar una buena vuelta por el pueblo, venga, pero de verdad....

-Ya me lo conozco, Luisa. He venido muchas veces, ya lo sabes. Y ya llevo varios días aquí... mujer, no seas pesada...

-Pero se te ha olvidado, ¿a qué sí abuela? Y pesada será tu tía... Vaya con el desaborío ese... -Luisa hasta era graciosa hablando, no se lo podía negar -¿Verdad que no tiene ni idea, abuela?

-Seguro, seguro. ¡Lo que no sepas tú! ¡Mi madre estaría encantada contigo! Has salido a ella.

-¿De verdad, abuela? -ahora a Luisa se le fueron las prisas, pero Raúl no tenía muchas ganas de seguir escuchando historias y tiró de ella.

-Vamos, vamos.

-¡Vaya! ¿Te han entrado las prisas? ¡Es que a los chicos quien os conozca que os compre!

Luisa estaba llena de energía y se empeñó, con esa fuerza femenina, en que él saliera a su lado y lo logró y eso que Raúl no quería moverse de casa. Tenía ganas de pensar un rato, pero acabó saliendo y con ánimo. Por eso no entendía nada. ¿Qué le estaba pasando? Todo lo que iba a ver y oír acerca del pueblo se lo conocía de memoria ¿o tal vez no? ¿Qué le faltaba por descubrir?

Primero fue la confesión de la abuela, luego el relato del abuelo, más tarde la historia de Andrés, también sus sueños, la foto de su madre y la maestra, con ese pasado enigmático, después la vieja contadora y ahora esa visita por el pueblo que parecía un lugar mágico porque Luisa se lo iba explicando como si fuera nuevo, como si Dios lo acabara de hacer y lo

hubiese puesto allí para ellos dos solos.

-Primero subiremos al castillo, a ver cómo estás de músculos, Raúl – se burló Luisa, pero tenía la virtud de no hacerlo enfadar porque era una burla afectuosa - Si no lo miras bien, casi se confunde con el paisaje, pero sí, nuestro castillo se yergue sobre un cerro y sigue oteando hacia el pueblo que le debe el haber nacido. Es un ejercicio sano el ascender por un camino escarpado hacia su explanada, eso dice mi padre. Desde arriba, ya lo verás, uno se siente águila y se siente poderoso porque el caserío, los tejados rojos, parecen casas de un cuento de hadas y uno está arriba casi tocando el cielo; pero es falso, porque sigues siendo vulnerable y pequeño y ese horizonte azul que está más allá de tu mirada te lo recuerda con sorna y un punto de indulgencia.

-¡No sabía que te gustase escribir! –se admiró a Raúl al oír el vocabulario cuidadísimo que empleaba su prima al referirse al castillo.

-Y no me gusta, pero me inspira el pueblo, Raúl. Te presto mis palabras. A mí me gusta más hablar, como a doña Úrsula... como a mi padre... de casta le viene al galgo... pero te doy mis ideas... Además, con Julio hemos venido algunas veces y él me ha contado y me ha abierto los ojos. Este año apruebo historia. Por narices.

-¡Juegas con ventaja tú!

-Para eso estamos en mi terreno...

-¡Copiaré esas palabras! –Raúl se iba animando, se le estaba haciendo la boca agua imaginando lo mucho que iba a escribir cuando acabase el verano. Nadie lo creería. Luisa era una esponja que todo lo absorbía y ahora estaba devolviendo los conocimientos de Julio y toda la sabiduría popular acumulada de sus abuelos y ella ni lo sabía. Si no, se hubiera envanecido y Luisa era un torbellino, pero muy sencilla y espontánea. Tuvieron que callar porque concentraron todas sus energías hasta que llegaron al castillo y a lo

que, en otro tiempo, fue el patio de armas, enorme, abierto como un ojo divino, al agua y al sol. Estuvieron mirando el fabuloso paisaje y Raúl se dijo que su prima tenía razón, que las casitas parecían de cuento de hadas y ellos eran unos gigantes, los dueños del mundo. ¡Qué bien se estaba allí arriba!

Cuando bajaron, ya en silencio, fueron a tomar algo de nuevo a la Plaza Mayor. La Plaza Mayor es el ojo que todo lo ve. Hermosa, porticada, es el lugar de reunión y de paso obligado, el lugar de salida y de reencuentro. Es el eje de la ciudad medieval de donde arrancan varias calles. La Plaza Mayor sabe más consejas nadie y que a ella no le vengán con cuentos porque es anciana, porque es mujer y porque es única. Allí estaban Raúl y Luisa, tomando un refresco en el mismo escenario en que sus padres y sus abuelos bebieron agua, allí mismo, en la fuente de varios caños. Veva y Julio ocupaban dos asientos en otra mesa y cuando los vieron les hicieron una señal. Veva parecía como pillada en falta y Julio se veía feliz:

-¿Qué tal, chicos?

-Por aquí, haciendo de guía turística de mi primo...

-Eso está bien, a veces lo que uno tiene al lado es lo que menos valora... –comentó Julio y Veva dio un respingo, aunque solo Luisa se percató. Por eso le entraron las prisas. Su plan estaba saliendo a pedir de boca.

-Luisa, prima, parece que te haya picado un mosquito...

-Queda mucho por ver, vamos...

Luisa estaba impaciente, quería dejar sola a la pareja:

-¿Ya has descansado, verdad? ¡Pues arriba! Ahora vamos a ver el Santo.

-¡No seas cruel! ¡Estoy muy cansado!

-Venga, que es para hoy, rapidito. ¡No seas alfeñique, primo!

Un Sagrado Corazón imponente, de 1.500 kg, corona la torreta y su

mirada alcanza a todos porque el Santo es custodio espiritual de la Serranía. El ascenso, sin embargo, tiene poco de espiritual, es puramente físico porque hay un repecho que pone a prueba al más pintado. ¿Cómo subirían, Dios mío, esa imagen? -se preguntaba Raúl más pasmado que nunca ¿A lomos de mulas, relevando las caballerías? ¿Cómo? Conforme te vas acercando, mejora la visión y la respiración. Entre las estaciones del Vía Crucis y lo agradable del entorno, uno va casi, al final, en volandas y asciende por entre escaleras empinadas de piedra hacia los pies del monumento: un Cristo amoroso con los brazos tendidos que, desde hace más de 30 años, entra en los sueños de los habitantes y los toca con sus dedos blancos de piedra noble.

También hay iglesias en el pueblo, cómo no iba a haberlas. La Iglesia de Santiago, el Palacio, como aún lo llaman por allá, no es de gran relieve artístico, pero sí que es altanera, porque está en lo que fue un edificio civil -el Palacio de los Marqueses- y eso imprime carácter. La Iglesia de San Julián ya no está abierta al culto por causas históricas todavía recientes en la memoria colectiva; pero resulta un espacio mágico y místico para las exposiciones y las conferencias, pregones y todo tipo de comunicaciones. San Julián escucha con placidez, sin prisas. Julio tendría ocasión de comprobarlo el día de la fiesta.

Pocas ciudades deben conservar tan bella muralla como la del pueblo, seguía embalada Luisa, ésta es inexpugnable, que defendió con uñas y dientes las causas en las que creyó. La muralla bordea todo el trazado del pueblo y se abre en varias puertas -la de las Eras, interior, la de San Bartolomé, la del Rey y la de la Virgen- para ofrecerse al viajero, que no para cerrarse. ¿Sabes que el pueblo tiene que ver con Alfonso X el Sabio? ¡Es increíble!

-Y si quieres -concluyó la visita Luisa- vamos al cementerio, pero no se lo digas a la abuela, que no le gusta que vayamos, ya lo sabes.

-¿Por qué esa manía con el cementerio?

-No lo sé, no lo cuenta nunca, cosas tuyas... y ya sabes mejor no insistir.

-Vamos al pueblo, a mí tampoco me apetece mucho entrar. Otro día.

-¿Te da miedo? Te advierto que es muy tranquilo...

¿Miedo? Bueno, Raúl aún no se había desprendido del todo de esa extraña sensación que le cerraba la boca del estómago, pero no, no le daba miedo ir al cementerio, le daba miedo descubrir cosas para las que quizá no estaba preparado.

-No, pero prefiero ir otro día. De verdad.

-¡Pues corriendo que es gerundio! –Luisa entendió que aún no estaba preparado y no quiso insistir. Esta prima mía es incansable, está todo el día en acción. Es como si le hubieran puesto pilas. ¡Qué barbaridad!, pensaba Raúl, un poco para volver a la realidad después de ese viaje mágico a otro tiempo, a su historia y a sus orígenes. Si no desdramatizaba, se dijo el chico, lo tomaría todo muy en serio y sería incapaz de seguir adelante porque, entonces, puede que volviera el miedo.

DE REPENTE... BEATRIZ

El verano seguía su curso y Raúl se había aclimatado bien a ese ambiente tranquilo, en que nunca pasaba nada, pero todo estaba a punto de pasar. Sabía que tenía una deuda pendiente en el cementerio, pero la esquivaba. No se sentía preparado para ello. Muchas otras veces había sentido esa presencia extraña en la habitación, pero se había acostumbrado a ella. No le parecía invasora ni amenazante. Es como si le diera fuerzas, como si le barrera los temores. Notaba que las cosas del pueblo también iban cambiando. Luisa parecía haberse salido con la suya porque Julio y Veva solían pasear juntos... Y eso no parecía inquietar a nadie, ni a los del pueblo, que lo veían con buenos ojos, ni a esa sombra extraña que solía pararse, de alguna manera, de la foto de mamá y de la maestra. Raúl intuía un secreto a voces entre su abuela, la señora Úrsula, Veva y su propia madre y sabía por dónde podía empezar, pero reconocía el sabor del miedo y prefería esperar porque esas voces no le llegaban. Siempre había sido muy impaciente e impulsivo. Seguro que estaba cambiando porque, en otro momento, habría corrido hacia el cementerio, pero ahora, prefería dejar dormir los secretos, de momento. Y ni siquiera él sabía explicarse el porqué. Al fin y al cabo, la abuela Martina siempre repetía, como para sus adentros, que hay un tiempo para todo y que no es bueno correr. No hacía nada más que seguir su consejo, aunque no de forma consciente. Lo hubiera negado.

Por fin, llegó agosto y, con él, nuevas caras al pueblo. Quique y Esteban hicieron su aparición en el pueblo poco antes de las fiestas. Se abrazaron los tres al grito de “For ever and ever” como si bailasen una danza tribal. Raúl los esperaba como agua de mayo. Con ellos podría hablar de todo y también se moría por presentarles a Luisa, que era un caso. Nadie tenía una prima como Luisa. Simpática. Locuaz. Llena de fuerza. Con

redaños, vaya, en palabra también de los abuelos. Y también llegó Beatriz, la amiga de Luisa. Se quedaría en su casa quince días. Raúl pensaba que con Quique y Esteban a su lado se sentiría fuerte, con más ímpetu. Les contaría todo lo que había pasado y sentido y tal vez ellos, con su visión práctica de la vida, le dieran un consejo estilo: “Lo has soñado, tío, tranquilo”. Era lo que necesitaba. La abuela puso dos colchones en la habitación de mamá para que durmieran los tres juntos y así pudiesen hablar de sus cosas. Él había dicho que unos sacos de dormir bastaban, pero la abuela se había indignado: ¡Recuerda que esto fue en sus tiempos una posada! ¡Y de las buenas! ¡Será por colchones! En mi casa nadie dormirá en el suelo...Raúl, cuando ya los tuvo cerca, excitado, les contó lo de su amigo el fantasma como Luisa lo llamaba sin pizca de reverencia:

-¡Qué me dices! –bramó Esteban, tan bruto como siempre.

-¿Vas en serio, tío? –corroboró Quique.

-Oye, que a mí estas cosas me dan canguelo...

-No, tranquilos, es algo que noto yo, no sé...

-¡A ver si estarás hechizado! ¡Tanto leer y escribir te ha hecho daño! –

Quique muy teatrero fingió tomarle la temperatura –Yo creo que lo que te falta es acción...

-Puede.

-Como en este pueblo nunca pasa nada, te lo has inventado –apostilló

Esteban

¿Cómo decirles que él no se había imaginado nada? ¿Qué su imaginación era muy corta comparada con todo lo que estaba sintiendo y presintiendo? Mejor se callaba. Como tantas veces en los últimos días.

Luisa llegó como un ciclón:

-Abuelaaaaaa

-Hija, que no estoy sorda...

-¿Dónde está Raúl?

-Con sus amigos, sube...

Luisa y Beatriz subieron y Raúl que quería sorprender a su prima con sus dos amigos se vio sorprendido también. Y mucho. No estaba preparado. ¿O sí? Pensaba que Beatriz sería una chica como Luisa, enérgica, rápida, con mucho desparpajo, lanzada y, bueno, igual sí que lo era, pero lo que vio lo dejó sin habla. Quique reconoció esa mirada y le dio un codazo a Esteban que, entre dientes, vaticinó: “Éramos pocos...” y añadió, muy flojito: “Carolinitis aguda tenemos...” ¡Se estropeó la fiesta!, pensó Quique.

Beatriz era rubia y sonrosada. Tenía los ojos claros y el pelo cortado en media melena. Era más bajita que Luisa y parecía un pajarito a su lado. Tenía la piel como la de los melocotones. Y sus mejillas estaban coloreadas de un ligero rubor que la embellecían, aunque a ella le resultaba odioso eso de ponerse roja a la mínima ocasión. Trató de disimularlo. Le dio la mano a Raúl sin afectación, mirándolo de frente y saludó también a los otros dos chicos que no sabían si mirarla con prevención o no. Luisa intervino:

-Lo pasaremos genial, ya veréis... Esto se pone de bote en bote con las fiestas. Raúl venga, no seas muermo, y enseña a tus amigos todo. Venga, vamos... Aquí parece que nunca pase nada, pero es mentira... -Luisa, sin quererlo, definió muy bien la esencia del verano que Raúl estaba viviendo, el más atípico de toda su existencia.

-Ya te digo -corearon los tres chicos, cada uno pensando en sus motivos.

Beatriz los miró sonriente.

-¿Vais juntos al mismo instituto? -preguntó más por romper el hielo que por interés.

-Sí, ¿y vosotras?

-¡Pero si ya lo sabéis! -se descomponía Luisa. Esteban pensó que no

estaba mal esa chica para ser chica- Venga, todo el mundo afuera. Esto es como las conversaciones de ascensor. Buenos días, doña Luisa; buenos días, don Raúl. Parece que va a llover. No sé, me duele la pierna, quizá haga viento... –los demás francamente divertidos no pudieron evitar la carcajada espontánea.

Fueron días dulces para Raúl. Con ese especial sexto sentido que tienen las mujeres, Luisa llevó la voz cantante con Quique y Esteban que acabaron por admitirla como una más, tu prima es genial, tío, y dejó que Raúl y Beatriz pudieran hablar alguna vez más tranquilos. Luisa llevaba en las venas la afición casamentera. Estaba visto. Disfrutaron mucho los cinco amigos esos días de agosto. Bajaban al río, se bañaban, aunque la abuela pusiera el grito en el cielo y les suplicara cordura, ellos hicieron todas las acrobacias posibles. Una de las tardes, Beatriz y Raúl se quedaron en la orilla, tomando el sol, mientras los otros tres chapoteaban como patos.

-Se está bien aquí, ¿verdad? –empezó la chica –su palidez empezaba a tornarse dorada a base de sol.

-Muy bien, tan tranquilo...

-Me gusta este pueblo, en mi ciudad todo son prisas... pero qué te voy a contar, en la tuya peor...

-Peor, sí –y Raúl corroboró sin rastro de hipocresía el comentario de Beatriz.

-Serán unas buenas vacaciones...

Raúl miró a Beatriz y se echó a reír. Luego le contó que él no quería haber estado allí, le explicó la enfermedad de su padre, el destierro al que los había mandado su madre (como él lo calificó) y esos días que había pasado en el pueblo y concluyó: Pero ahora, me arrepentiría si no hubiera venido. Beatriz enrojeció y Raúl la miró intensamente. Se estaba bien allí. Definitivamente. Con unos días más se atrevería a contarle lo de su amigo el

fantasma, a ver qué opinaba ella. ¡Vaya, si ya lo llamaba igual que su prima! Todo se pega, como diría la abuela, menos la hermosura. Luisa alguna vez le había vuelto a insistir para ir al cementerio, pero... todavía no estaba el tiempo maduro para ello. Todavía no.

Una de esas tardes, al regresar, ebrios de sol y de juventud, Marta los salió a recibir. Se notaba que había estado mirando por el balcón, esperándolos:

-¡Ya están aquí, Raúl! ¡Ya están aquí!

-¿Quiénes?

-¡Papá y mamá!

Raúl se apresuró, pero, conforme llegaba, le pasó lo mismo que hacía unos meses, tuvo miedo y quiso ralentizar el paso, pero Marta se lo impidió. Los amigos iban detrás en un respetuoso silencio. Sus padres estaban en la cocina. Mamá se veía bien, con ojeras, pero bien, pero su padre parecía un espantapájaros. Había adelgazado mucho y Raúl tuvo ganas de llorar cuando lo vio, pero no lo hizo. Los abrazó y escuchó lo que decían los abuelos, aunque la mirada de su padre era ausente. Raúl reconocía ese destello en la pupila de su padre: él también tenía miedo. Marta estaba feliz. No paraba de hablar y de explicar todo lo que hacían en el pueblo. Estaba pletórica. Era una niña feliz. Ella, se dijo Raúl, sí ha encontrado la felicidad en su interior. ¿Lo lograré yo algún día? Y la mirada se le fue hacia Beatriz.

-Ahora, tu padre irá a descansar un poco, Marta, y mamá también, ¿verdad, hija? Luego le cuentas lo que quieras...

Marta se quedó muy pensativa y, cuando sus padres se hubieron marchado, el padre apoyado en su madre, dijo:

-Papá tiene miedo.

Una vez más Raúl se quedó petrificado ante su hermana.

-Tiene miedo... y yo se lo espantaré... –todos miraron a la pequeña y

Vicente sonrió ante su determinación.

Faltaba poco para la fiesta y Marta entraba y salía, llena de excitación, insistía en contarle a su padre las cosas, quería provocarle curiosidad, pero su padre, la miraba y decía que después. Siempre después. Mientras, Raúl volvió a tener sueños raros, ni buenos ni malos, solo raros, volvió a presentir cosas extrañas y no quiso ni pudo decírselo a sus amigos, solo se atrevió a contárselo a Beatriz, un rato que estaban solos y la chica, con esa sabiduría de las mujeres que a Raúl admiraba cada vez más, lo abrazó. Simplemente. Lo abrazó y quiso con ese abrazo transmitirle su solidaridad y toda su fuerza. Lo estaba consiguiendo, pero aún no del todo. Le gustó el abrazo. Y se prometió que conseguiría, antes de que acabara el verano, algún otro. Carolina nunca lo había abrazado. ¿Carolina? Pero... ¿quién demonios era Carolina?, se aceleró Raúl.

El pueblo, poco a poco, se fue transformando y engalanándose para las fiestas. En la Villa había nacido un caballero medieval y todos los años, desde hacía nueve, celebraban unas fiestas en su honor. Querían reivindicar su papel político y militar y, de paso, promocionar el pueblo, convertirlo en un enclave de turismo cultural interior de primer orden. Por eso no era extraño ver banderolas en los balcones. Todos los vecinos se esforzaban en transformar el pueblo en una villa medieval, a punto para cualquier sorpresa. A Marta, la abuela le cosió un vestido de dama medieval, con unas mangas largas y un corpiño ceñido. Estaba muy bonita, pero lo estrenaría el día de la fiesta. La noche de antes, Martina notó que su nieta pequeña se movía demasiado en la cama y se acercó a hablar con ella:

-¿Estás contenta, Marta?

-Sí, abuela, han venido papá y mamá... y papá estos días, ya verás...

-Claro, se irá poniendo bien, solo le falta coger confianza, ya verás...

¿No te puedes dormir?

-No, abuela, y mira que la Sra. Viqui se ha quedado como una ceporra
-Martina se echó a reír, flojito, para no despertar a Vicente al oír ese calificativo- ¡Tengo ganas de ponerme el vestido!

-Bueno, si me prometes no interrumpirme, te voy a contar un cuento que le pasó a un niño como tú... Lo que tienes que hacer es no ponerte nerviosa, no te vayas a poner mala como al niño de mi cuento...

-¿Me lo contarás entero, abuela? -sospechaba que, si se dormía, la abuela le escatimaría la mitad.

-Si no te duermes antes...

-Palabra que no -y Marta, muy seria, se dispuso a escuchar a la abuela. Martina no era como la contadora de cuentos, pero sabía historias muy bonitas y algunas se las había inventado ella para sus propios hijos.

CASTILLOS DE CARTÓN

Roberto era un niño, como tú y como yo, bueno, como yo fui, porque yo también fui niña. Le gustaban las pipas de girasol, los cacahuets salados y resolver sopas de letras. Tenía los mofletes pecosos, unos dientes grandes y se sentía pequeño, aunque no lo era, porque creía que los niños de 11 años debían ser más altos que él. Era un poco mayor que tú.

A Roberto casi nadie lo llamaba así. Para sus compañeros de colegio y sus amigos del barrio era Rober. La señorita Inés, la Directora de su colegio que enseñaba inglés, también lo llamaba así, aunque ponía un énfasis especial y sonaba como Robert, con lo cual se sentía más importante que los Pedros, Josés, Juanes o Marías de su clase. Don Gonzalo, su profesor de matemáticas, prefería los apellidos y para él era Gómez Palacios, nada de nombres sincopados, decía siempre. La señorita Esperanza, la de historia, le explicó el origen de su nombre y así lo llamaba, Roberto a secas; aunque jamás llegó a pronunciarlo como su madre. Eso nunca.

La madre de Roberto era alegre, simpática, algo mandona y muy ordenada. En cuanto te descuidabas decía que, de joven, le gustaba mucho dormir y levantarse tarde los domingos; pero que, desde que había nacido este -este era Roberto-, no sabía qué era dormir. No os vayáis a pensar que lo llamaba siempre este, no, ¡qué va! La madre de Roberto gritaba con voz clara Robertoooooooo hasta que la o final se le caía de los labios y se iba a enredar en las fundas del sofá del comedor y luego caía al suelo y allí se llenaba de polvo. A Roberto no le importaba demasiado tener que recoger su o todos los días y limpiarla porque eso de Rober le sonaba a marca de coche, aunque lo prefería al Robertito con que lo obsequiaba su abuela Clara, con cariño, eso sí.

Le hubiera gustado tener un hermano mayor para jugar con él porque su hermanita era muy pequeña aún y apenas se tenía de pie y, con una niña, ¿a qué se puede jugar con una niña? (eso pensaba Roberto porque no te conocía a ti. Marta se rió, pero no dijo nada, no quería interrumpir el cuento). Cuando estaba en el parque, merendando su bocadillo de mortadela o de queso, jugaba con los amigos a las canicas, a la peonza, al escondite, a echarse agua en la cara, a perseguirse...; pero en casa no podía hacer nada. No sé que les pasaba a todas las madres del barrio que no dejaban que subieran los amigos a jugar: “A la calle, a la calle”, decían siempre o “Ya jugaréis

mañana, que debéis estar cansados”. Pidió un perro para arreglar la situación; pero a su padre no le hizo ninguna gracia. Al menos, pensaba Roberto, con un perro tendría un compañero de aventuras. A cambio, su padre le compró un fuerte enorme, lleno de soldados del Séptimo de caballería. Le aburría jugar con el fuerte porque los soldados eran siempre los mismos, los caballos también y el corneta era un pesado que se pasaba la vida tocando sin cederle a él su puesto. ¡Con lo que le hubiese gustado a Roberto tocar alguna melodía militar por las mañanas!

A Roberto no le entusiasmó el regalo de su padre, aunque se guardó de decirlo porque su padre podría tomárselo a mal. Su padre era muy alto y vestía siempre de forma impecable, con traje y corbata a juego. Llevaba un maletín de cuero negro en el que guardaba todos sus documentos. Se pasaba muchas horas en el despacho ante el ordenador y revisando papeles y, cuando no, estaba siempre de viaje. Decía, presumiendo, que se conocía a dedillo todos los aeropuertos del mundo. Por eso, seguramente, ignoraba los gustos de su hijo y le regaló el fuerte más grande del mercado, aunque era de cartón-piedra.

Más acertada estuvo la abuela Clara que vivía con ellos a temporadas y que zanjó la cuestión diciendo que lo que le hacía falta al niño eran menos cosas y más fantasía. La abuela cuando hablaba de él decía siempre “el niño”, nunca Robertito; lo cual, dadas las circunstancias, era de agradecer. Le construyó con cartones recios una especie de castillo -la abuela sabía mucho de manualidades- y le regaló una libreta, colores y tijeras para que dibujase los personajes que él quisiera. Roberto era bastante hábil con el lápiz y se aficionó pronto al dibujo. En el colegio todos le pedían que les dibujase animales o cosas o héroes de los tebeos. Cuando estaba solo en su habitación, dibujaba y luego se sentía protagonista de sus propios dibujos.

Para llegar al castillo, que era como el del pueblo, había que cruzar por tierras desoladas e inhóspitas, como las que él conocía de mirar por la ventanilla del tren cuando iban a ver a los otros abuelos, en vacaciones, que vivían en un pueblecito del interior. En el castillo había puentes levadizos, torreones, puertas secretas, mazmorras, caballerizas y patios de armas. Roberto llegaba montado en su brioso corcel que no paraba de piafar. Venía de tierras lejanas, después de haber servido a su rey, y estaba deseando contárselo al dueño del castillo, su padre. Antes de llegar, mientras los cascos del caballo hacían saltar chispas de las piedras del camino, los villanos, que se hallaban segando la mies, alzaban sus hoces jubilosos y sus hijas,

doncellas tímidas y morenas, que recogían las espigas del suelo, se apresuraban a incorporarse y a ajustarse los cordones de sus jubones y las faldas para saludarlo a él, a Roberto, el hijo del señor del castillo. Le gustaba cruzar el puente al galope y recibir el tributo de las damas asomadas a los balcones que le arrojaban flores y ramas verdes de acacia. Eran damas rubias y casi transparentes. Trenzaban sus peinados de diminutas perlas y vestían brocados y tafetanes. Algún día se casaría con la más hermosa; aunque Roberto todavía no pensaba en eso. Le gustaba asustar a las gallinas que corrían ante su caballo despavoridas y le gustaba sentir la curiosidad de los niños que se acercaban para contemplar su montura, un brioso alazán. Descabalgaba y lo ayudaba el caballero, un hombre bajito y rubicundo. “Doble ración de avena, que se lo ha merecido”. En las caballerizas de su padre se encontraban caballos caretos, bayos, tordos y cuatralbos e, incluso, yeguas de pura sangre; pero nada comparable a su dócil y valiente alazán.

Desde que se supo de su llegada, el castillo había vivido horas intensas para preparar su recibimiento. Los estandartes y pendones ondeaban rindiéndole pleitesía, y los últimos pasos los dio acompañado de tambores y trompetas. En cuatro zancadas se plantaba en el salón familiar, decorado con tapices pesados y cálidos. Su madre cosía con mano amorosa un pedazo de buen lino y, al verlo, lo abrazaba llena de felicidad. “Ahora, hijo mío, podré dormir tranquila. Desde que te fuiste no he cesado de rezar encomendándote a Nuestra Señora y a su Dulce Hijo”. Después, se oían resoplidos de su perro podenco que pugnaba por escaparse de los vigilantes y acudir a sus pies. Roberto daba órdenes de que lo liberasen y se dejaba lamer por su viejo amigo de infancia, con el que aprendió a cazar cuando apenas había cumplido los 11 años. Luego, a grandes voces, preguntaba por su padre y decía que quería hablar con él porque le traía presentes del propio rey. El padre acudía presuroso. Era un hombre mayor, de rostro noble y responsable. No le gustaba alejarse de sus tierras; aunque, en su juventud, como hacía ahora su hijo, había servido a su rey, padre del que le enviaba los presentes. Escuchaba a su hijo complacido y le apretaba la mano como si los dos compartiesen un gran secreto. Su madre y su hermana, una niña que aprendía a hilar con dificultades, los miraban con arrobos. Su aya, una venerable mujer de pelo blanco, era la última en besarlo. Su hijo había convertido en una anciana plácida y hacía agachar al muchacho para acariciarle la cara. Lo quería con infinita ternura.

Roberto era el joven más alto y esbelto de toda la comarca.

Sabía disparar con ballesta, sabía distinguir con mirada certera a grandes distancias un conejo de una liebre y gustaba de pasearse con su azor, porque también dominaba el arte de la cetrería. No había nadie que supiera trovar con tanta gracia ni se le igualaba en tañer la vihuela. Había tenido un buen maestro en su padre, el señor del castillo, que siempre se hizo acompañar de su hijo. Con la alegría del regreso, decidió ofrecer a sus vasallos doble ración de viandas para que se regocijasen como él de la llegada de su primogénito...

De repente, una o juguetona se filtraba por la puerta y le acariciaba las orejas. Roberto salía de su ensimismamiento sin poderse batir con el enemigo y despertaba de su sueño dándose de bruces con su propio nombre. Su madre lo llamaba para comer, para cenar o para cualquier otra cosa y así un día y otro día... iba variando su atuendo y viviendo la magia de sus historias de caballeros y castillos. Le gustaban mucho los relatos antiguos y aprovechaba cualquier dato recién aprendido para incorporarlo a su propio cuento.

Una mañana Roberto no pudo ir al colegio. Se encontraba mal, con una fiebre muy alta, y avisaron al médico, Don Ginés, que lo conocía desde pequeño y que siempre le regalaba un caramelo de fresa. Don Ginés alarmó más aún a su madre, que lucía grandes ojeras por la falta de descanso y, en su duermevela, solo entendió palabras sueltas como hospital, análisis, cuidados. Roberto pasó una semana en observación, comido por la fiebre, en un hospital limpio y lleno de enfermeras amables donde no pudo dibujar; pero sí soñar. Imaginaba al hijo del dueño del castillo quebrantado por una extraña enfermedad y aceptando los bebedizos que le ofrecían de lejanas tierras, hechos con las más viejas fórmulas de la magia. Otras veces había caído en una emboscada y otras lo habían herido con saeta emponzoñada.

Cuando volvió a casa, Don Ginés le aconsejó reposo absoluto e iba a verlo todas las tardes. Don Ginés pasó a formar parte de sus fantasías y era un mago de renombrado prestigio que acudía a brindarle sus poderes para que él sanase. Invariablemente le ofrecía el caramelo de fresa, que a Roberto no le gustaba y que guardaba en el cajón de la mesilla de noche. Su hermanita andaba por la casa emitiendo ruiditos sospechosos tipo “Ito”, “Ito”,... Roberto se sorprendió al oírla hablar así; pero entendió que lo debía a la abuela Clara... Robertito por aquí, Robertito por allá... Su hermana, pues, era la que se comía todos los caramelos y bien buenos que le estaban.

Todos sus amigos y compañeros fueron a verlo e, incluso algún profesor. Pasaron por su habitación Quique, Maruja, Don Gonzalo, la

señorita Inés, Pedro y Sonia, Rosa, Alba y Juan... y muchos vecinos que preguntaban por su salud. Le regalaban libros, puzzles, juegos de sobremesa, lápices de colores, peonzas nuevas... Se sentaban un rato en su cama, como si fuesen emisarios de los castillos vecinos que le ofrecieran las novedades ocurridas en ese tiempo y las primicias más sabrosas: las primeras torcaces recién salidas del huevo, los niscalos tempranos, huevos de oca, pan candeal, ramos de velloritas -las villanas- y de azucenas -las damas que olían a jazmín-. Luego, los reales y los imaginarios salían de su cuarto de puntillas porque Roberto se quedaba dormido sin saber cómo. A veces la parecía oír un sonido quedo y familiar, igual que si arañasen la puerta de su habitación para entrar y, otras, notaba el contacto húmedo y brillante del hocico de su perro podenco y era tan real que no quería ni abrir los ojos para sentir sintiéndolo. Era feliz en esos momentos.

Por fin, pudo levantarse y, sin avisar a nadie, buscó su ropa y se la quiso poner. ¿Era hechizo o era verdad? Los pantalones se le habían quedado cortos y la camisa le iba por encima del ombligo. El sueño había llegado demasiado lejos. Su madre entró de repente y se echó a reír. No había perdido el humor en esos días, aunque durmiese poco y mal. “Hijo, Roberto -no se le cayó la o-, has crecido una barbaridad. Ponte este batín y mañana iré de compras. ¡Vaya hijo más alto que tengo!” Y, guiado por el brazo de su madre, se acercó al comedor. Allí la hermanita seguía con sus balbuceos y, cosa extraña, su padre estaba sentado como si lo esperase, a él, a Roberto. Lo que más le sorprendió fue verlo vestido con un simple chándal y en zapatillas, unas zapatillas viejas a cuadros... Llevaba barba de un par de días y le rascó un poco el mentón al besarlo. Le abrazó como el dueño del castillo que era y lo ayudó a sentarse. Las almohadas estaban mullidas y Roberto suspiró. “Has estado muy enfermo, Roberto, hijo mío. Hemos estado muy preocupados por ti y eso nos ha hecho pensar mucho a tu madre y, bueno, sobre todo a mí”. Roberto lo escuchaba con sorpresa creciente porque su voz era igual de modulada y enérgica que la del dueño del castillo, su padre en la ficción. Más maravillado se quedó cuando entró la abuela Clara, el aya buena de sus fantasías. Traía un cachorrillo de pelo rizado y negro entre los brazos. Con cuidado se lo colocó en el regazo al niño, como ella decía. “Ya es hora de que tengas tus propias responsabilidades. No eres un niño pequeño y el perrillo te ayudará a seguir creciendo”.

Al regresar a su habitación, cosa insólita, el castillo había desaparecido y en su lugar quedaba solo una caja de cartón recio. Roberto la

contempló con mirada traspasada de ternura y una pizca de nostalgia. El cachorrillo lo acompañaba. Se sintió alto y fuerte. Estaba al punto de entender que su madre, cuando repetía que llevaba sin dormir desde que él nació, no lo hacía como un reproche, sino como una prueba de amor. Roberto se sonrió e imaginó cómo sería su vida, de allí en adelante, sin que nadie utilizase ningún diminutivo para dirigirse a él. Y se sintió más feliz que cuando montaba en su brioso caballo alazán.

Aquí, Martina ya no añadió el colorín colorado porque Marta se había quedado dormida. Esa noche ella protagonizaría un hermoso cuento, mucho más hermoso que el que la abuela le acababa de contar puesto que sería el suyo. Imaginaría que su madre le dejaba tener un perro en casa, pero, sobre todo, soñaría con su padre, al que tanto admiraba. Su padre también había pasado una larga enfermedad, como Roberto, y también despertaría y dejaría de tener miedo. Para siempre. Ella lo sabía muy bien. Ella se lo había pedido al genio del tren y, hasta ahora, había cumplido.

COMO UN GIRASOL

Un niño palmoteó con entusiasmo. Su padre lo aupaba sobre los hombros y, desde esa altura, se sentía protegido de cualquier peligro. Otro, menos afortunado, corría a ponerse a salvo entre las faldas de su madre porque temía que ese gigante se le viniese encima y lo devorase, aunque, en el fondo, padres e hijos sabían que era una ficción y todos jugaban a mantenerla. Había empezado la fiesta. Los pasacalles así lo anunciaban.

Se invitó a distintas cuadrillas de jóvenes y allí estaban, con sus pañuelos triangulares de mil colores, según la cofradía a la que perteneciesen: rojos, azules, verdes, amarillos, blancos, beige, morados... Unos ejercían de comparsas, otros tocaban sus instrumentos musicales y otros, simplemente, se habían vestido de esa guisa por solidaridad con el pueblo al que representaban.

Desde las primeras horas de la mañana, los habitantes de la población tuvieron que aceptar la evidencia y dejaron, para otro domingo, el hábito perezoso de dormir porque, entre música de flautas y tambores y ruido de petardos y cohetes, era muy difícil mantener el sosiego y la indiferencia. Así que, poco a poco, como caracoles después de la lluvia, se fueron concentrando en la Plaza Mayor y allí, niños y mayores, conjugaron idénticos alborozos y sensaciones.

El encuentro de gigantes había sido todo un éxito, y eso que no era tradición en el pueblo, pero, finalmente, habían invitado a las cuadrillas de otras comunidades y la fiesta se presumía mucho más vistosa que en entregas anteriores. Había que hermanarse y aceptar otras costumbres. Se habían concentrado allí mismo más de dos docenas de gigantes y algún cabezudo, traídos de otros tantos pueblos que habían respondido con entusiasmo a la convocatoria del grupo organizador. Los niños más atrevidos, que nunca habían visto semejantes gigantes, osaban mirar debajo de esas inmensas faldas a ver si descubrían el alma de los gigantes y otros no se acercaban porque se lo impedía el miedo o la sorpresa.

Cuando llegaron los últimos representantes municipales, alcalde, concejal de cultura, de turismo y alguna que otra personalidad importante, se iniciaron los primeros sonos armoniosos de toda la mañana. Las orquestinas dejaron de tocar en confusa algarabía y aguardaron su turno. Los jóvenes se iban colocando debajo del entramado colosal de madera para erguir, a una señal del guía de su grupo, el cuerpo inmenso del gigante. Varias locales y regionales cámaras filmaban el espectáculo y apenas sí se oía la música entre tantos aplausos y vítores.

Marta estaba feliz. Se había despertado con la alegría en la mirada y había salido como una flecha hacia la habitación de sus padres. Aurora ya se había levantado, pero el padre permanecía recostado entre almohadones.

Miró a su hija con ternura. Era tan bonita y tenía tanta alegría en la mirada:

-Papá, buenos días.

-Hola, cariño –se le notaba cansado, sin ganas de contestar.

-¿Tú sabes qué es un girasol?

-Claro, una planta...

-... que va mirando al sol, ¿verdad?

-Sí, hija...

-¡Pues tú también eres un girasol! –Marta se acercó a la cama y le dio la mano a su padre que no supo negarse a la exigencia de su hija. En pijama lo obligó a bajar las escaleras y, cuando estaban, a la altura de la cocina, el resto de familia los miraba pasmados. Incluso temieron por la integridad de los dos. En cualquier momento se caerían por las escaleras, pero la niña parecía muy decidida. Marta siguió estirando de su padre y lo sacó hasta la misma puerta. El resto de la familia salió detrás, en tropel:

-Abre los brazos, papá, abre los brazos... tú eres un girasol, busca el sol y el sol te curará –y Marta daba vueltas como una mariposa alrededor de su padre a quien tenía muy bien cogido por las dos manos. Tanto lo obligó que su padre dio una vuelta y otra... y acabó riéndose. Parecía que se iba a partir en dos en cualquier momento, tan frágil como estaba y, sin embargo, su hija acaba de arrancarle la primera risa sana en mucho tiempo. Allí, la niña parecía más fuerte que el padre, pero el hombre ya había tomado una

determinación y dejó que el sol y, sobre todo, la fuerza de su hija le tocara el alma.

Aurora, Martina, Vicente, Raúl y sus dos amigos no daban crédito a lo que veían. Su padre, que había llegado convertido casi en un anciano, ahora estaba bailando con Marta. Había perdido el miedo a curarse. Aurora se llevó la mano a la boca e inició un llanto manso que todos respetaron. Aurora no lloraba demasiado. Papá era más dado a las lágrimas, por eso nadie dijo nada, conscientes del momento especial que estaban viviendo. Marta había despertado el corazón dormido de su padre y le había dado calor. No hay nada que no pueda esta niña, pensaron todos y, sin hablarse, decidieron, que ese año serían las mejores fiestas de todas porque estaban juntos y la vida era nueva cada día. Martina cogió del brazo a su yerno:

-Ven, hijo, vamos, no hay nada que no arregle una buena taza de chocolate...

Marta y su madre estuvieron un rato contándose confidencias, mientras papá recuperaba su recién estrenado optimismo. Marta le contó algún secretillo a su madre y le habló del Roberto del cuento:

-Y le compraron un perro, mamá...

-¡No me digas! –Aurora quería parecer irónica, pero con Marta no valía esa treta.

-Yo ya soy mayor, a lo mejor me lo podéis comprar a mí... Los

abuelos me darían un cachorro...

-Mírala ella, por donde sale... A mí no me gustan los animales en casa, dan mucho trabajo...

-Siempre decís que tengo que ser responsable...

Su padre que había escuchado sin interrumpir se atrevió a hablar:

-Aurora, puede que la niña tenga razón...

Aurora lo miró sorprendida. Desde hacía muchos días no oía ningún deseo de labios de su marido. Algo estaba cambiando de verdad. Se alegró tanto que casi, sin pensar, dijo:

-Bueno –y no añadió más- Bueno –repitió-.

Y Marta se le echó encima con una alegría tremenda. “Se lo diré a Raúl. Y le pondremos girasol. Abuelo... ya puedo coger un perrito... abuelo” y salió corriendo a toda velocidad. Sus padres se miraron. Aurora se acercó a su marido y le pasó una mano por el rostro que tan bien conocía. Su marido la atrajo y se besaron. Todo volvía a ponerse en su sitio. Poco a poco. Cuando entró Martina con la taza de chocolate se alegró de verlos así.

-Hijos, acabo de ver salir a Marta... iba espiritada... A ella no le pasará como a la niña del cuento...

-Cuéntenos el cuento, suegra...

-¡Vaya, hoy sí que te veo animado! –sonrió Aurora y, de nuevo, todas las estrellas se posaron en su mirada.

-Venga. Ahí va, que tengo mucho qué hacer –aunque Martina se moría por contarles el cuento, por tenerlos a su lado como dos niños atentos-: Otro día, la niña pequeña se atrevió a preguntarle algo a su madre; pero su voz fue tan suave y tan débil que su madre no la escuchó y la niña se quedó sin saber la respuesta. Y eso no fue lo peor, porque la madre tampoco supo nunca que pregunta salió de los labios de su hija. De ahí que muchas madres, cuando sus hijas son pequeñas, les enseñen todo lo que ellas saben, para responder a las preguntas que nunca oyeron y que siguen intentando contestar.

-¡Qué bueno, mamá! ¡Tendrás que sentarte a escribir todo esto!

-¡Vaya, Martina, usted sí que sabe! Cualquier día me traigo una grabadora y me los cuenta todos... Nos forramos si los publicamos y luego se viene a la librería a firmar ejemplares...

Y Martina salió toda ufana hacia la cocina. Daba gusto cuando todos estaban de buen humor.

En la Plaza los chicos disfrutaron de lo lindo, participaron en los pasacalles, en la obra de teatro que Julio había escrito y en la que todos tenían que intervenir a una señal. Fue una mañana gloriosa. Por la tarde, Julio daba una conferencia en la Iglesia y nadie se la iba a perder, ni siquiera Veva quien, al ver a Aurora, corrió a refugiarse en sus brazos como si fuera una adolescente. Raúl miró a su madre y a su amiga y de nuevo pensó en la foto y

en la presencia que planeaba sobre esa foto. Sin saber por qué pensó también en la frase de Tagore y recordó que tenía algo pendiente... Apretó los puños y se repitió que quería ser feliz. Como el hombre que encontró la felicidad...

TIEMPO DE ESPIGAS

Julio despertó mucho interés con sus palabras y todos le aplaudieron a rabiar, aunque a quien esperaban con más emoción era a la vieja Úrsula quien ese año había aceptado, y nadie se explicaba por qué, a participar en las fiestas, a salir de su casa y a contar una historia, que todos aguardaban con el aliento bien contenido. Estaban seguros de que no los decepcionaría. Su sobrina la ayudó a subir al estrado, la acomodó y la anciana pareció mirarlos a todos. Respiró hondo, bebió un trago de agua e invocó sus palabras.

Hace muchos años, -empezó la buena mujer y para los asistentes la sala en la que estaban desapareció de la vista y empezó otra realidad- tantos que escapan a la memoria de los mortales, cuando las hadas vivían en los bosques y no extrañaba verlas en relación con los humanos sucedió esta historia. Entonces, en esa época de princesas y dragones, de duendes y de misterios, nació Ursus, el hijo del caballero más sanguinario de un reino que hemos olvidado, pero que, por aquellos días, dominaba las vidas y los destinos de un puñado de gentes sometidas a sus desvaríos. El pequeño Ursus recibió ese nombre porque, según su padre, el Caballero Feroz, sería fuerte como un oso y nada podría con él. Sin embargo, Ursus creció débil y quebradizo como un junco. Nadie sabía nada de su madre porque el Caballero Feroz lo trajo consigo en su última campaña junto a otros trofeos y ninguno de sus hombres, tan fieros como él mismo, de miradas hoscas y con ceño siempre

fruncido, dijeron nada; ni los criados ni el aya ni nadie iban a atreverse jamás a preguntarlo.

Ursus fue recibido con alegría, al menos había una nota de humanidad en el Caballero, pensaron. Solo se le conocían desmanes, borracheras en los plenilunios y atropellos sin par entre las mujeres, fuesen doncellas, casadas e, incluso, venerables viudas. Al Caballero Feroz le daba lo mismo. Se sabía fuerte y poderoso. Era joven aún, hubiera parecido, incluso, apuesto si se le hubiesen dulcificado los rasgos de la cara que llevaba en perpetua tensión, atravesada de parte a parte por una cicatriz, recuerdo de una herida que hubiera acabado con otro más débil que él.

Descabalgó haciendo piafar a su montura, un caballo endiabladamente negro, y llamó a sus servidores. Una mujer se adelantó y él le entregó el fardo que llevaba sobre la silla de montar:

-Toma, mujer, críalo como si fuera el heredero.

La buena mujer tuvo un susto y dio un traspiés mientras se acercaba. No creía que en ese lío de trapos sucios hubiese vida; pero acató la orden del señor mordiéndose los labios. Lo conocía perfectamente. Había sido su favorita durante un tiempo hasta que él se cansó y la dejó abandonada a su suerte, entendiendo que habría de servirle hasta la muerte. Damajuana, como la llamaban por allá, olisqueó el bulto y percibió un olor agrio a leche, a orines, a suciedad; pero también sintió una oleada de ternura que le subía

hasta el rostro y ruborizaba, como cuando era doncella, sus mejillas. Así se hará, señor -musitó. Después salió presurosa con su delicada carga y ya no quiso saber qué otras cosas ordenaba el Caballero. Entró en la cocina y allí, ante la mirada sorprendida de las otras mujeres, fue sacando capas de telas hasta encontrarse con una criatura hermosísima. El pequeño Ursus apenas tendría unos días, era rosado como la flor del melocotón y miraba ya con los ojos abiertos. Señal de que será muy inteligente -dijo la vieja cocinera sin parar de desplumar una oca, que serviría para la comida.

Damajuana se desesperó pues ella nunca había tenido hijos y no sabía qué debía hacer con ese pedazo de carne tibia. Trae, mujer, hay que friccionarlo con alcohol para que se le pase el frío del camino -y la cocinera se limpió las manos y empezó a frotar al niño quien, poco a poco, fue adquiriendo aún más hermosura de la que intuyeron al principio. Era rubio, tenía las facciones bien marcadas y parecía sano.

Poco después entró uno de los criados con una joven. Venía con la cabeza agachada, como avergonzada. ¿Quién es esta mujer, Blas? Es la nodriza del niño. Ella lo amamantará, así lo ha dicho el señor. La mujer asintió y miró con ternura al niño. Damajuana sintió pena de ella: Se llama Ursus. Es un niño hermoso.

No les sorprendió ver a la chica, estaban acostumbrados a los desmanes del caballero. Le acercaron una silla y ella extendió las manos hacia el fuego

para calentárselas. Después contó que había perdido a su hijo y que, cuando lo supo uno de los caballeros, el señor la había hecho venir para ser el ama de cría del pequeño. Lo que le sorprendió fue el nombre: ¿Cómo se le ocurrió llamar Ursus a esa criatura tan delicada?, ¿es qué no lo había visto bien?

Ursus creció de espaldas a su padre, entre las mujeres y en la cocina. Sentía pavor inmenso hacia los cascos de los caballos y solo hallaba consuelo en los brazos de Rosalía, su ama de cría. Durante mucho tiempo el Caballero Feroz no preguntó por él. Parecía ignorarlo. Siguió yendo y viniendo de guerra en guerra, siguió emborrachándose, pero ya no se le conocieron otras mujeres. Algo había cambiado en él, aunque nadie sabía explicarse por qué ni tampoco lo hablaban entre ellos. A nadie interesaban las costumbres del señor siempre que se mantuviese alejado. A nadie.

Entre la ropa del pequeño hallaron una espiga dorada que les causó sensación. No parecía real, era hermosa como el propio niño y decidieron guardarla para cuando fuese mayor explicarle el prodigio porque la espiga no se secaba ni lo haría nunca.

Cuando Ursus hubo superado sus primeros años y hubo perdido el miedo a las cosas y a las personas, se mostró como un niño despierto, ágil de pensamiento; pero en absoluto inclinado por la guerra ni por las armas. En una época en que el señor era más bruto que nadie, Ursus aprendió a leer casi a escondidas. Nadie se lo preguntó a su padre, pero el sacerdote del lugar, un

pobre hombre cansado ya de tantos sinsabores, entendió que lo que necesitaban era un señor culto, sensible y no una fiera sanguinaria; así que le enseñó a leer y a escribir y todo cuando él sabía; pero entre los dos hubo un pacto de silencio. No hizo falta hablarlo, callaron su secreto y habrían de callarlo mucho más aún.

Por fin el señor recordó que tenía un hijo y quiso conocerlo y hablar con él. Se lo trajeron y el niño aparentó más entereza de la que sentía. El Caballero Feroz lo miraba como si no lo conociera:

-¡Este niño rubio es mi hijo! ¿Quién lo dice?

-Es su hijo, señor -se adelantó Damajuana- el mismo que me entregó hace 8 años, el mismo que crió Rosalía sus pechos, el mismo que ha vivido aquí desde entonces. ¿Quién más tiene hijos aquí?

-Calla, no hables tanto, que nada te he preguntado. Acércate.

A Ursus le bailaban las piernas. Había aprendido a temer al padre como todos los del castillo, había aprendido a hacerse invisible para no tropezarse nunca con él y ahora sus miradas se encontraron.

-Bien, Ursus, ya ha llegado la hora de ejercitarte y de que dejes las faldas de las mujeres. Un caballero amigo mío ha aceptado ser tu maestro de armas y mañana mismo partirás.

Ursus ni siquiera pestañeó. Con gusto hubiera llorado y gemido, pero la mirada de su padre lo mantuvo firme en su sitio. Así que las mujeres, a

escondidas, fueron las que lloraron y él se despidió de todas con afecto, era el único afecto que había conocido. La cocinera le cosió en una faltriquera la espiga dorada y le rogó que no la perdiese nunca, que le traería suerte.

A la mañana siguiente, cuando el mundo aún no había despertado, cuando el cielo estaba todavía tachonado de estrellas, Ursus partió con otro caballero sin mirar hacia atrás. Cabalgaron durante horas y horas, durante días y días y el Caballero Hosco apenas despegó los labios, solo para ofrecerle un pedazo de queso, una hogaza de pan o indicarle dónde dormir. Había perdido ya la noción del tiempo, solo sabía que cuando salió de su casa apenas tenía un indicio de vello en su cara y, cuando llegaron, la barba le había crecido fuerte, como la de un hombre.

Cuando a Ursus comenzaba a vencerle ya la nostalgia, llegaron a otro castillo, mucho más grande que el de su padre, de tierras mejor cuidadas y con pobladores que parecían felices o, al menos, menos asustados que los de su casa. Encontraron a todos los de la villa trabajando en el campo, era la época de la siega y andaban, grandes y pequeños, afanados. Unos con las hoces iban segando el trigo que les serviría de sustento durante todo el año, otros, los niños y algunas mujeres, recogían las espigas que caían y todos, en fin, estaban atareados en la labor. Cuando Ursus vio los campos de mieses amarillos como el sol, creyó que era el mismo astro el que había caído sobre la tierra. En sus dominios no crecían más que algunos árboles mezquinos que

no daban para vivir y que eran tan duros como su padre. Algo se le removió en el corazón a Ursus cuando vio esas espigas en plenitud dobladas por su propio peso. Palpó con golosa soberbia su preciado tesoro, el que llevaba cosido a la faltriquera, esa espiga perfecta de la que nunca se había vuelto a acordar y que ahora le parecía casi un talismán.

Ursus lo miraba todo con desconocimiento. Nunca había salido de su castillo y atrás habían quedado las montañas pedregosas o el ulular lastimero de los lobos por las noches. Atrás había quedado el frío que había sentido durante el viaje, ahora, a medida que llegaban, comenzaba a notar que la temperatura de su cuerpo se ajustaba poco a poco. Allí lo estaban esperando. El caballero que lo recibió era mayor que su padre y no mostraba esa arruga entre el ceño que tanto miedo le daba. Se veía un hombre duro y curtido, pero justo. No dejó que le besase la mano e hizo algo que a Ursus le pareció inverosímil, acarició su cabeza con un gesto breve, pero intenso.

-¿Así que tenemos aquí al hijo de Hernando? -Ursus se sorprendió, ignoraba que su padre tuviese otro nombre que el del Caballero Feroz.

-No lo sé, señor.

-¿Cómo que no lo sabes?

-A mi padre todos le llamaban el Caballero Feroz.

-¡Ah, ya! -y se rió con estrépito- Siempre tan salvaje, el buen Hernando, no logré inculcarle los buenos modales, pero qué buen guerrero

es... Bueno, hijo, tu padre se llama Hernando y no debes temerle porque no es tan fiero el león como lo pintan -y se acarició la barba con gesto pensativo-. Estarás cansado, vamos a ver qué hacemos contigo. Pareces fuerte, muchacho...

Y para Ursus empezaron unos años de tranquilidad. Aprendió el arte de la guerra, aprendió también a comportarse, a ser respetuoso y justo, aunque inflexible. Varios caballeros se ocuparon de su educación y todos se sorprendían de su rapidez en aprender. Nadie, sin embargo, le preguntó si sabía leer y escribir. A nadie le importaba. Ursus hubiera dado cualquier cosa para entrar en los aposentos de su señor y poder contemplar los hermosos tapices que, decían los criados, cubrían sus salas, pero hubo de conformarse con su habitación, situada en la parte alta, perpetuamente fría, aunque muy cubierta de pieles para que entrase en calor. Un pajecillo dormía a sus pies y procuraba tener toda la noche encendido el brasero que, entre frío y frío, aliviaba en algo las temperaturas del invierno porque en ese lugar el invierno era infinitamente más duro que en casa de su padre. Los días eran breves y las noches caían como losas. Ursus echaba de menos al sacerdote, a aquel hombre anciano con el que podría conversar y que le estaba enseñando, cuando hubo de partir, los nombres de las estrellas.

El señor del castillo tenía varias hijas. Dos mayores, como Hernando, quizá, y una tercera pequeña, más pequeña que Ursus. Su madre había muerto

hacía tiempo y el caballero se encontró en su castillo, solo al cuidado de sus hijas. Así que casó lo mejor que pudo a las dos mayores y se reservó a la pequeña para que lo acompañase en la vejez, pero no tuvo en cuenta que los hados son traviesos y gustan de trastocarlos todo.

Con esa niña, Mirto se llamaba, Ursus solía ir al pequeño estanque que estaba no muy lejos del castillo. Se habían hecho muy amigos y para los dos era un consuelo poder contar con su amistad. Les gustaba cogerse de las manos y contemplar, así, las aguas mansas del estanque sin percibir, tan absortos como estaban, que una extraña fuerza revoloteaba sobre sus cabezas.

Y así fue pasando el tiempo de su aprendizaje hasta que Ursus tuvo que volver a casa. Lo hizo solo, ya era muy diestro con el caballo y las armas, y partió al amanecer. Le dolió hacerlo porque en ese castillo había sido casi feliz, aunque nunca del todo porque siempre sentía un dolor picado en el corazón que no se le iba ni cuando estaba con Mirto. De ella se despidió con tristeza y le prometió que volvería pronto y que cabalgaría lo más deprisa que pudiera.

Ursus por el camino fue meditando, pensaba en su vida, en lo lejos que estaba de todo, en lo abandonado que se sentía por un padre que jamás lo había querido. Ursus estaba angustiado y la tristeza iba formando un ceño fruncido muy parecido al de su padre. Descabalgó una tarde cerca del río y tomó un baño. Estaba cansado y sudoroso. Mientras se bañaba creyó percibir

un roce en los brazos, pero no le prestó atención. Cuando se secaba en la orilla, notó otro tenue contacto y abrió los ojos. Corrió a coger el arma por su era preciso y se encontró con una hermosa mujer -¿de dónde habría salido?- que estaba hurgando en su faltriquera, allí donde seguía cosida su espiga de oro.

-¿Quién sois, señora y qué queréis de mí?

-No temas, Ursus, porque tú eres Ursus, ¿verdad?

-¿Cómo sabéis mi nombre?

La mujer sonrió, era rubia y sonrosada, no parecía real y su voz era apenas audible.

-Es una larga historia y quizá vaya siendo hora de que alguien de la cuente. Te he visto junto al estanque del castillo, pero no podía decirte nada. Ahora sí, aunque tengo que darme prisa o desapareceré para siempre. Fuiste concebido en junio, cuando la mies está grande, cuando empieza la calor, por eso cogí una espiga de trigo y la guardé como recuerdo de lo que fuimos y para que tú supieras de dónde venías. Es la espiga de la vida, hijo, no lo olvides.

Y así fue como Ursus supo, asombrado, de dónde había salido. Era hijo del Caballero Feroz, de Hernando, y del hada, ese espíritu que contradijo las leyes de los suyos y decidió unirse a un mortal y que, por eso, fue condenada a no poder ver a su hijo y a permanecer siempre en el agua como una ondina.

Solo si algún día, improbable, el hijo acudía a ella, podría revelarle el secreto. Ursus no entendía apenas qué le contaba esa mujer transparente como un encaje de novia. Su padre no era un hombre frío, no lo era, al menos cuando encontró el amor. Su padre era un hombre desdichado que nunca tuvo a nadie que lo quisiera de verdad y que por eso se entregó a la guerra con pasión suicida para encontrar el fin. No soportaba ni a su propia sombra. El Caballero Feroz, Hernando, halló en un claro del bosque a la bella aparición y los dos se descubrieron el uno al otro y se amaron sin tregua. Ella andaba desorientada en un mundo etéreo, sin saber quién era ni para qué servía y él buscaba, sin saberlo, un amor verdadero. Se amaron como nunca podrán hacerlo los mortales, se guardaron fidelidad desde entonces. El caballero siguió en la guerra, odiando a los suyos en los que no veía la perfección del hada, pero nunca más pensó en otras mujeres. Ella languideció durante un tiempo, dio a luz a un precioso niño y tuvo que entregárselo al caballero: no lo podía criar, no se lo permitían, además el niño era mortal. Tuvo tiempo de sobras para llorar y maldecir su condición de hada. Desde entonces el caballero había fruncido aún más el ceño y ya nunca volvería a mirar con mirada clara porque ella, el hada, había desaparecido, condenada por los de su especie. Había vivido en un olvido dulce hasta que vio a Ursus y todo volvió a ella. Salió del agua para apreciarlo y ver cuan parecido era a ella. Revolvió la faltriquera y sacó la espiga de trigo: “Esta espiga es la señal, para

que supieras cual era tu origen. Tú eres hijo del amor, del verano y del sol, nunca del invierno ni de la oscuridad”.

Le contó también, poco antes de irse, que le dolía ver que Ursus tenía el ceño fruncido y que ya era hora de que se atreviese a ser lo que quería ser, que no hiciera caso de nada de lo que oyese, que su padre lo aguardaba y que se diera prisa porque pronto el Caballero Feroz volvería a ser Hernando y ella lo esperaba con ansiedad, y que fuese valiente. La espiga del amor le daría fuerza.

Cuando hubo desaparecido, Ursus se quedó parpadeando durante un buen rato, a ver si así apreciaba la estela luminosa de su madre. No salía del encanto y dudó si era un sueño o una realidad hasta que la espiga estaba más deslumbrante que nunca. Mi madre ha querido decirme algo, que no sea en vano.

Y así fue como Ursus llegó a su castillo convertido en un hombre y tomó las riendas de los suyos porque el Caballero Feroz así lo aceptó. Había abandonado las armas porque las heridas de la última campaña habían sido duras y apenas se sostenía en pie y solo esperaba a que llegase su hijo para contarle lo que él ya sabía y arrepentirse del miedo que había causado por no saber hacer las cosas de otra manera. A Ursus le sorprendió ver el rostro de su padre, estaba muy anciano, pero no crispado, su mirada era plácida. ¡Cuánto tiempo habían perdido en terrores absurdos! Ahora era como si

hubieran desaparecido las obsesiones, las venganzas y los ruidos. El padre sabía, desde hacía tiempo, que iba a durar muy poco y lo esperaba con impaciencia. Ursus llegó a tiempo para recoger el testamento de su padre y ponerlo por escrito. El viejo sacerdote había muerto y nadie más sabía leer ni escribir. Hernando, que nunca dio muestras de sensibilidad, adquirió una sorprendente fuerza cuando vio a su hijo cogiendo la pluma y mojándola en el tintero:

-¿Tú, hijo, sabes escribir? -el tono no era de amenaza, sino de sorpresa.

-Lo siento, padre, el viejo sacerdote me enseñó...

-¿Me desobedeciste? -y suspiró...

-Lo siento, padre.

-No importa, así está bien. Cómo les he fallado a todos, Dios mío... A tu madre -y no dijo más y dijo mucho con esas pocas palabras.

Se acabaron las guerras y las miserias. Ursus pensaba establecer la paz y la tranquilidad, así lo decretó en todos sus dominios. Hizo asistir a todos al entierro de su padre y se acabaron los miedos. Decían que el caballero se había dulcificado en su vejez, que murió con una sonrisa, que ya no tenía el ceño fruncido... y que Ursus debía saber algo, aunque nunca quiso contarlo. El joven caballero hizo añadir al escudo de armas una espiga dorada y se dispuso a enfrentarse a su nuevo destino, aunque antes había algo que debía

solucionar.

Hizo que las mujeres de su casa, la vieja cocinera apenas podía andar ya, pero sabía más que muchas de ellas y Damajuana o Rosalía, que eran como sus otras madres, le ayudasen en el empeño y cuando consiguió que su castillo no fuese un lugar frío ni destartado, sino una casa hermosa, con salas bien ventiladas, con gruesos tapices en las paredes, con alegría y felicidad, entonces partió de viaje hacia un lugar que, por segunda vez, habría de hacersele eterno, pero encontró a Mirto, espléndida, mucho más de lo que lo había sido en su adolescencia, y al anciano caballero dispuesto a entregársela, pese a que su vejez estaba en sazón.

-Eres como un hijo, bien está que te cases con mi hija. Cuando yo muera todo lo mío será tuyo.

Y así fue como en un lugar olvidado, de un hada y de un mortal surgió un joven que habría de dar origen a la leyenda más hermosa de las que los ancianos contarían, por siempre jamás, a sus descendientes. Ahora cuando los curiosos ven la espiga dorada en el escudo de armas de un castillo que se cae de arruinado no creen que sea verdad porque el tiempo todo lo consume y piensan que son cuentos de vieja, aunque, y eso nadie lo sabe, en el fondo de un río, una ondina teje con hilos de seda cálidos ropajes para que la humedad no penetre en el cuerpo de un caballero hermoso como la luna que, por fin, aprendió a sonreír.

El aplauso que se escuchó en la iglesia por rotundo y cerrado, pero quien más aplaudió fue Raúl que no sabía explicarse por qué, pero se veía a sí mismo como Ursus, que tenía que hacer algo, que tenía una deuda pendiente. Úrsula no había escogido ese nombre en balde, al fin y al cabo, tenían la misma raíz. Raúl pensó que él también tenía alguna espiga dorada en algún sitio, también tenía una señal que lo invitaba a actuar. Era como si la vieja contadora de cuentos se hubiera dirigido a él, medio defraudada de su miedo, de su falta de valor. Él debía ser como Ursus: enfrentarse a lo que le esperaba con decisión. Se acercó a Beatriz, mientras todos querían hablar con Úrsula, la cogió de la mano y le susurró:

-Te necesito. Acompáñame, por favor. Tengo qué resolver un asunto y no quiero hacerlo solo.

Beatriz no necesitó más. Se levantó y salió con el chico. Le había emocionado mucho el cuento, pero intuía algo más serio en la actitud de su amigo. Nadie los vio salir. Mejor. No habría preguntas. Quizá sí algunas respuestas.

LA VIDA DE LA MUERTE

Fuera de la villa, extramuros, en un enclave privilegiado, el lugar con mejores vistas, allí se sitúa el cementerio, un recinto pequeño, muy a la medida del hombre, que guarda todos los secretos de familia y aun los del pueblo, que unifica a unos y a otros y que a cada quien le da el lugar que merece.

-¿A dónde vamos, Raúl?

-Es una historia larga, Beatriz... ya te conté el otro día, pero no lo sé explicar... Este verano ha sido el más raro de toda mi vida, no me ha pasado nada, pero he sentido tanto y tanto...

-Es bueno sentir.

-Me ha gustado conocerte.

-Y a mí.

-Y no quiero separarme de ti... Tenía que hacer algo, pero no me atrevía. Al escuchar hoy el cuento de la vieja contadora... he sabido que ya era el momento. Ella misma me dio la pista, pero no me atreví a seguirla. ¿Me ayudarás?

-Te ayudaré, aunque me tendrás que explicar cómo.

-Vamos al cementerio...

Beatriz sintió un escalofrío, pero fue fiel a su palabra y siguió con

Raúl. Callaron. Estaban serios. Preocupados. Ocupados antes de tiempo, que diría la abuela Encarna, aunque igual, en ese momento, lo habría justificado. Y entraron en el cementerio, serios y pensativos, muy alejados del jolgorio que se vivía en la Plaza y que les llegaba de manera muy amortiguada. Esa tarde el camposanto no esperaba visitas. Estaba en silencio, muy lejos del bullicio e, incluso, la fiesta de Todos los Santos. Había algún jardincillo, tumbas sin nombre, panteones sobrios y más pretenciosos y filas de nichos. Al fin y al cabo, todo se unifica en ese último viaje.

El lugar imprimía melancolía, pero no miedo. Raúl sentía que su miedo –esa compañía tan particular que viajaba siempre a su lado- cada vez era más pequeño, y, a veces, ni lo notaba. Dieron una vuelta entre los cipreses, los panteones, las tumbas más modestas, los nichos... Observaban las flores secas, algún ramo nuevo e, incluso, alguno que parecía de novia y muchas fotos de difuntos que los miraban como si no hubiera pasado el tiempo. Restos paralizados en un ayer ni siquiera intuido por ellos.

-¡Qué desolación! –dijo Raúl.

-Nos vamos, ya, venga –tiró Beatriz de su mano –No entiendo nada, Raúl, de verdad...

-No, la señora Úrsula dijo que encontraríamos algo...

Y siguieron paseando, cabizbajos, contagiados del ambiente. Cuando, después de mirar con atención algunas fotos, una le llamó a Raúl la atención:

-Mira –había inquietud y ansiedad y terror en su voz -¡Es él!

-¿Quién?

-El chico del tren. ¿Te acuerdas que te hablé de él? Nadie me ha explicado nada, ni la abuela, ni los tíos... El chico del tren, el que nos habló de las Narinas y de la felicidad, el que nos puso en contacto con el pasado del pueblo... –una foto borrosa, desvaída, medio estropeada dejaba ver un rostro que, si lo mirabas con atención, parecía, de verdad, el del chico del tren.

-¡Qué cosas dices! ¿Cómo va a ser él? ¡Se le parecerá mucho! – Beatriz no quería creer, no quería tener que hacerlo.

-No, Beatriz, te lo juro. Es él –Raúl estaba pálido y temblaba. No entendía nada y ahora ¿qué debía hacer?

-Venga, salgamos, tu familia te dará una explicación... –susurró Beatriz y le dio la mano aún más fuerte –Venga, salgamos... –ni siquiera se entretuvieron mirando el nombre ni las fechas.

Cuando llegaron a casa, encontraron solo a las mujeres, Martina, su madre y Veva, que había ido de visita a verla. Estaban descansando un rato, antes de acercarse al mercadillo medieval. Esperan a Inés. Mejor, pensó Raúl, mucho mejor. Entraron sofocados:

-¡Parece que os persiga el diablo! –puso el dedo en la llaga la abuela sin saberlo.

Y como pudieron explicaron todo. Aurora, que no sabía nada en

apariencia, abría los ojos con estupor y Veva casi se desmayó cuando escuchó toda la historia. La abuela tomó las riendas:

-Ese chico es Bruno, Bruno Hernández, tuvo algo qué ver con la fábrica de Narinas, dicen que descendía de algún hijo ilegítimo de don José, el dueño... El padre de tu abuela, Veva. –la aludida no recuperaba el color.

-Sí, era mi abuela, tantas cosas, pobre Bruno, mi pobre Bruno. Y su hijo era su abuelo. Los dos abuelos hermanastros, eso era... Eso fue... Y nosotros... medio parientes –Veva apenas emitía un hilo de voz, muy apurada.

Entonces Aurora comenzó a hablar, como si lo hiciese consigo misma. Explicó parte de su infancia. Veva, ella y Bruno eran muy amigos. A Bruno le llamaban el “niño perdido” por una de las historias de doña Úrsula, porque cojeaba desde pequeño, pero era magnífico, ¿verdad, Veva? Bruno no vivía en el pueblo, pero pasaban los veranos juntos. Y, bueno, antes de que se supiera que Veva y Bruno estaban medio emparentados, porque en los pueblos, al final todo se sabe, ellos ya se habían enamorado. Y no era cosa de chicos, yo lo sé. O ya había empezado a estudiar medicina, pero volvía todos los veranos. Nos dábamos cita en la Plaza. Veva ese año también había empezado magisterio y pensaba pedir, cuando acabase la carrera, una plaza en la ciudad, conmigo, cerca del mar, con Bruno. Bruno estaba lleno de quimeras y aún estudiaba, pero sus promesas eran tan reales. Bien pensado,

era como si solo tuviera promesas, nunca realidades... como si se estuviera despidiendo siempre. Hablaba de sentimientos profundos. Para él no había nada imposible. Conocía todos los cuentos y leyendas del mundo. Fue él quien nos habló de Tagore, él quien nos trajo tantas cosas a nuestra vida de chicas de pueblo. Él nos abrió los ojos, a otra vida, a otras posibilidades. Al mar, como él contaba. No llores, Veva, tú no tuviste la culpa. Una tarde fuimos al río a bañarnos y Veva no hacía pie, tuvo un calambre, Bruno se tiró...yo era más fuerte y no reaccioné y, Dios mío, cómo lo recuerdo ahora mismo, se ahogó, se ahogó, Dios mío, Bruno... Y ella, Aurora, no pudo hacer nada y lo intentó. Quiso reanimarlo, pero Bruno ya estaba muy lejos de allí... ya estaba en el mar. Tomó la palabra Veva, entre corales y algas, allí estaba mi Bruno y yo lo he echado tanto de menos...Tanto de menos. Me ha dolido tanto su ausencia. El tiempo sin él ha sido eterno. ¡Cuántas veces he soñado que volvía!

Ni Raúl ni Beatriz sabían qué decir... Las dos mujeres se abrazaban y Martina siguió hablando:

-Cuando se supo que Bruno y Veva eran medio parientes, ese amor se condenó. La verdad, cosas de pueblos, porque ese parentesco era mínimo. ¡Si hasta se casan los primos hermanos!, que me lo ha dicho Blas..., pero eran otros tiempos... otras mentalidades... La nieta de Don José Hernández, el Indiano, vaya escándalo... pero ellos siguieron manteniendo su amor

clandestino... por eso Aurora los acompañaba, para que la gente pensase que era a ella a quien pretendía, para que la familia de Veva lo pensase porque, en el fondo, creían que Bruno quería el dinero, que estaba resentido, qué sé yo... La fatalidad...

-Pero... ¿abuela, por qué a mí? ¿Por qué me ha escogido a mí? – preguntó Raúl, convencido de que ya, a partir de ahora, nada le sorprendería.

-No sé, hijo, tú llegaste aquí en un momento de tu vida difícil, tu padre estuvo a punto de morir, se salvó, lo que no pudo hacer Aurora con Bruno, pasó con tu padre, por suerte. No sé, Bruno quizás quería pedirte algo, parece que no era malo, solo desea descansar, eso creo yo. Te ha escogido a ti porque eres el hijo de Aurora, seguro, y porque eres un chico intuitivo... – Raúl no oyó el piropo que acababa de lanzarle la abuela, estaba demasiado petrificado.

-¿Y la frase de Tagore?

-¿También sabes la frase? –se asustaron las dos amigas.

-Sí... me la dijo él, ya no sé quién me la dijo, es para volverse loco... Ya no lo sé... La soñé el primer día y luego la abuela la repitió...

-Vamos a calmarnos, tranquilos todos. Bruno ha vuelto del frío, pero quiere descansar –la abuela parecía acostumbrada a lidiar con los vivos y los muertos- Parece, Raúl, que te haya querido dar un mensaje... Tú tienes algo pendiente también... y la foto, por lo que dices, notabas algo raro, eso es para

tu madre y Veva...

-¡Ay! –Veva se llevó la mano a la cara- ¡Pobre Bruno! ¡Lo he traicionado! Eso pasa... Tantos años acordándome de él y voy y lo traiciono con Julio...

-Yo creo que es justamente lo contrario –añadió la abuela- Yo creo que él te está dando permiso para ser feliz. Os lo está dando a todos... Siento, Raúl, no haberte dado más explicaciones, pensaba que no era necesario. Tú me preguntaste y yo no supe contestar. Lo siento.

-La señora Úrsula me dijo que fuera al cementerio... pero yo lo he ido retrasando hasta esta tarde... Cuando he escuchado el cuento de Ursus, no sé, me ha dado un vuelco el corazón y Beatriz me ha acompañado...

Esa misma tarde, Beatriz y Raúl escucharon de labios de Úrsula lo mismo que les había dicho la abuela, aunque con otras palabras. Úrsula solía ser más metafórica:

-Tienes que cerrar algo, Raúl... ya has empezado...

-¿Y Bruno?

-Dejadlo descansar, es lo único que quiere. Veva lo ha estado invocando tanto... que no se ha ido del todo. Decídselo.

Aurora reconoció que se había especializado en partos para traer vidas al mundo, la vida que no pudo salvar y que cuando su marido tuvo el infarto creyó volverse loca de dolor: la misma cara que Bruno, el mismo color azul.

Quizá fue ella quien no lo dejó descansar. Veva, con los ojos rojos de tanto llorar, se echó la culpa: seguía de duelo desde entonces. Se había encerrado en vida. Recordaba al pobre Bruno como si fuera un héroe, como si fuera un marino... Bruno que había muerto en el río, seguro que ya había llegado al mar, de ahí su fijación por todo lo relacionado con el mar. Las piezas de ese extraño puzzle encajaban al fin, pensó Raúl y se admiró de no estar asustado. Beatriz, callada, parecía estar tranquila, mucho más que él. La abuela había confesado sus temores: temía que fueran al río y que entrasen al cementerio. No hacía falta explicar por qué.

-Tengo una idea... –habló, por fin Beatriz. No se la había escuchado desde hacía horas. Habían vuelto ya de ver a la señora Úrsula y se habían dicho las últimas confesiones. Era la hora de la verdad.

La miraron. Ella acababa de llegar, como quien dice, no sabía nada y les iba a dar alguna clave:

-Tenemos que despedirnos de Bruno, yo no, vosotros...

Y entendieron qué quería decir. Esa tarde, Bruno reposaría más en paz que nunca, con unas rosas blancas sobre su tumba y muchas palabras de amor y de despedida. La abuela, antes de que llegaran Marta, su padre y Vicente quiso contarles una última historia, a Raúl y a Beatriz, porque Veva y su hija ya la sabían. Bruno cojeaba por una enfermedad de pequeño y era tan fantasioso que él mismo había inventado su propio personaje, adornado por

elementos que pusieron entre todos. Bruno, que había vivido con su abuela en una ciudad de mar antes de recalar en el pueblo, tuvo tiempo de imaginar una preciosa historia en torno a su enfermedad porque, y aquí fue Aurora médico quien habló, Bruno padecía una grave enfermedad degenerativa y hubiera muerto de todas formas. Eso ni Aurora ni Veva lo supieron entonces, pero sí Martina: se lo había confesado el propio Bruno, entre sollozos. No descubra mi secreto, por favor. Déjeme que busque la felicidad a mi manera. Martina nunca había traicionado a Bruno. No se había atrevido a decirlo. Le parecía que pondría más dolor aún, pero esa tarde, de confesiones, supo que ya era hora de ventilar el pasado. Pero Aurora siempre lo sospechó, por eso fue capaz de superar ese dolor y encauzar su vida, no le pasó lo mismo a Veva, quien necesitaba un empujón para ver, de verdad, las estrellas y dejarse de lágrimas de una vez por todas. Y les contó la historia de Bruno. Y esa historia fue, al final, más real que ninguna otra. La abuela afinó la voz, pero, no pudo empezar porque irrumpieron en la cocina Luisa, Quique, Esteban y Marta... Estaban escuchando, al borde del pasmo, incluso Marta que solo al final interrumpió:

-Bruno ¿era un genio, ¿verdad?

-Era una buena persona, sí –a nadie extrañó que Marta hiciera una pregunta aparentemente fuera de lugar.

-Él me concedió los deseos. Fue él... Me ha concedido los tres deseos

y el otro fácil que me dio. ¿Aún llevas la piedra, Raúl? ¿Lo que te di de las hadas?

Raúl no lo recordaba, pero sí, aún la llevaba en el bolsillo. El trozo de mineral anaranjado. Lo sacó y lo mostró. Marta añadió:

-Regálaselo a Bruno, para que ayude a otras personas...

Raúl asintió. Ya no era capaz de rebatir nada. Se lo dejaría, como una ofrenda pequeña, a Bruno. Todo podía ser verdad. Ya no dudaba. Raúl se había olvidado de esa extraña conversación entre Marta y, ahora lo sabía, Bruno, en el tren, cuando la niña pensó los tres deseos. Bruno que, desde la otra orilla, tenía ganas de cerrar viejas heridas. Y se dijo que sí, que la niña tenía razón, pero Marta seguía elucubrando:

-¿Bruno era un niño perdido?

-¿Cómo?

-¡Como los de Peter Pan!

-Seguramente sí –sonrió con tristeza Veva- seguramente sí y no supimos verlo a tiempo y no supimos dejarlo marchar...

Raúl estaba pensando que eso del miedo era bien raro y a todos tocaba, de una manera u otra. Se había pasado todo el verano comprobándolo. Martina tenía miedo de que fueran al río y al cementerio y ahora sabía por qué. Su madre tenía miedo de no ser capaz de curar a todos sus pacientes, incluido su marido y temía que su hijo bajase al río. Papá tenía miedo de no

ponerse bien y de ser un buen cabeza de familia. Veva tenía miedo de ser feliz y no se perdonaba el olvido, y él mismo, Raúl, tenía miedo porque no sabía cómo organizar ese aluvión de sentimientos que se le agolpaba en el pecho; pero ahora más que miedo, sentía otra cosa. Beatriz, a su lado, le había dado toda la fuerza del mundo y ese sentimiento no tenía nada que ver con lo que le producía Carolina. Ya era el momento de hablar con su padre; pero antes quería escuchar a su abuela. Y Martina empezó a contar, aunque todos sabían que era Bruno a quien evocaba, a quien rendía el último homenaje. Después callaría y lo dejaría dormir. Raúl quiso beber todas las palabras de su abuela, una a una, y reproducirlas igual. No se sentía capaz de inventar nada. Ya no.

LA LEYENDA DEL NIÑO PERDIDO

Por las tardes, cuando el sol se convierte en miel, pueden contemplarse, en una de las rocas que coronan la Cala de los Perdidos, los destellos que desprenden dos señales impresas en la piedra viva. No son mayores que la palma de mi mano, pero forman dos hoyos que, los días de lluvia, se llenan de un agua dulce y nueva que acuden a beber las gaviotas.

Casi nadie va allá en invierno porque es un lugar escarpado, porque hace frío, porque el viento ruge ante tanta intemperie y porque las olas golpean con furia, provocando un sonido que retumba en los oídos, que se repite varias veces, que se prolonga en un eco lastimero como si pronunciase el nombre de quien, alguna vez, hubiera podido asomarse para ver la línea que, dicen los más viejos, separa el cielo de la mar.

Es también un paraje agreste y hermoso que se ha convertido, con el paso de los años y de los acontecimientos, en una zona maldita porque a su influjo poderoso le achacan todas las caídas y los descuidos de los perdidos que ya nunca volverán y que, según presumen los ancianos, han retornado al cielo que se esconde en la mar.

La playa que lame el acantilado es pequeña y recogida, como un estuche de terciopelo azul. Una arena cobriza sirve de felpudo a los ocasionales bañistas y en nada presagia los grandes temporales que absorben la costa los días de pleamar o de tormenta.

Todos los niños, yo mismo lo hice, han desobedecido a sus madres alguna vez y han llegado a la Cala de los Perdidos en busca del peligro que siempre acecha. Se han internado en esta misma playa y han escalado, una a una, las piedras y los peñascos para demostrar, desde las alturas, su hombría y su valor. Después, en casa, sus padres han fingido no saber y sus madres se han creído cualquier excusa que sirviese para aclarar el desgarrón en las

camisas.

Al niño perdido, el más solitario y enfermizo, el menos alegre de todos, le guió otro impulso que nada tenía que ver con quebrantar las órdenes. Ahora que quiero escribir sobre ello me planteo si fue cierto o si es una más de esas leyendas que va de boca en boca y que llega cambiada y llena de adornos como esos romances o esas canciones que, al final, nadie es capaz de reconocer en su autoría. La abuela conocía muy bien esa historia y sospecho que siempre la había contado igual. Eso, ahora que lo recuerdo hace que piense que no inventaba nada, que podría ser cierto. De ahí que quiera escribirla para que no se me olvide y para traer a mi memoria uno de los rostros más queridos de mi infancia y adolescencia, el de mi abuela. Ella, en homenaje a Bruno, no creía en que los cuencos improvisados para que las gaviotas bebiesen fueran producto de la erosión, sino de una serie de casualidades que forman el núcleo de este cuento y que acunaron por muchas noches los sueños fantásticos de Marta.

El niño perdido también soñaba y lo hacía como todos los niños del mundo. Sus padres le habían prometido que un día lo llevarían a ver la línea que da la vuelta al mar, aunque eso era poco menos que una quimera, pero los pobres pescadores creían que, así, su hijo iba a tener alguna ilusión y podría recuperar la salud. Lo veían tan blanco y débil, con esa tos constante, sin aparente recuperación que jamás pensaron que con esa mentira hermosa sembrarían el desconcierto en su alma. Y el niño apenas crecía, apenas jugaba, apenas reía. Por las noches, sobre su almohada, derramaba pedacitos de rosas rojas que se escapaban con la tos de su garganta. Tenía que caminar todos los días para fortalecerse, para que los huesos se desarrollasen, para que recibiese el beneficio del sol; pero solo lo dejaban llegar hasta el puerto que era donde estaban sus padres y los amigos de sus padres. Allí solía pararse y miraba cómo llegaban los barcos con esa carga viva, que olía a sal y a

humedad. Le habían dicho que no debía traspasar los límites de la cala.

Él sabía que sus rodillas eran débiles, que se cansaba de andar, que tosía al más mínimo esfuerzo, que nunca nadie le iba a pedir que demostrara su valor como esos otros niños sanos con los que no podía jugar ni siquiera al escondite. El niño perdido, guiado por otro afán, poco a poco fue dando más pasos y uno lo enlazó con el otro, y la mirada se le iba tornando acuosa y ya no veía por las lágrimas hasta que llegó a la cala y descubrió, con más emoción que certeza, la blandura de las piedras, el tono cobrizo de la arena, el azul transparente del mar, mucho más claro que el del puerto, siempre cambiante, siempre al acecho de los barcos. Pensó, con un recién aprendido impulso de solidaridad, que las olas, al batir en las rocas, tosían como él. Y eso hizo nacer en su pecho un sentimiento de amor hacia el mar. Ahora sabía que eran iguales, que el rugido que se le escapaba de los pulmones se encontraba también ahí, en el fondo, con las piedras que apuntaban entre el agua. Decidió que, a partir de entonces, a escondidas, en silencio, volvería cada tarde a acompañar a su amigo, a mecerse con él.

Al principio, pisaba en la arena y dejaba que los pies se hundiesen, como si quisiera apresar sus propias huellas. Luego corría hacia atrás y veía como se borraba tanto esfuerzo. Imaginaba que esas huellas irían a visitar el interior del mar, que llevarían su sombra y su nombre al fondo, como un ser vivo, para que él pudiera, despacio, ganar fuerza y alcanzar a ver la línea que lo separaba del cielo. Pero eran unas pisadas efímeras que se escapaban enseguida y le dejaban un poso de angustia en el corazón.

Una tarde, más añil que las otras, se dio ánimos para subir por las piedras. No le importaban ni los arañazos de sus manos ni los roces de las rodillas ni la sangre que empezaba a mojarle la cara, ni siquiera le importaba la tos que empezó a sonar como un animal acorralado. Solo quería ascender, más, más alto, cada vez más alto. Cuando llegó a la roca plana, pudo

contemplar el mismo paisaje que estoy mirando yo ahora: llano, dulce, susurrante y... amenazador.

Y cuentan en el pueblo que, cansado de esperar un milagro, el niño se tiró al mar y que esas marcas de la piedra son las huellas de sus pies que dejó indelebles en la roca como un mensaje que habla de la esperanza, de la vehemencia que tienen los deseos más firmes.

La abuela no acabó aquí, que era la versión más conocida; la que pensó el propio Bruno, sino que, para nuestro asombro, nos contó poco más. El niño no se tiró, sino que siguió andando, con esos pasitos cortos como de garza, con esos pasitos débiles como de tortuga, andando por encima de la mar y llegó, al fin, al otro lado y allí nos aguarda entre caballitos, algas y corales.

Ignoro si la leyenda del niño perdido es cierta o no y tampoco me importa mucho averiguarlo; aunque, algunas tardes, terminó la abuela, creo percibir, más allá del horizonte, unos destellos blancos y rosados que, no sé por qué, me recuerdan la piel de un niño. Ahora... quizá lo entienda....

La abuela Martina conoció el mar de mayor, cuando fue a visitar a los padres de Raúl a la ciudad, pero contó la historia con esa vehemencia que solo saben darle las personas que han sentido mucho o que han tenido una vida interior muy rica. La abuela era una de esas personas. Sin duda. Lo mismo le pasaba a Veva quien había sublimado el recuerdo de Bruno hasta convertirlo en un héroe, en un sueño imposible.

EL BESO

Cuando la abuela acabó, con todas las emociones a flor de piel y un extraño temblor en la mirada, los que habían participado del mismo secreto se sintieron nuevos, más puros y limpios, por dentro y por fuera. Veva era, acaso, quien más lloraba. pero era un llanto que la purificaba. Había que dejar fluir toda esa energía para poder empezar de nuevo y perdonarse.

Aurora, cuando se hubo calmado, llamó a su hijo y le pidió que subiese con ella un momento a su habitación.

-No hemos hablado mucho esos días. Lo de hoy... menos mal que lo hemos vivido juntos, porque nadie me creería, es más pensarían que me había vuelto loca... Nada que ver con mis manuales de medicina... –Aurora hablaba en voz alta, pero como si reflexionase.

-Yo creí volverme loco al principio. No entendía nada.

-Has sido fuerte, Raúl. Yo me habría acobardado.

-No te lo creas, he tardado mucho en ir al cementerio...

-Hay un tiempo para todo, pero dime, hijo, ¿estás bien?

-No estoy mal, pero no sé cómo estoy –Raúl se rió –la verdad, mamá, estoy hecho un lío, pero me siento bien...

-¿Me has perdonado?

-¿Qué? –esa pregunta sí que no se la esperaba.

-¡Que te mandase al pueblo y te excluyera!

Raúl sonrió y Aurora se dijo que esa mirada brillante era la misma de su marido. ¡Cómo se parecen los dos, Dios mío!

-Con la cantidad de historias familiares que he aprendido estos días, no me lo hubiera perdido por nada del mundo, mamá...

-¿Qué tal has dormido en mi habitación?

-Eras un poco *friqui* tú, mamá, y perdona...

-Bueno –ya se rió Aurora- era lo que me gustaba –y echó una mirada nostálgica a su habitación de niña y de adolescente y de jovencita... Su hijo tenía razón. Tenía algún póster de cantantes que a ella le gustaban, muchos peluches, adornos... –Le dije a la abuela que te dejase esta habitación...

-¿Sí? ¡Me dijeron que estaban pintando!

-Y lo estaban, pero yo pensé que así estarías más cerca de mí -¡Vaya con mamá!, pensó Raúl, tan práctica que parece, tan científica y racional y a veces te sale con unas cosas! Aurora tenía mucha más ternura guardada que la que su hijo pensaba.

-Me ha llevado de cabeza esa foto y tantas sensaciones en torno a ella. Creía que me estaba chiflando, si te digo la verdad. Ha sido todo muy raro. Y aún no sé por qué a mí, mamá, me parece que todos hemos sufrido alucinaciones, pero...

-Bueno, ya sabes, “Lo esencial es invisible”, así que no te hagas más preguntas y límitate a sentir... ¿Has mirado los cajones?

-Sí, pero no he leído nada y me moría de curiosidad, no creas.

-Allí estaba mi diario y te habrías enterado de todo... y puede que haya alguna foto de los tres aún –y Aurora revolvió en su cajón como si lo hubiera hecho el día de antes- La abuela nunca me tocaba nada, en eso fue siempre muy respetuosa. Mira, hijo –y le mostró una cartulina abarquillada. Eran ellos tres, Veva, Aurora y Bruno, aunque ya muy desvaídos y desteñidos por el tiempo, pero ellos tres... –Quizá tendría que haber confiado más en vosotros, no lo sé, pero cuando se ahogó Bruno yo me sentí culpable y creo que hasta hoy no me que quitado la culpa de encima... y eso que luego supe que estaba enfermo ya, pero... era tan joven... –y se quedó pensativa- Sé que la abuela te ha contado por qué te cuidó papá y no yo... por qué él te llevaba al cole y no yo... No creas que me resultó fácil...

-Ya lo supongo, mamá. Los dos lo habéis hecho bien –y el propio

Raúl se sorprendió de la respuesta tan sensata y afectuosa que le había dado a su madre.

-Gracias, hijo, fueron tiempos difíciles para los dos... Luego llegó Marta y dicen que los niños traen un pan debajo del brazo...

-¿Yo qué traje?

-¿Tú? ¡Tú fuiste nuestra mayor ilusión, hijo! ¡Y lo sigues siendo!

-Bueno, mamá, vamos a bajar que están todos... –Raúl notaba a su madre demasiado emocionada y ya era mucho para un solo día- venga, que siempre has sido tú la más animosa de la casa, a ver ahora si tendré que serlo yo. Y yo soy un adolescente y me toca dar problemas... no resolverlos –dijo medio en broma Raúl.

-Has crecido este verano. Mucho –y Aurora supo que si lo abrazaba Raúl correspondería a su abrazo.

Más tarde, pudieron salir de la casa, con su secreto a cuestas, pero sin que les pesara. Vicente y el padre de Raúl estaban en casa de Andrés, pasaron toda la tarde juntos hablando y contando sus proyectos. Inés llegó para buscar a las mujeres y llevárselas a dar una vuelta. Se excusaba por haber llegado tarde, pero se había entretenido con los hombres que estaban en su casa, hablando de mil cosas:

-Está la plaza que da gloria verla. Os veo con mala cara...

Todos salieron a curiosear el mercado medieval. Había puestos de todo tipo. Se podían comprar jabones de esencias diversas y de colores muy llamativos. Lila. Naranja. Añil. Verde. Estaban los turroneiros que vendían las tortas de alajú de toda la vida y las garrapiñadas. Había algún afilador y otro que vendía navajas de Albacete. Incluso, en otro puesto, podías comprar unos panes inmensos. También se vendían helados caseros de menta, de manzana, de naranja, de leche merengada. Era todo un deleite para la vista y el paladar. En otra esquina, un carrusel con caballitos de madera accionados a pie por su

dueño permitía a los más pequeños dar una y mil vueltas. Las que quisieran. Había también brujas de la suerte y amuletos hechos con tomillo. En fin, todo era apetecible, incluido el té de menta y los dulces típicos marroquíes que se vendían en dos puestos. Y además te podían leer la buena ventura y echar las cartas del tarot. Se lo pasaron muy bien, sobre todo Marta que no paró de mirar al hombre orquesta. Le fascinaba la cantidad de artilugios que llevaba encima para hacer música. Era increíble.

Cuando cayó el sol, todos se aprestaron a sentarse en unas improvisadas gradas porque empezaba el torneo o las justas medievales. Cada uno se puso una corona de distinto color para animar a su caballero y así estuvieron entre sustos, ayes y sofocos un buen tiempo, que pareció ni transcurrir, sobre todo para Raúl, quien tenía entre las suyas las manos de Beatriz y esa sensación era tan cálida que se hubiera quedado así toda la vida. Luisa estaba más que satisfecha y hacía todo lo posible para que Quique y Esteban se divirtiesen y no se percatasen de sus artes de celestina.

Fue un día estupendo y la noche siguió hermosa, tan estrellada que daba gusto pasear. Raúl se sentía lleno de buenos augurios y, como Beatriz se iba al día siguiente, no quiso romper el hechizo de la noche, pero sí asegurarse un poco de tiempo. No sabía qué pasaría el verano siguiente, pero sabía qué quería ahora.

-Beatriz, nos llamaremos ¿verdad?

-Por supuesto, además, antes de marcharos a casa igual podéis venir a la capital, a bañarte en nuestra playa fluvial...

-Ya me dijo Luisa, pero no sé si nos dará tiempo.

-No te preocupes, nos llamaremos y nos escribiremos. Y me prometerás una cosa.

-¿Qué?

-¡Que hablarás con tu padre! Por favor, por favor –qué raro que era

todo, acababa de conocer a Beatriz prácticamente y ella ya había entrado en sus pensamientos más íntimos.

-Lo intentaré.

-Y... otro favor.

-Pides mucho, tú...

-¡Me gustaría que pusieras por escrito todo lo que te ha pasado este verano!

-Pero, si a mí no me ha pasado nada, eso es lo raro...

-Bueno, pero escríbelo y me lo mandas. Será una manera de estar cerca los dos.

-Como quieras –Raúl miró los ojos de Beatriz y quiso quedarse dentro de su pupila. Ella se dio cuenta y le mantuvo la mirada.

-Me gustas, Beatriz.

-Tú también a mí.

No tenían ni idea por donde andaban los demás, ellos estaban allí, cerca de la ermita, sentados en uno de los bancos. Solos y mirándose. Los dos tuvieron el mismo gesto y se aproximaron. Se dieron un beso. Muy breve. Muy inocente. Muy suave, pero muy hermoso. Beatriz se levantó.

-Se me ha hecho muy tarde, Raúl...

-Beatriz, espera...

-¿Qué?

-Que te quiero... Ya está dicho.

De hecho, algo le había pasado a Raúl ese verano: se había enamorado. De verdad. Por primera vez. Eso era ya suficiente. Pensó en la frase de Tagore. ¡Qué verdad encerraba! Llamó a Beatriz que había empezado a andar deprisa. La chica se volvió con la mirada brillante:

-“Si lloras porque has perdido el sol, las lágrimas te impedirán ver las estrellas...” –Beatriz lo abrazó brevemente y permitió que el chico le pasase

un brazo por los hombros y le acariciase el pelo. Raúl, gracias a Beatriz, estaba estrenando la ternura y no se sentía culpable por ello, al contrario. No estaba nada mal mostrar los sentimientos. Juntos regresaron al pueblo.

LA PROMESA

Quique y Esteban se marcharon juntos, en el autobús, más felices que unas pascuas. Lo habían pasado tan bien que no le tenían en cuenta a su Raúl su enamoramiento de Beatriz; es más, les caía mejor que Carolina. Así que chitón.

-¡Qué pasada de fiestas!

-¡Era como en las películas!

-¡Lo hemos pasado de miedo!

-Y tu prima es ¡la bomba!

Toda la familia fue a despedirlos. Raúl cuando los vio marchar no se sintió solo, apreciaba a sus amigos, pero estaba con su familia y veía que todo era compatible. No tenía qué escoger. Podía tener amigos, amor y familia. Era un lujo para él. A Beatriz la vinieron a buscar sus padres. Luisa y ella cuchichearon como dos gallinas cluecas y Raúl se hizo el loco delante de los mayores, pero, como pudo, robó otro beso a la chica y le susurró: Te quiero. Llámame.

Ya el verano se estaba acabando, pero aún quedaban unos días de paz y de sosiego, después de las fiestas. La abuela, que era religiosa, aunque a su manera, y que Blas no se lo tuviera en cuenta, dijo que quería ir a Misa y que le gustaría que la acompañasen. Sus motivos tendría la abuela. Seguro. Ella nunca daba puntada sin hilo. Y la complacieron. Se sintieron mejor, en paz. Tal vez la abuela quería, de una forma particular, despedirse de Bruno. Tal vez. Solía decir que solo había un Dios y que era para todos.

Después, mientras trajinaban madre e hija en la cocina, Raúl se dijo que era el momento de la verdad.

-Papá... —su padre había mejorado mucho, aunque aún estaba algo débil, pero tenía buenos colores de cara.

-Ven, Raúl...

Marta y Vicente aprovecharon para escabullirse a los corrales. Había mucho que hacer allí, dijo el abuelo. Hay que coger los huevos, mirar qué hacen los gazapos, mucho trabajo, reineta, vamos antes de comer. Luisa estaba en su casa, aunque iría luego. Tenía mucho de qué hablar con Raúl.

Padre e hijo quedaron frente a frente, sentados en la mesa del comedor.

-Yo, hijo...

-Yo, papá...

-Tú primero...

-No, tú...

Y se encontraron unidos por la risa, como en los viejos tiempos, como siempre porque siempre había sido así.

-Yo es que, papá, te quiero pedir perdón.

-¿Y eso?

-Bueno, te pusiste mal por mi culpa...

-¿Quién te ha dicho semejante majadería?

-Yo que lo sé... discutimos... por Carolina...

-¡Ah, esa chica! Yo también lo siento...

-¿Tú por qué?

-No tenía derecho a tratar de hacerte vivir mi vida...

-Bueno, papá...

-¿Queda muy lejos ya, verdad?

-Muy lejos, sí...

-Mira, yo tuve el infarto porque lo tuve. Y ya está. Tú no tienes la culpa de nada. No faltaría más. Pero, bueno, ¿y has estado pensando eso todo ese tiempo?

-Sí... y lo he pasado fatal. Creía que te morías y por mi culpa... y encima mamá nos mandó aquí... y yo ... -Raúl tenía la voz medio rota.

-Venga, venga, que todo se solucionará. Ya me ha contado tu madre las cosas extrañas y apasionantes que te han pasado este verano. ¡Vaya, Raúl!

-Si te digo la verdad, aún no sé por qué a mí...

-Porque eres mi hijo. Si te viera la abuela Encarna diría que eras igual que yo y te contaría un cuento. ¿Tú sabes que en esta familia a la mínima nos ponemos a contar historias?

-¡Ya me he dado cuenta, ya! –ironizó Raúl- Debe ser genético, pero no solo a ti y a la abuela Encarna, los abuelos Martina y Vicente se llevan la palma, creo yo...

-A menudo, las cosas que uno no puede explicarse racionalmente se las trata de resolver con un cuento que no es científico, pero, al menos, remueve el corazón y todo lo que sea avivar los sentimientos es bueno. ¿No crees? Lo malo es que para eso hay que tener tiempo.

-Eso me parece, sí..., pero este verano a mí, papá, me ha sobrado tiempo. No veas la cantidad de historias que he escuchado... pero tienes razón, creo que me han servido...

-¿Estamos de acuerdo en algo, hijo? ¿No habrás enfermado?

-¡Ay, papá!.. ¿Qué me contaría la abuela Encarna?

-La abuela inventó un cuento para mí, pero es largo, aunque igual te iría bien... Cuando naciste estuvimos a punto de ponerte Ernesto, como yo, pero me negué porque con uno ya había bastante. Y la abuela Encarna se llevó un disgusto, sobre todo porque dijo que a quién le contaría el cuento ahora...

-¡La abuela!

-Cuando nos vayamos a casa, iremos a verla, se lo merece. Lo ha pasado fatal y no he sido muy agradecido con ella, la verdad. He estado de mal humor estos días... ¿Sabes, hijo? He tenido miedo.

-¿Miedo?

-Sí, miedo a morir, a no recuperarme, qué sé yo ... –Ernesto se estaba confesando con su hijo y Raúl lo agradeció, aunque pensó que ya estaba bien, que era hora de no dar tantas vueltas a las cosas...: ¿Me cuentas el cuento o no? –preguntó para romper el mal momento que estaba pasando su padre.

-¿Estás tú para cuentos, hijo?

-¡Después de estos días yo estoy para creérmelo todo!

-Es un cuento que habla de la felicidad, de que está en las pequeñas cosas...

-¿Tú también, papá?

-¿Cómo dices? –su padre o se hacía el ignorante o no sabía de verdad lo de Bruno. Por si acaso, por enésima vez, se dijo Raúl, mejor callar.

-Nada, cosas mías, cuéntame el cuento...

-Ya sé que eres muy mayor...

-¡No te excuses! Este verano he escuchado más cuentos que nunca, ya te lo he dicho... Me he vuelto tan crédulo como Marta. Bueno, no tanto...

-Bueno, hijo, cuando te cuento algo lo hago para tratar de explicar un trocito de mundo, yo me aclaro más, ¿sabes? Pongo el ejemplo y parece que todo está más claro...

-Como Patronio.

-Eso es, yo soy tu ayo Patronio y tú el joven y atolondrado Conde Lucanor...

-No sé si me gusta el papel...

-Anda hijo, ven y abrázame...

-¿Me lo cuentas o no? –Raúl abrazó a su padre, aunque de manera breve, se sentía desbordado por los acontecimientos y temía echarse a llorar. Y solo faltaba eso.

Ernesto estaba emocionado, pero la aparente firmeza de su hijo, al que veía tan cambiado, le hizo recoger las palabras de su madre y ordenarlas. Al

fin y al cabo, él había tenido la idea de contar un cuento para aligerar la tensión de esos días...

ERNESTO, EL PEQUEÑO GUARDIÁN DE LAS ESTRELLAS

Ernesto vivía en un pueblo pequeño que pendía de una montaña. Muchas casas, las más antiguas, hacían equilibrios en el aire para no caer y con sus cimientos, como si fuesen civilizadas raíces, se agarraban con obstinación a la tierra. Todas las calles eran empinadas y se afanaban en acercarse más y más al cielo. La calle donde vivía Ernesto con sus padres era la última del pueblo y la más alta de todas; tanto que, cuando acababan las casas, en el claro que dejaba el inicio del camino, podía verse cómo las nubes tejían caprichosos anillos alrededor del monte Cardiel, cuyo nombre servía también para los dos pueblos: Cardiel de Arriba y Cardiel de Abajo.

Por el camino que conducía a lo más escarpado pasaban los acemileros y los pastores, todos en busca de su sustento. Nunca se internaban los campesinos, menos apegados a las alturas, que tenían sus huertas más abajo, al lado del pequeño riachuelo. Los tonos verdes y cobrizos de las hortalizas y demás productos del campo servían de hermoso felpudo para el monte Cardiel que seguía, impasible, fumando en pipa entre cordilleras. Se cultivaban patatas, nabos, coles, tomates y judías, y entre el verde de la alfalfa crecían dalias, margaritas silvestres y crisantemos. Las mujeres adornaban con ellas su vida: las dalias y las margaritas engalanaban sus casas y los crisantemos las de sus seres queridos fallecidos.

Los dos Cardieles se habían unido con el tiempo y las hostilidades entre unos y otros habían cesado. Ahora era un pueblo tranquilo y limpio. Las gentes vivían en paz. Tenían iglesia y escuela, ayuntamiento y dispensario médico. Trabajan seis días por semana y al séptimo, como hiciera el Creador, descansaban y, por nada del mundo habrían invertido el orden, aunque, los más leídos decían que el domingo, en realidad, era el primer día de la

semana, no el último. Ellos, sin embargo, hacían caso, por devoción o por respeto, a las palabras de don Servando, el cura, y a ellas se remitían si hacía falta. Respetaban también a don Miguel, el médico quien, aunque iba por la iglesia, no estaba siempre de acuerdo con el cura. “Las palabras de Dios son una cosas -solía decir-; pero la aplicación que hacen los hombres, otra”.

Ernesto era hijo del boticario y conocía bien los prados y los montes ya que ayudaba a su padre a buscar plantas medicinales. También salía y entraba con mucha frecuencia de la casa del médico, no ya por los recados, que no eran tantos, sino por la Señora Encarnación, la mujer de don Miguel. La Señora Encarnación no tenía hijos todavía; pero siempre olía a pastel de limón y a tarta de fresas porque le gustaba mucho cocinar y participaba en todas las celebraciones del pueblo con sus famosos pasteles. La Señora Encarnación tenía unos hoyuelos diminutos en las mejillas y su cara se le iluminaba cada vez que reía. Cuidaba de la casa y ayudaba a su marido en la consulta. Solía hacer curas de urgencia y, más de una vez, había puesto mercromina en las rodillas de Ernesto. Ernesto la quería mucho y, cuando calculaba que ya había pasado la hora de la siesta -Ernesto aún no sabía leer las horas en el reloj, pero sabía otras muchas cosas- le pedía permiso a su madre y salía disparado hacia abajo. Don Miguel vivía en una casita en el centro de lo que fuera Cardiel de Abajo. “¿Se puede pasar?” -preguntaba el niño. “Pasa, Ernesto, pasa”. Un día la Señora Encarnación se cepillaba el pelo; otro fregaba los platos; otro tejía un jersey. “Ven, te tomaré a ti las medidas. Mi sobrino tiene tu edad más o menos”. Ernesto se dejaba hacer con alegría porque, al final, invariablemente, iban a sucederse dos acontecimientos: primero, visitarían la cocina para tomar algo y merendar y, después, subirían a la sala de estar-biblioteca. Allí don Miguel tenía sus libros, sus cuadros y una prodigiosa vitrina llena de hermosos destellos. La señora Encarnación le dejaba mirar por los cristales y hasta le abría la

puertecita de la vitrina para que él mismo acariciase esos objetos, que él no sabía muy bien de dónde habían salido; pero que le parecían fantásticos.

Ernesto era aún pequeño y tenía la capacidad de sorpresa que tienen todos los niños y que, por fortuna, aún conservan algunos mayores. Le gustaba tumbarse boca abajo en la ladera y mascar una brizna de hierba para escupirla después, como hacían los carreteros con el tabaco. Otros días, Ernesto cogía su cazamariposas y salía en pos de los insectos. Quería mirarlos de cerca, aunque su madre siempre le repetía: “Cuando vayas al campo, hijo mío, sé bueno, no cojas los frutos si no tienes hambre, no pises las setas, no destruyas los nidos de los pájaros ni los de las hormigas. Míralo todo como si fuera tu casa”. Por eso Ernesto no cazaba mariposas; pero lo gustaba creérselo. Se limitaba a observar con deleite todo lo que veía: una amapola arrugada que estaba al punto de abrirse, una ardilla lamiéndose los bigotes sobre un pino, una hoja que susurraba bajo sus pies, el jugar de los gorriones... Ernesto quería ser como don Miguel y leer esos gordos libros para aprender a curar a las personas y saber las cosas del mundo, más abajo de la falda de la montaña; pero también quería ser como su padre y preparar mil y un ungüentos en la rebotica. Ernesto quería saber; pero sin marcharse de allí.

Había algo que le gustaba al niño más que nada, más que el arroz con leche y las yemas de Santa Teresa, más que los buñuelos de viento y los orejones, más que bañarse en la alberca, y eso era contemplar el cielo estrellado. Desde el final de su calle parecía que, con solo estirar un brazo y auparse un poco, podrían tocarse las estrellas. Eran mil puntitos diminutos que parpadeaban allí, sobre su cabeza, mientras se lanzaban contraseñas que él deseaba adivinar. A veces, cuando veía las luces de un avión, creía que iba a comerse las estrellas y agarraba su cazamariposas para espantarlo. Su madre sabía que, por las noches, lo encontraría allí de pie, embobado, mirando hacia

arriba:

-Es tarde, hijo. anda a dormir.

-Un poco más, mamá, un poco más.

-Te gustan tanto las estrellas que deberías hacerte astronauta -sugería su padre.

Por eso, Ernesto, cuando descubrió la vitrina de don Miguel se sintió feliz e inquieto, a la vez. Allí, tras los cristales, se guardaban en cajitas blancas trocitos de estrella, de distintos colores y formas. Había aprendido a leer el invierno anterior y, con su recién sabiduría estrenada, deletreaba, con dificultad, los nombres que, con cuidada letra, aparecían en cada cajita y se los aprendía secretamente. Eran su tesoro. Por la noche, los días oscuros, se dormía repitiendo esas palabras mágicas, nombres de estrellas, creía él: cuarzo, feldespato, vidrio; topacio, fluorita, circonio; calcita, malaquita y calcopirita. Creía que, al pronunciarlas en voz baja, volverían las estrellas a hacerle compañía y pasarían con él la noche.

Ernesto no entendía dónde se metían las estrellas por el día y, muy angustiado, pensaba que nunca más las volvería a ver. Sufría pensando en su ausencia. Imaginaba que alguien, un ser enorme, sin duda, las iba cortando a trocitos, como esos que estaban en casa de don Miguel, y, así, llegaría un día en que no habría más estrellas y este pensamiento lo atormentaba. Por eso, en un descuido de la Señora Encarnación, que fue a atender una llamada, sacó algunos de esos trocitos de estrella y se los metió en el bolsillo. Se asombró de que no brillasen; pero ¿cómo iban a brillar? -se dijo- si se han caído de su estrella. Esa tarde Ernesto no quiso tarta de limón y corrió, con las últimas luces, a lo alto de su calle y se aupó con su tesoro en la mano. Lo mostraba como si quisiera devolverlo al cielo.

Al día siguiente, un Ernesto contrito cruzaba la entrada principal de la casa del médico. llevaba sus trocitos de estrella en una bolsa. Esta vez no lo

atendió la señora Encarnación, sino don Miguel. Lo hizo pasar a su despacho, como si fuese una persona mayor, no le ofreció ningún caramelo y lo observó de arriba abajo:

-Buenos días, Ernesto. ¿Tienes algo que decirme?

Ernesto estaba acostumbrado a las regañinas de su madre y a los azotes débiles de su zapatilla, a los gritos estridentes de su padre que esa misma mañana le había dicho: “Tú que lo has cogido, tú lo devuelves”; pero no esperaba la calma y casi indiferencia del médico, por eso se echó a llorar.

-No llores, hijo, pero no llores. Sé que vienes a devolverme algo que cogiste ayer; pero quiero que me expliques por qué lo hiciste.

Ernesto abrió la bolsa y le explicó, entre hipidos, que él pensaba que eran pedacitos de estrella que sufrían encerrados en la vitrina y que quiso devolverlos al cielo; pero que no sabía cómo y que no quería que se perdiesen las estrellas, que él no quería... Don Miguel sonrió y le dijo:

-Eso que tú cogiste no eran estrellas, sino minerales. Los minerales no caen del cielo, sino de la tierra. Ven, los guardaremos. No hay nadie que se coma las estrellas. Aparecen y desaparecen como tú y como yo: van a dormir y vuelven, como la luna y el sol. Hoy tú y yo miraremos las estrellas. Verás cómo siguen ahí.

Esa misma noche Ernesto creyó poder alcanzar el firmamento. Hacía una noche tranquila y el cielo estaba sereno con un orden milenario e infinito. Ernesto pensaba que todo eran estrellas y el señor Miguel le habló de nombres y le señaló grupos más luminosos.

-Mira, Ernesto, el cielo es como una inmensa lira cuyas cuerdas pulsa un sabio y diestro músico. Es hermoso...

-....

-Imagínate como será el lado derecho del cielo porque éste, el que vemos ahora, es solo el revés.

Las palabras del médico, por un instante, le recordaron a don Servando, el cura, cuando en las clases de catequesis les hablaba del Paraíso. En ese momento no entendió al señor Miguel; pero, años después, cuando Ernesto era ya un hombre de ciencia, miraba a las estrellas y recordaba esas palabras; entonces seguía sintiendo la misma nostalgia que sentía cuando era niño y pensaba en la armonía celeste y en un ser que tejía y destejía todos los movimientos espaciales. Ernesto se iría del pueblo; pero siempre seguiría allí, al final de su calle, mascando una brizna de hierba.

-¡Es hermoso, papá! ¿Así eras tú de pequeño? –preguntó Raúl cuando su padre, con la mirada perdida, concluyó el relato- ¡No me lo habías contado nunca!

-Bueno, ya sabes, todo parecido con la realidad es pura imaginación del autor, tú, como buen escritor, deberías saberlo –Ernesto adulto le guiñó un ojo- Cualquier responsabilidad se la pides a la abuela Encarna... Ahora ya sabes que las estrellas están presentes también en mi vida...

-¿Cómo dices?

-¡Por la frase de Tagore!... Mamá me lo ha explicado todo... No sé si lo entiendo, pero ... lo intentaré.

A Raúl su padre no dejaba de sorprenderlo. De manera muy sencilla le hizo saber que estaba a su lado, que no dudaba de él y que seguía siendo su padre. Para todo. El cuento que acababa de explicarle resumía muy bien las ilusiones de su padre, sus anhelos y deseos.

-¿Sabes papá? La abuela me ha contado por qué me cuidaste de pequeño...

-¡Ay, la abuela!... ¿Y sabes otra cosa? No me arrepiento. Para nada. Tu madre y vosotros habéis sido mi premio. Seguro. Mi lotería. La única que quiero.

CON OTRA MIRADA

-¡Ya estamos aquí! –irrumpió Marta- Hola, papá, hola, Raúl...

Raúl aún estaba digiriendo aún el relato de su padre. Era bonito tener sueños... y él los tendría y los guardaría en su corazón. Se sentía tan bien desde que había hablado con su padre que corrió a enviarle un mensaje a Beatriz para contárselo. Rápidamente el móvil zumbó y vio el nombre de su amiga escrito. Leyó el sms: T kro. Solo eso, pero Raúl entendió. Y el miedo rodó escaleras abajo y tropezó con el felpudo, se hizo un lío y ya no supo cómo enderezarse. La abuela lo sacudió y la calma volvió a su vida. Tenía casi quince años, más dudas que evidencias, pero muchas ganas de saber y muchas ganas de ser feliz. Con eso le bastaba. Había descubierto un secreto de sus padres, algunos de sus abuelos y había vivido una experiencia que lejos de asustarlo le dio fuerzas. Gracias, Bruno. Ahora entiendo tu frase: “Si lloras porque has perdido el sol, las lágrimas te impedirán ver las estrellas”.

En la comida, todos estuvieron muy animados. Habían ido también Andrés e Inés, con Luisa, por supuesto. Era, de alguna manera, la comida de despedida, porque pocos días después, todo volvería a la normalidad. Raúl se iría con Marta y sus padres en el coche, aunque conducía Aurora porque su padre no estaba aún para muchas coplas. Luisa se quedó algo mohína, pero se rehizo porque era animosa. Julio tenía que volver a su trabajo, pero Veva le prometió que, en cuanto pudiera, iría a verlo y que uno de los dos pediría el traslado porque habían decidido darse una oportunidad. La señora Úrsula seguiría devanando sus historias y seguro que incorporaría alguna nueva con aparecidos que regresan a la tierra o algo así. Lo sabrían el próximo verano, aunque, cuando fueron a despedirse, Úrsula les habló de la rapidez de la vida y de lo rápido que pasa el tiempo. “Cosas de vieja. Vosotros tenéis todo el universo a vuestros pies. Usadlo bien”, concluyó.

Vicente y Martina se despidieron con un nudo en la garganta.

-Hasta la Navidad...

-¡De aquí a la Navidad!

-¡Ah! Y os vais a Roma... ¡quién pudiera! Ya llamaré yo a Blas para que os vigile...

-¡No sé yo, hija! ¡El avión y eso...! –Vicente no las tenía todas consigo.

-Claro que sí, será estupendo. Tenéis que ir y después por Navidad con nosotros...

-¡Ay, la Navidad! –suspiró Martina – Ya se verá...

-Mamá, te prometo, que os vendremos a buscar y también irá Encarna... por unos días, podréis dejar el pueblo...

-Por favor, decid que sí –pidió Marta.

-Lo que diga la abuela.

-Lo que diga el abuelo.

-¡Ya estamos! Será que sí y punto –cuanto más iba, pensó Raúl, su madre más se parecía a la abuela. ¡Qué cosas!

Marta que también había crecido ese verano y ya no hablaba tanto con la Sra. Viqui, aunque aún le tenía cariño, hizo un aparte con su abuela. Se la notaba preocupada.

-¿Qué pasa, bonita, te duele la tripa? ¿Quieres tocar a los gazapos otro poco?

-No, abuela, si te pregunto algo... ¿te enfadarás?

-¿Yo? ¡No ha nacido quien me vea enfadada!...

-Estos días he escuchado tantos cuentos y lo he pasado tan bien... y ahora tengo miedo...

-¿Tú, miedo?

-Sí, no quiero que desaparezcan los cuentos y si no estás vosotros ni

la señora Úrsula...

-¿Quieres saber dónde viven los cuentos? –ahora ya toda la familia estaba escuchando, con interés. Sobre todo Raúl que no pensaba que su hermana pequeña también tuviese miedo. ¿De verdad quieres saber dónde viven los cuentos? -insistió con voz dulce la abuela.

-Sí, por favor, abuela, dímelo.

-Pues, Marta, temo desilusionarte, pero los cuentos viven dentro de nosotros. Cada abuela que cuenta un cuento a su nieto, está llenando un cofre con maravillosas imágenes, que, algún día, ese niño hará germinar en otro niño y así nunca desaparecerán. No temas. Tú eres el cajón donde viven los cuentos, no esos libros que lees, ni la estantería que los sujeta, ni siquiera los hermosos dibujos. Tú y yo somos los dueños y guardianes de los cuentos; pero debemos tener cuidado y mimarlos, no se nos vayan a escapar.

-¿Y eso es el misterio, abuela?

-Eso y cualquier cosa que tú inventes porque yo no te lo he podido contar todo porque nadie lo sabe todo...

Raúl abrazó a sus abuelos y les dio las gracias:

-Perdonad, no tardaré tanto en llamaros y os escribiré.

-A ver si es verdad, hijo, a ver si es verdad... que no somos eternos ...

Luisa abrazó a su primo y prometió que iría a verlos, que le gustaría ver el mar y que deseaba conocer el ambiente de Raúl.

-Cuando quieras, Luisa, tus padres ya lo saben. Podéis venir los tres, ya nos apañaremos ... –invitó Aurora.

-Anda, vamos, que queda mucho aún... –Ernesto rompió el momento porque intuía que, si no lo hacía él, nadie se atrevería. El cachorrillo, Girasol, se enredaba en sus piernas como si presintiese el cambio en su vida, pero se dejó coger por Marta y se acurrucó en sus brazos. La niña estaba feliz.

Ya en el coche, con la emoción instalada al volante, todos callaron.

Dijeron adiós con la mano a los que se quedaban y cada uno, a su manera, pensaba que había salido ganando ese verano. Cada uno. Pararon en la estación abandonada y vieron todos el cartel de Narinas. Se acordaron del tío Andrés, quien les dijo que eran “harinas”, pero también les sembró un sueño en el corazón: en el patio de la casa olvidada crecía una palmera datilera. ¡En esas tierras! Aurora susurró: adiós Bruno. Marta dijo: gracias Bruno. Su padre las miró y calló. Pasó un brazo por encima del hombro de su mujer y le infundió ánimos. Su hijo los contemplaba. Le gustaba esa familia. Y era la suya.

Raúl, de nuevo en el coche, empezó a pensar cómo podría poner por escrito todo lo que había vivido ese verano y cumplir la promesa que le hizo a Beatriz. Pensó en todo lo que aún tenía que vivir. Raúl sabía que era el que más había ganado. Había empezado a enfrentarse con él mismo y había vencido, al menos ese asalto. A partir de entonces quizá no le costase tanto levantarse todos los días y emprender su propio camino; a partir de entonces sabría reconocer que el miedo era el que le haría ser valiente, el que le haría empezar de nuevo. No estaba solo.

EPÍLOGO

Raúl llamó con los nudillos y, desde dentro, una voz de mujer respondió:

-Pasa, pasa...

Había ido al departamento de lengua española porque Asun se lo había pedido. No estaba sola. Sebas la acompañaba, sería otra vez su tutor. 4º de ESO ya. Qué barbaridad. Las clases habían empezado y septiembre tenía prisa. Atrás quedaba el verano. O no tan atrás.

Asun observó a Raúl con mucha atención:

-Me ha gustado mucho. Mucho –y señaló los folios encuadernados con espirales que tenía encima de la mesa –Me he permitido dejárselo también a Sebas y a él creo que le ha gustado aún más...

-Bueno, Raúl, me he quedado pasmado... y ya sabes que es difícil que me pasme o que me quede sin palabras...

Raúl los miraba de hito en hito:

-¿De verdad os ha gustado? ¡Si no cuento nada de especial! Si ha sido el verano en que he hecho menos cosas, de verdad. Me he limitado a observar y a contar lo que he visto y he sentido. Además, me lo pidió una buena amiga...

-Ya, ya nos hemos dado cuenta, ya...

-No sé qué decirte, pero creo, Raúl, que te equivocas y te han pasado muchas cosas este verano –habló Asun- has estado en contacto con el misterio, con la esencia del mundo, has sentido y has sufrido... has crecido, Raúl y no me refiero a crecer físicamente, sino por dentro y eso tiene que servirte... No te garantiza nada, porque en la vida nada hay seguro, pero has madurado y has empezado a verte con otros ojos. Has empezado a ver el mundo y a los que te rodean con otra mirada.

A MODO DE EXPLICACIÓN

Todos los personajes y situaciones que aparecen en la novela son ficticios, así que cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Eso no quiere decir que no deba dar las gracias a las aportaciones, directas o indirectas, de algunos de mis familiares. Mi abuela se llamaba Martina también. Mi padre se llama Vicente y en él he concentrado también algunas historias que he sabido gracias a mis otros tíos, Emiliano y Julián. También quiero agradecer a Venerando Murciano León, quien me regaló el libro de su madre, Teodora León Martínez, llamado “La Veneranda”, donde encontré la receta del ajo arriero.

Por último, no lo menciono, pero el pueblo al que me refiero y en el que transcurre toda la acción es Cañete, en la Serranía de Cuenca, el pueblo de mi padre. Vaya para él mi homenaje y para todas sus gentes. Tampoco he querido dejar atrás mi pueblo y sus costumbres y los gigantes que aparecen son los nuestros, los de Vila-seca. Al fin y al cabo, la imaginación es libre.

Gracias a todos. Gracias a mi marido, Miguel Ángel, que ha soportado cómo se ha ido fraguando esta novela, hecha de retazos como esos cojines que tanto me gustan. Los cuentos se han ido engarzando casi solos... casi solos.

Gracias a María García Esperón que ha leído con detalle este texto, acaso el más personal de todos los que he escrito.

